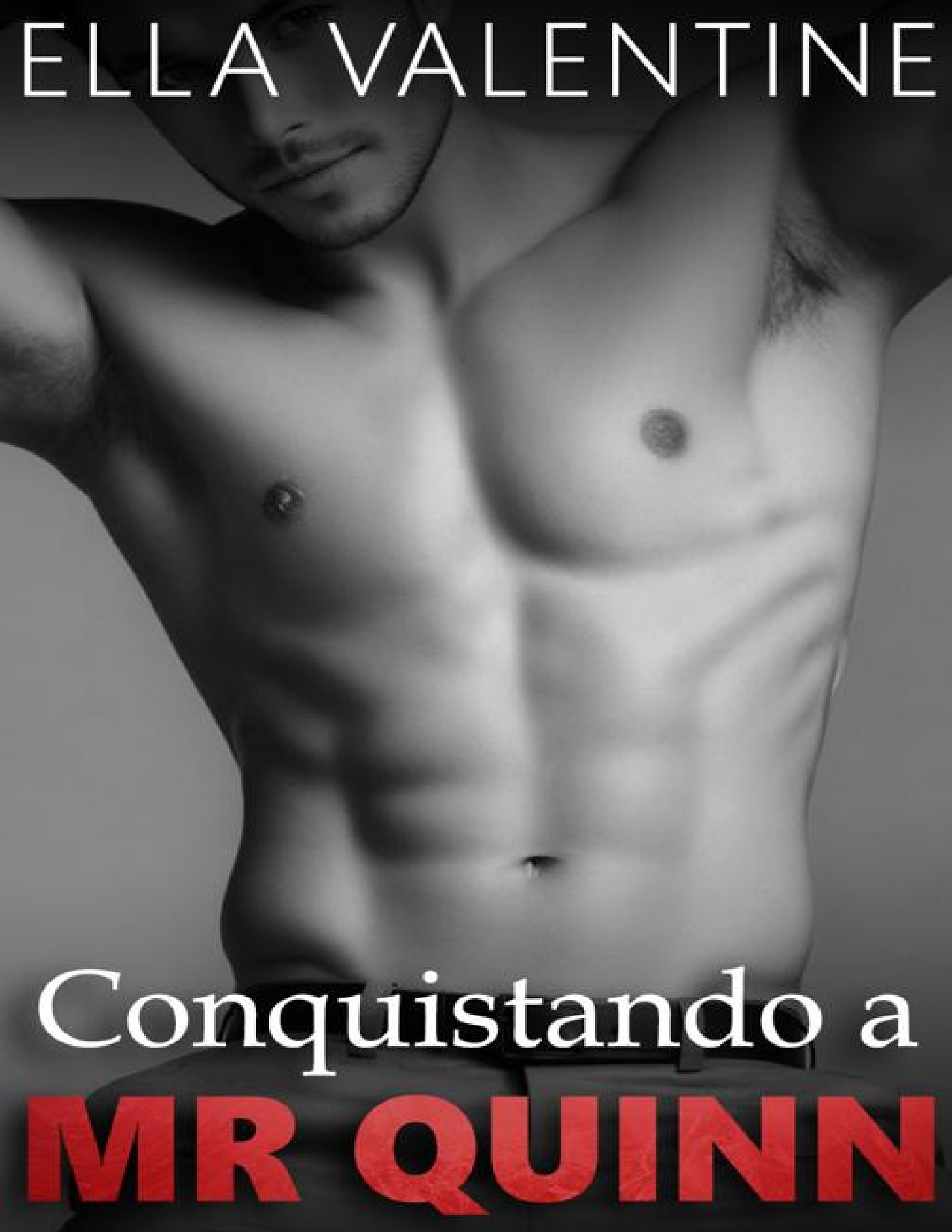




ELLA VALENTINE

Conquistando a
MR QUINN

Conquistando a Mr Quinn



Ella Valentine

1ª edición enero 2024

Copyright © Ella Valentine

Sobre la cubierta: Foto de Stocking

Sobre las imágenes interiores: pngtree

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular de copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[Epílogo](#)

[¡Esto no acaba aquí!](#)

[Novelas anteriores](#)

Connor



—Lo siento, Connor, pero Susan no puede diseñar mi vestido de novia, ya se lo he encargado a otra persona —dijo Piper, mi hermana pequeña, con el ceño fruncido.

Estábamos en su despacho, ubicado en un edificio de oficinas del Upper East Side. Desde allí las vistas eran casi tan impresionantes como las de mi propio despacho en el East West.

—¿Y no puedes anular ese encargo? Es importante para Susan, y lo hará gratis.

En realidad, era importante para Susan y para mi salud mental. Desde que mi novia había decidido crear una línea nupcial en su firma de moda, iba como loca buscando a *influencers* que le ayudaran a promocionarla. Y mi hermana, a pesar de ser una tocapelotas de narices cuando quería, era una *influencer* importante. Tenía más de 2 millones de seguidores en Instagram y otros 1,5 más en TikTok. Cuando ella usaba un producto en sus fotos o vídeos, las existencias en las tiendas se acababan en pocas horas, así que eran muchas las marcas que contrataban sus servicios a diario.

—Mira, Connor, te quiero. Eres mi hermano mayor y te admiro en muchos sentidos, pero tu gusto a la hora de elegir novias no es uno de ellos. Sabes que Susan no es santo de mi devoción. Respeto que estés con ella, pero no puedes obligarme a llevar su ropa. No me gusta la filosofía que promueve su marca Harrington Style. No hay talla más allá de la 40 en sus tiendas. Y sus

diseños no pegan conmigo. Además, quiero casarme vestida con algo que me haga sentir cómoda y segura. Lo entiendes, ¿verdad? Ponte en mi lugar.

Se tocó el estómago, allí donde tenía el estoma, y me sentí culpable por intentar forzarla. Piper llevaba cinco años con aquella bolsa pegada en el vientre. Todo empezó cuando le diagnosticaron la enfermedad de Crohn durante la adolescencia. Después de años de muchas hospitalizaciones y dolores, le practicaron una ostomía. Todo su mundo se detuvo durante un tiempo, incluso dejó de ir a sus clases de Bellas Artes en la universidad. Fue duro para ella aceptar su nueva realidad y pasó por una pequeña depresión. Hasta que un día empezó a plasmar en fotos su vida diaria con el estoma y decidió publicarlas en las redes sociales. Sorprendentemente, sus cuentas empezaron a popularizarse y se convirtió en una *influencer* importante. A diario, decenas de mujeres de todo el mundo le mandaban mensajes de agradecimiento por visibilizar su condición. Incluso cuando creía que nunca podría conocer a un hombre que le aceptara por ello, apareció Jacob quien se convirtió en su fiel escudero y apoyo en momentos difíciles. Ahora iban a casarse y a formar una familia juntos.

Y yo, en lugar de ponerle las cosas fáciles, insistí una vez más en lo mismo. Lo hice por Susan. Cada vez que nos veíamos no hacía más que recordarme lo importante que era para ella vestir a mi hermana para el día de su boda. Y bueno, supongo que solo quería evitarme una nueva discusión.

—Lo entiendo, Piper, pero ¿por qué no te lo piensas? Susan adaptará el diseño a tus necesidades. Me dijo que podías implicarte en el proceso de confección si así lo querías.

—Pero, Connor, es que ya he contratado a mi propia diseñadora. Es francesa y viene la semana que viene a Nueva York. Además, solo para que lo sepas, se quedará en la mansión los próximos cuatro meses hasta el día de la boda.

La miré lleno de incredulidad.

—¿En la mansión? ¿En nuestra mansión? —Asintió y yo resoplé—. ¿Y no has pensado en

consultarme antes de tomar una decisión así?

—Oh, venga, tiene más de veinte habitaciones, ¿qué más te da que una persona ocupe una de ellas?

En realidad no me importaba, pero estaba tan ofuscado por la negativa de mi hermana en dejar que Susan diseñara su vestido de novia que me puse a la defensiva. Pero tenía razón; la mansión Quinn era enorme. Una mansión que mi abuelo, un noble inglés que se mudó a Estados Unidos para aumentar su fortuna, compró hace ya más de cien años.

La mansión no era nuestra como tal, pertenecía a mis padres, pero estos llevaban meses afincados en una propiedad de Miami y no parecían muy dispuestos a volver al frío Nueva York. Teniendo en cuenta eso y que mi hermana pasaba más tiempo en el piso que habían comprado ella y Jacob que en la mansión, podría decirse que vivía solo.

—¿Y qué tiene esa diseñadora que no tenga Susan?

Sus cejas morenas se arquearon y una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. A ver, Arielle Dubois es una diseñadora especializada en el diseño de vestidos de novia inclusivos, para todo tipo de cuerpos y condiciones. Adapta sus diseños a las necesidades de las novias y promueve el *body positive*.

—¿El *body positive*?

—La aceptación de todos los tipos de cuerpo, fomentando la confianza de uno mismo sin importar el aspecto físico.

—Ajá. ¿Y cómo sabes que Susan no promueve lo mismo?

—¿Quizás porque sale perfecta en todas sus fotos y las modelos que ilustran sus catálogos de ropa parecen maniqués? —Cogió aire y lo expulsó despacio—. Connor, siento mucho que mi negativa a cooperar vaya a acarrear una bronca con Susan, pero no voy a cambiar de opinión.

Lo siento. La decisión está tomada. Arielle Dubois va a ser la persona que diseñe mi vestido de novia.

Horas más tarde, me dejé caer tras mi escritorio después de una larga reunión sobre el futuro de EarthWise, mi empresa de energía renovable. La sostenibilidad era un tema que me apasionaba desde niño, y dirigir una compañía que se dedicaba a desarrollar soluciones energéticas limpias era un sueño hecho realidad. Pero hoy, mis pensamientos estaban destinados a Piper, Susan y el conflicto del vestido de novia.

Había recibido un mensaje de Susan preguntando cómo había ido la reunión, y había sido incapaz de responderle. Sabía que aquello provocaría una nueva discusión. Y las discusiones con Susan estaban a la orden del día desde hacía meses.

Me pregunté si valía la pena seguir intentando que Piper cambiara de opinión, pero enseguida deseché la idea, porque Piper era una mujer con carácter y cuando tomaba una decisión esta era irrevocable. Por algo era una Quinn: terca y cabezota por naturaleza.

Recordé el nombre de la chica que iba a diseñar su vestido. Dijo que se llamaba Arielle Dubois. Tenía curiosidad por conocer a la persona que había puesto en jaque mi relación. Puse su nombre en el navegador y los resultados arrojaron un centenar de entradas en el buscador. Había varios artículos sobre ella y Happy Bride, su firma de vestidos de novia. También encontré sus redes sociales y su página web. Curioseé el Instagram y debo reconocer que me quedé impresionado. Y no era fácil impresionarme a mí. Había fotos de mujeres con todo tipo de condiciones luciendo sus diseños. Estaba claro que los vestidos de esa mujer estaban pensados para embellecer la diversidad.

Fui bajando por las publicaciones hasta que una de ellas llamó mi atención. Era de las pocas que no retrataba un vestido de novia. Mostraba a una mujer sonriente detrás de una máquina de coser. Llevaba el cabello pelirrojo recogido detrás de la nuca con una pinza, y unos mechones se habían escapado de ese recogido y caían sobre su rostro como ondas de fuego. Sus curvas eran evidentes bajo la ropa, no tenía un cuerpo esbelto como el de Susan, pero... no sé, me pareció... sexy. Poderoso.

Joder, parecía la Dánae de Gustav Klimt.

Aparté de mi mente ese pensamiento y decidí entrar en la página web y coger su teléfono de contacto.

Solo había una cosa que pudiese hacer para evitar el conflicto.

Arielle



Yo solo quería un polvo fácil. Entendedme. Llevaba más de seis meses sin acostarme con un hombre, y aunque iba sobrada de orgasmos gracias a mi *satisfyer*, necesitaba sentir un poco de calor humano sobre mí. Por mucho que digan, difícilmente las máquinas van a sustituir al sexo de carne y hueso. La cuestión es que yo solo quería un polvo fácil y la cita de aquella noche estaba resultando la más espantosa que recordaba en años. Espantosa nivel querer salir de ahí huyendo despavorida. Y es que James, el hombre que había conocido en una aplicación de citas y con el que había quedado, más allá de no parecerse nada a sus fotos, intentaba hacer que cayera en la trampa de una estafa piramidal a gran escala.

—Es un sistema de inversión donde puedes ganar dinero muy rápido. Funciona de manera sencilla: tú inviertes una cantidad, y luego invitas a otras personas a unirse. Cuando lo hacen, ganas comisiones por cada persona que reclutas. Y lo mejor de todo, cuando estas personas invitan a otras, también ganas comisiones de sus referidos. El crecimiento es exponencial, Arielle.

Nunca me había arrepentido tanto de haber quedado con un hombre para cenar en lugar de hacerlo para tomar algo. El primer plato se me estaba haciendo eterno. Y eso que el restaurante era bueno. Uno de los mejores de París. Hacía meses que quería ir, pero era imposible disfrutar la

sabrosa comida por culpa de la persona que me acompañaba.

—Lo siento, James. Pero no estoy interesada. Tal y como te he dicho, soy diseñadora de vestidos de novia. Estoy enfocada en mi trabajo al 100%.

—Lo entiendo, pero lo que te propongo apenas requiere de tiempo, solo una inversión inicial y conseguir que otros se unan. Podrías ganar mucho dinero muy rápido. Piénsalo, Arielle, es una oportunidad única.

Di un sorbo a la copa de vino preguntándome de qué manera podría marcharme de allí sin ser demasiado obvia. Estaba claro que el pretexto de aquella cita era el de estafarme, y no quería seguir allí escuchándolo hablar de oportunidades únicas y dinero fácil.

Como caído del cielo, en ese momento, el móvil empezó a sonar dentro del bolso. Fue como si mis oídos oyeran campanitas celestiales anunciando un milagro. Aprovecharía aquella llamada inesperada para mi plan de fuga. Miré el remitente en el teléfono. Era un número de Nueva York, no sabía quién podía llamarme de allí, pero respondí en francés.

—Hola, Arielle Dubois al habla.

—Señorita Dubois, mi nombre es... —dijo una voz masculina en inglés.

Ni siquiera le dejé seguir hablando. Puse cara de estupefacción, abriendo mucho la boca y los ojos, y lo más dramáticamente que pude, exclamé:

—¿Qué? ¿Ha habido una fuga de agua en el taller? Oh, no. Eso es terrible. No te preocupes, voy inmediatamente hacia allí. Intenta salvar lo que puedas.

—¿Perdón? —preguntó el hombre otra vez en inglés al otro lado del hilo telefónico—. No hablo francés y...

Colgué el móvil sin dejarlo terminar, me levanté a toda prisa y me colgué el bolso en el hombro manteniendo una expresión llena de preocupación.

—Lamentándolo mucho, me tengo que marchar, James. Me acaba de llamar una empleada para decirme que ha habido un problema con las tuberías de mi taller. Es urgente que vaya a solucionarlo. Necesito salvar las telas antes de que se echen a perder. Ha sido un placer conocerte, ya hablaremos.

—¿Qué? Pero ni siquiera hemos terminado el primer plato y no he podido explicarte todos los detalles de la inversión.

—Es una urgencia, lo siento. Mándame un mensaje con el importe de la cena y te haré un Bizum.

Me dirigí apresuradamente hasta la salida y no respiré tranquila hasta que estuve a varias calles de distancia. Aunque me alegraba de haber escapado de ese timador, una parte de mí se sentía triste por comprobar, una vez más, que las citas no eran lo mío. Estaba destinada a quedarme soltera. Arielle Dubois, la diseñadora de vestidos de novia, nunca podría diseñar su propio vestido. Qué ironía, ¿verdad?

Me sentí tonta por haberme arreglado tanto aquella noche. Había elegido el vestido que mejor disimulaba mis curvas, y llevaba puesto unos zapatos de tacón plateados que estilizaban mi figura redondeada. Ser una chica *plus-size* no resultaba nada fácil. Siempre tenía la sensación de ir en desventaja solo por esos kilos de más. Había trabajado mucho en mi autoestima todos esos años... pero no siempre era fácil aceptar que nunca vas a tener un cuerpo normativo. Mi tendencia al sobrepeso era genética, y el SOP y el hipotiroidismo hacían que bajar de peso no fuera fácil.

Con el ánimo por los suelos, me acerqué al Sena y disfruté de un tranquilo paseo a lo largo de la orilla. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua, creando un espectáculo luminoso que, por un momento, logró hacer que olvidara mi desastrosa cita.

Entonces, el móvil volvió a sonar dentro de mi bolso.

Recordé la llamada que había usado para escapar, debía ser el mismo tipo, así que descolgué, esta vez respondiendo en inglés. A fin de cuentas pasé tantos años en Nueva York que hablaba el idioma como una auténtica nativa, más allá del pequeño acento francés que había sido imposible de erradicar.

—¿Señorita Dubois? —preguntó una voz dubitativa.

—Hola, buenas noches. Sí, soy yo, Arielle Dubois. ¿Quién llama?

—Mi nombre es Connor Quinn, mi hermana me dijo esta tarde que usted es la encargada de diseñar su vestido de novia. —Su voz era grave y sexy. Varonil.

—¡Ah! —Sonreí al pensar en Piper. Habíamos hablado varias veces por Meet, y nos entendíamos tan bien que parecíamos amigas de toda la vida. Aún no podía creer la suerte que había tenido al recibir la propuesta de Piper para diseñar su vestido de novia. Y no solo porque fuera una de las *influencers* del momento, lo que sería bueno para publicitar Happy Bride, sino también porque me había ofrecido la posibilidad de vivir durante cuatro meses en su mansión de Nueva York. Y eso me iría de lujo para llevar a cabo cierto proyecto que tenía en mente. A Connor no lo conocía, pero Piper lo había mencionado varias veces y hablaba de él con mucho cariño—. Connor, sé quién eres. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verá señorita Dubois...

—Puede llamarme Arielle, tanta formalidad me hace sentir incómoda.

—De acuerdo, Arielle. Necesito que me hagas un favor. —Alcé una ceja, ¿un favor?—. ¿Podrías decirle a mi hermana que no puedes encargarte de su vestido de novia?

—¿*Excusez-moi*? —Abrí los ojos como platos.

—Entiendo que debes haber destinado cierto tiempo y dinero al diseño, y te compensaré como es debido. Estoy dispuesto a pagar el importe total del vestido sin que tengas ni siquiera que desplazarte. A cambio solo tendrás que decirle a mi hermana que te ha surgido un imprevisto

y que te ves obligada a rechazar su encargo.

Detuve mis pasos alucinada. ¿De qué carajos iba a aquel idiota?

—Esto... Connor, no creo que pueda hacerte ese favor. Soy una persona de palabra y tu hermana está muy entusiasmada con el vestido que diseñé para ella.

—Pero se trata de un conflicto familiar de primer orden. No te lo pediría si no fuera así.

—¿Un conflicto familiar de primer orden?

—Sí.

—Necesito más información.

El hombre resopló al otro lado del hilo telefónico. Hasta el resoplido sonó sexy, como un gruñido durante el acto sexual. Lástima que a todas luces aquel tipo fuera un capullo.

—Mira, te lo voy a contar porque quiero que entiendas la gravedad de la situación, pero es confidencial. No me gusta hablar de temas personales con desconocidos.

Puse los ojos en blanco.

—Es comprensible.

—El punto es que mi novia también es diseñadora de moda. ¿Conoces a Susan Harrington?

Se me cortó la respiración. ¿Acababa de mencionar a Susan Harrington? ¿La Susan Harrington que yo conocía?

—¿La modelo? —dije con un hilillo de voz, con la cabeza aturullada y la respiración acelerada.

—Sí, bueno. Hace tiempo que no ejerce, pero sí —explicó—. Ella es mi novia y tiene una marca de moda en crecimiento. Harrington Style, ¿te suena?

Se me escapó una carcajada sarcástica, porque el rumbo que estaba tomando aquella

conversación me parecía de lo más inverosímil. No podía creer que después de tantos años el nombre de Susan volviese a aparecer en mi vida y de una forma tan... absurda.

Decidí no mencionar que la conocía personalmente. En su lugar, dije:

—Me suena. No comulgo con su idea de moda, pero sé quién es.

—Susan quiere diseñar el vestido de Piper. A fin de cuentas Piper es mi hermana, ya sabes, su cuñada, y le hace ilusión encargarse de algo tan especial para nuestra familia. Pero Piper se niega. Dice que te ha encargado el vestido a ti y que no está dispuesta a cambiar su elección. Y eso, por supuesto, está generando tensiones en mi relación.

¿Tensiones en su relación? ¿Estaba de coña?

—Ajá. Así que quieres que rechace el encargo de Piper para que tú puedas evitarte un conflicto con tu novia.

—¡Exacto! —su voz sonó eufórica, como si se alegrara mucho de que lo hubiera comprendido.

Solté un suspiro profundo, lleno de indignación, decepción, rabia y algo más. Cuando Piper me habló de Connor imaginé otro tipo de persona. Alguien al que respetar y admirar. Sin embargo, aquel tipo pretendía comprarme a espaldas de su hermana. Y todo por Susan. ¡No podía creerlo!

—Escucha, Connor, lamento mucho que estés teniendo tantos quebraderos de cabeza por esto, pero no puedo ayudarte. Primero, porque nunca aceptaré dinero de forma ilícita. Si pagan por un servicio, lo hago, lo contrario va contra mi ética y moral como diseñadora. Segundo, porque sé la ilusión que tiene Piper con el diseño que le planteé. Hemos conectado mucho y quiero darle lo que se merece para un día tan especial. Y tercero, porque me parece rastrero y miserable que en lugar de encarar un conflicto con tu novia intentes ahorrártelo haciendo esto a espaldas de tu hermana.

—Pero...

—Y ahora, si me lo permites, voy a colgar. No quiero seguir hablando. *Au revoir*.

Colgué la llamada, guardé el móvil en el bolso y me quedé unos instantes absorta mirando el Sena. Aun me costaba creer que el hermano de Piper me hubiera llamado por un objetivo tan turbio. También me costaba asimilar que Susan fuera su pareja. Piper nunca la mencionó en ninguna de nuestras videollamadas, y eso que habíamos tratado también asuntos personales.

Hacía muchos años desde que vi a Susan por última vez y la simple idea de coincidir con ella en Nueva York me provocaba ardor de estómago. No quería volver a verla. Había rechazado asistir a muchos eventos de moda con tal de no tener que encontrármela.

Aceptar el encargo de Piper significaba aceptar la posibilidad de cruzarme con ella en algún momento. Si Susan era su cuñada, eso podía ocurrir. ¿Podría soportarlo?

Quería creer que sí, que yo ya no era la misma chica que dejó que Susan la humillara y hundiera durante la universidad.

Quería creer que era una nueva Arielle Dubois, más fuerte y con más amor propio.

Y con todo eso dando vueltas por mi cabeza, seguí paseando por el Sena hasta que los pies me dolieron y regresé a casa.

Connor



Ni en un millón de años llegué a imaginar que el conflicto familiar de primer orden terminaría de la forma que terminó. Ni siquiera lo vi venir. Fue como un meteorito arrasando el mundo tras haber pasado inadvertido por la NASA.

—Connor, quiero que rompamos —dijo Susan.

Me quedé congelado en el sitio. Cuando Susan me dijo que quedáramos en su casa para hablar, no imaginé ese desenlace.

—¿Quieres romper conmigo por el vestido de novia de Piper? —Las manos empezaron a sudarme y una nuez invisible se atascó en mi garganta.

Ella se encogió de hombros con suavidad, incluso diría que con cierta indiferencia.

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —pregunté incrédulo, necesitado de saber qué motivos habían llevado a mi hasta ahora novia a romper conmigo.

—Para empezar eres demasiado atento, Connor. A las mujeres no nos gusta tener a un hombre colmándonos de atenciones las 24/7. Me llamas a diario, me envías un mensaje nada más despertar, antes de acostarte... eso resulta agobiante.

—¿Agobiante? Pero ¿no se supone que es eso lo que hacen las parejas? —La perplejidad se adueñó de mi ser. ¿Desde cuándo ser atento con tu novia era visto como algo negativo?

Susan no me respondió, siguió con su discurso:

—Por otra parte, tus amigos son unos frikis. No me gusta quedar con ellos y ya no sé qué excusas inventar para no tener que verlos. Me da vergüenza ajena cuando salimos a cenar fuera. Siguen siendo los mismos perdedores que eran en el instituto. Bueno, Erik tiene un pase porque está cañón, pero ¿Jade? Pensaba que las chicas dejaban de vestirse de góticas pasados los dieciocho.

Mi boca y mis ojos se abrieron de par en par, alucinando con las palabras despectivas hacia mis amigos. Ya intuía que no le caían demasiado bien, pero decir eso era pasarse de la raya. Erik, Jade y yo nos conocíamos desde el instituto y éramos algo más que amigos. Éramos familia. ¿De qué iba?

—No tienes ningún derecho a hablar así de mis amigos, Susan.

Sin escucharme, Susan prosiguió:

—Estaba dispuesta a dejar pasar esos fallos, pero lo del vestido de novia de Piper ha sido la gota que ha colmado un vaso ya demasiado lleno. Eres un hombre sin autoridad, Connor. Y no hay nada menos sexy que un hombre incapaz de conseguir lo que quiere.

—Que Piper no quiera que diseñes su vestido no tiene nada que ver con mi autoridad. Ella es una mujer adulta. Tiene derecho a tomar sus propias decisiones.

—No supiste ponerle límites antes, Connor. Eres su hermano mayor, debería tener en mayor consideración tus deseos.

—Pero las cosas no funcionan así.

—Por supuesto que funciona así. Eres demasiado blando con ella. Y todo por su

«problemita». Se hace la víctima y te tiene sometido.

La miré dolido. No podía creer que Susan, la mujer con la que llevaba dos años saliendo, estuviera siendo tan cruel conmigo. Y no solo conmigo, también con Piper. ¿Cómo podía llamar problemita a su enfermedad crónica?

Susan era una mujer hermosa, con su largo cabello rubio, su cuerpo de proporciones perfectas y su rostro de anuncio, pero ni siquiera su belleza podía compensar tanto veneno saliendo de su boca.

—De acuerdo, entendido. Será mejor que lo dejemos aquí, entonces. —Sentí la boca pastosa y seca, con un desagradable sabor metálico inundando mi paladar.

Susan juntó sus labios en una especie de puchero lastimero, como si yo le diera mucha pena.

—Mira, en unos días me marchó a Europa para buscar inversores para Harrington Style. Hablemos a mi vuelta. Dejemos que el tiempo ponga en perspectiva todo. —Colocó una mano sobre mi mejilla, aleteó sus larguísimas pestañas oscuras, y luego sonrió con condescendencia—. Tú me gustas, Connor. Y creo que juntos podemos hacer un gran tándem si trabajas un poco en mejorar esos aspectos que tanto me molestan. Te llamo a mi regreso, ¿sí?

Me dio un beso en los labios, uno suave y fugaz, y luego me pidió que me marchara. Lo hice aturdido, incapaz de creer que acabara de romper conmigo después de soltar tantas cosas horribles.

Una vez en la calle, envié un mensaje a mis amigos para quedar, detuve un taxi y me acomodé en el asiento con la sensación de irrealidad adueñándose de mi sistema. Mi autoestima cayó en picado y de nuevo me volví a sentir como ese adolescente inseguro que soñaba en secreto con ser popular.

Y es que, el instituto, para mí, no fue sencillo. Siempre fui el típico pardillo. Sacaba buenas notas, me gustaba leer cómics, se me daban fatal los deportes de equipo y participaba como

representante del instituto en las olimpiadas matemáticas.

Susan estudiaba en mi mismo instituto y estaba en otro peldaño dentro de la pirámide social. Era la jefa de las animadoras y solo salía con los chicos del equipo de fútbol. Fue novia de Brad Johnson, el quarterback, durante el último año, y ambos fueron proclamados rey y reina del instituto en la fiesta de graduación.

Me pasé toda mi adolescencia colgado de Susan, a sabiendas que para ella era invisible. De hecho, durante aquella época no me dirigió la palabra ni una sola vez. Cuando coincidimos hace dos años en una fiesta de empresarios neoyorkinos, no perdí la oportunidad de acercarme a ella y mostrarle esa nueva versión de mí mismo que tanto me había costado crear.

Después de terminar la universidad dediqué mucho tiempo y esfuerzo en cambiar mi forma de ser y mi apariencia para encajar en el canon de ideal masculino. Dejé atrás mis pintas de friki, escondí mi amor por los superhéroes y la ciencia ficción, y me acomodé al prototipo de empresario exitoso que siempre viste trajes a medida, lleva zapatos caros y tiene gustos exquisitos.

Susan me compró enseguida esa nueva versión. Me dio su número de teléfono, me invitó a cenar unos días más tarde y a la tercera cita aceptó ser mi novia. ¡Conseguí conquistar mi amor de instituto! Me sentí eufórico durante mucho tiempo por esto.

Así que, su forma de romper conmigo, me dejó tocado, porque me hizo revivir el sentimiento de inferioridad y la baja autoestima de aquella época. Había necesitado años de terapia para superarlo.

Quedé con mis amigos en el sitio de siempre, el Freaks, un pub cuyas paredes de ladrillo vista le daban un aspecto retro y acogedor. Las luces colgantes iluminaban el espacio decorado con una ecléctica colección de elementos frikis que abarcaban desde un Yoda en miniatura hasta réplicas de objetos icónicos de «El Señor de los Anillos». En las estanterías se exhibían figuras de acción de personajes de cómics, libros y series de ciencia ficción, creando un ambiente

nostálgico para los amantes de la cultura *geek*, como éramos nosotros.

—Estaba claro que lo tuyo con Susan era una relación con fecha de caducidad, Connor —dijo Jade tras explicarle lo ocurrido.

—De hecho, lo sorprendente es que hayáis durado tanto —añadió Erik, como si el comentario de mi amiga no hubiera sido lo suficientemente duro.

—¿Quién necesita enemigos teniendo amigos como vosotros? —musité.

—Connor, sé que esto no es lo que quieres escuchar, pero que Susan haya roto contigo es lo mejor que podría haber pasado. Desde que empezaste la relación, habías dejado de ser tú. —Jade frunció sus labios pintados de negro, que destacaban poderosamente en su rostro blanquecino, a conjunto con su pelo lacio y negro que llevaba cortado a la altura de la barbilla.

Jade Chen era canadiense de nacimiento, pero sus padres eran chinos, lo que explicaba que sus ojos fueran rasgados, su pelo fuera lacio como la seda, y su piel blanca como la nieve.

Envolvía todos aquellos rasgos suaves con corpiños ajustados, faldas con lazos y puntillas, medias de rejilla y botas altas, siempre de negro. Era oscura en todos los aspectos posibles. Susan había dicho que Jade era gótica, y no se equivocaba, aunque a Jade le gustaba más el término *dark* por el *mainstream*.

—Eso no es cierto, nunca he dejado de ser yo —me defendí.

—Ajá. Por eso escondiste los legos de Star Wars que tenías expuestos en tu habitación, ¿verdad? —Erik sonrió con suficiencia y yo gruñí, a sabiendas de que no podía contradecirlo.

Además, ese día lo miré con otros ojos. No podía sacarme de la cabeza el hecho de que Susan hubiera dicho que estaba cañón. Y mierda, lo estaba, eso no podía negarlo. Su padre era noruego, su madre estadounidense, y la mezcla de culturas había dado como resultado un hombre alto y fuerte como un vikingo con sus ojos azules y su cabello rubio, pero con la elegancia innata de un gringo auténtico.

No es que envidiara su atractivo, yo no podía quejarme del mío. Había heredado la nariz romana y el pelo moreno de mi madre armenio-estadounidense, y el porte elegante de mi padre británico.

Sí, éramos una mezcla de culturas que bien podrían haber servido para dar pie a algún chiste.

—Escondí mis legos porque me cansé de ser un Peter Pan eterno. Tengo treinta años, en algún momento hay que crecer, ¿verdad?

—Escondiste tus legos porque te daba vergüenza que Susan supiera que los coleccionas y que sigues pidiéndolos por Navidad. —Jade me miró a través de sus ojos entornados.

—Eso no es exactamente así, solo quería aparentar ser un tío normal.

—Pero ¿por qué? A mí me gusta ser diferente. Lo normal está sobrevalorado —dijo Jade, chasqueando la boca contra el paladar—. Si algún día alguien me considerase normal, sabría que estoy haciendo algo muy pero que muy mal.

Erik se rio por lo bajo.

—Creo que no tienes que preocuparte por eso, cielo. Dudo que llegue ese día. —Le guiñó un ojo.

—Gracias. Escuchar eso es reconfortante.

Supongo que, pese a los años que hubieran pasado, y nuestros éxitos actuales, los tres seguíamos siendo los mismos raritos que se escondían en el laboratorio durante el recreo, solo que ahora lo hacíamos en ese bar. Muchas tardes, después del trabajo, nos refugiábamos allí, desconectado del estrés del día a día.

Jade era una escritora superventas. Escribía novelas de terror, lo que pegaba mucho con su personalidad cínica y oscura. Su trabajo la obligaba a acudir a presentaciones, firmas y eventos

sociales que le agotaban física y mentalmente. Erik, por su parte, era profesor universitario y un físico teórico reputado en el campo. Su vida también era muy estresante, y no solo por el trabajo, que ya de por sí era muy demandante, sino también por los problemas familiares que arrastraba.

En aquel momento, Donovan, el camarero y dueño del *Freaks*, un hombre grande con aspecto de leñador que se parecía a Aragorn, se acercó para rellenarme el vaso vacío de Coca-Cola. Sí, soy el típico tío al que la cerveza le sabe a pis y prefiere beber refresco.

Erik volvió a dirigirse a mí:

—Respecto a ti, Connor, estoy con Jade. Nunca acabé de ver que lo tuyo con Susan pudiera llegar a ningún sitio. Susan está buena, vale, pero ¿es eso suficiente? Más allá del físico, ¿qué te aportaba?

Lo pensé detenidamente.

—Ella... me aportaba cosas. Me hacía sentir exitoso, y aumentó mi autoestima.

Jade me miró con escepticismo.

—Que dependas de alguien para tener una buena autoestima es patético.

—Oye, tú, activa el filtro —la reprendió Erik.

—¿Por qué? No he dicho nada que no sea verdad. —Me miró fijamente a los ojos. Jade podía ser una bomba de relojería con su sinceridad—. Eres genial tal y como eres, Connor, pero estás demasiado obsesionado en conseguir la aprobación de los demás. Entiendo que debas ponerte trajes elegantes y zapatos caros para trabajar porque en el mundo de los negocios hay un *dress code* que debes seguir, pero ¿dónde quedaron tus camisetas de Star Wars, Marvel o Doctor Who? Ya no te las pones ni siquiera fuera del trabajo. Y nunca tienes tiempo para hacer maratones de series o jugar a videojuegos con nosotros, como si te avergonzaras de ello. Me da pena ver como reniegas de quién eres.

Su acusación me hizo sentir aún peor.

—La vida adulta es así, Jade, no se trata de Susan.

—¿Y de qué se trata?

—De madurar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué yo no he madurado? —Los ojos de Jade me atravesaron como rayos X.

—Venga, Jade, no seas tan dura. Hemos quedado para apoyar a Connor, no a hundirlo más en el pozo. —Erik se interpuso entre nosotros.

La expresión de Jade se suavizó.

—Lo siento, joder. Es verdad. Olvida todo lo que he dicho. Es solo que a veces te echo de menos. Erik no es tan divertido como tú. Y siempre se queda dormido en nuestras sesiones de cine.

—¡Oye! —se quejó Erik—. Eso solo ocurrió una vez.

—Lo que quiero decir —prosiguió Jade ignorando a mi amigo—, es que lamento mucho que estés triste por la ruptura. Cuenta con nosotros para lo que necesites, ¿vale?

Asentí agradecido e intenté ignorar lo que mi amiga había dicho. Pero no era fácil, porque en el fondo de mí mismo sabía que tenía razón. Que llevaba los últimos años de mi vida escondiendo mis intereses y mis gustos para encajar con los demás. Era un empresario de éxito, alguien al que tomaban en serio dentro y fuera de su campo. Temía que eso cambiara si descubrían que, en realidad, construía legos a escondidas o me emocionaba leyendo cómics de superhéroes como un niño. Me había convertido en una versión más pulida y aceptable de mí mismo, pero en el proceso, había dejado atrás parte de mi esencia.

¿Podría recuperar esa esencia? O mejor aún: ¿quería recuperarla?

Arielle



El viaje de París a Nueva York fue un auténtico desastre. ¿Conocéis esa frase que dice que las desgracias nunca vienen solas? Pues digamos que el saber popular conmigo acertó de pleno.

La serie de catastróficas desdichas dio comienzo con el pinchazo de una rueda del taxi que me llevaba de camino al aeropuerto. Llegué tarde al avión, lo que supuso tener que comprar un nuevo billete cuyo precio por la urgencia resultó desorbitado. Ahí no acabó la cosa, tras facturar las maletas y llegar a la puerta de embarque, se anunció que ese vuelo saldría con retraso por una incidencia técnica. Me tocó pasar la noche allí, dormitando en una incómoda silla, hasta que a primera hora de la mañana embarcamos. Una vez en el avión la cosa no mejoró mucho, porque mi asiento era estrechísimo y porque me tocó como compañero de vuelo un señor que roncaba como un oso y que, para mi desgracia, decidió que mi hombro era el cojín perfecto para echar una cabezadita. Intenté dormir un poco, pero entre los ronquidos y el reducido espacio, me resultó imposible. Además, sufrimos turbulencias y acabé derramándome el café encima en una sacudida.

Os podéis imaginar cómo estaba mi ánimo cuando aterrizamos por fin en Nueva York: por los suelos. Pues este no mejoró cuando fui a buscar mis maletas y descubrí que no aparecían por ningún lado. Recuerdo pegarle una patada a la cinta transportadora y gritar como una loca antes

de encaminarme al mostrador de la compañía con cara de pocos amigos. Allí solo conseguí un número de seguimiento y la promesa de llamarme cuando el equipaje extraviado apareciera.

¿Es que me había mirado un tuerto?

Solo llevaba encima el bolso, cuyo contenido se basaba en chucherías, barritas energéticas y pastillas para la ansiedad. ¿Cómo se suponía que iba a sobrevivir a los próximos días sin nada más que eso?

Piper había insistido en pasar a buscarme personalmente, pero no la encontré en la zona de Llegadas. El avión había llegado antes de tiempo; imaginé que aparecería más tarde. Decidí aprovechar aquellos minutos para comprar algo que sustituyera mi blusa manchada y así no dar una primera impresión patética.

Lo único que encontré en la tienda de souvenirs en la que entré fue una sudadera de color rosa chillón con la típica frase «I love NY». No tenían tallas grandes, por lo que parecía el muñeco Michelin. Eso sin hablar de que el color rosa, siendo pelirrojo, me quedaba de pena. Parecía una auténtica guiri. Una auténtica guiri con un gusto pésimo para la moda.

Regresé a la zona de Llegadas pero Piper seguía sin aparecer. Había visto decenas de fotos suyas, y hecho varias videollamadas con ella, así que estaba segura de poder reconocerla con facilidad.

Como no podía llamar en Estados Unidos con mi móvil europeo, saqué el aparato con la intención de conectarme a la red wifi del aeropuerto para poder realizar la llamada por internet. Lo intenté una, dos y hasta tres veces, pero en todas ellas me dio error.

De nuevo quise golpear cosas y gritar.

Podía buscar los teléfonos públicos que seguro había en algún lado, pero estaba ansiosa, cansada y nerviosa, quería hablar con Piper ya para saber si había surgido algún contratiempo, así que decidí pedir prestado el móvil a alguna de las personas que esperaban allí. Probé suerte

con una ancianita de sonrisa adorable que estaba de pie frente a una columna.

—Perdone, señora, no quisiera molestar, pero veré, tengo problemas para acceder al wifi y me gustaría hacer una llamada de teléfono, si fuera tan amable de dejarme el suyo. Le pagaré por ello. —Forcé una sonrisa, pero al contrario de lo que había supuesto, aquella señora no empatizó para nada con mi situación. Me miró como si fuera una ladrona que quisiera robarle el bolso y huyó atemorizada.

Imaginaba que mi aspecto no era el mejor después de todo aquel caos, porque tenía el pelo cardado recogido en una cola, la sudadera enganchada a mis curvas como una segunda piel y el maquillaje un poco corrido, pero ¿tan horrible era?

—Si quieres puedo dejarte el mío —dijo una voz masculina a mis espaldas.

Me giré para encontrarme con el propietario de aquella voz, y mi sorpresa no pudo ser mayor. Frente a mí se encontraba un hombre guapísimo, alto y fuerte, con el pelo negro como la noche y unos ojos castaños profundos. Tenía una barba cuidadosamente recortada que resaltaba sus rasgos masculinos y una sonrisa muy bonita prendida en el rostro. Vestía un traje elegante que le sentaba como un guante y transmitía mucha confianza y seguridad en sí mismo.

Vaya, vaya. Al final todo no iba a ser malo ese día.

—Oh, gracias, eso es muy amable —respondí tras mi breve repaso visual. Su presencia imponente me hacía sentir aún más horrible con mi sudadera ceñida de «I Love NY».

El hombre me ofreció el teléfono y yo intenté cogerlo, pero lo apartó antes de que mis dedos lograran alcanzarlo.

—Espera, ¿cómo sé que eres de fiar? —preguntó, entornado los ojos.

—¿Disculpa?

—Esa abuelita ha huido después de hablar contigo. Puede que haya percibido algo malicioso en ti.

Parpadeé unos segundos llena de confusión.

—Eh... ¿Qué?

—Los ancianos suelen tener una intuición muy desarrollada.

Me pareció ver la sombra de una sonrisa burlona en sus labios apretados.

—Soy de fiar, lo prometo. A pesar de llevar una sudadera que pone en duda mi cuestionable gusto a la hora de elegir la ropa, prometo que lo soy —dije poniéndome una mano al pecho mientras levantaba la otra como si estuviera jurando.

—Entonces, ¿no vas a meterme en problemas? No quiero recibir la visita del FBI dentro de una semana porque se haya realizado una llamada sospechosa desde mi teléfono móvil. ¿Estás segura de que no perteneces a alguna organización criminal?

Abrí mucho la boca, incapaz de creer lo que aquel hombre acababa de soltar. Vale, puede que al final SÍ todo fuera a ser malo.

—¿Me estás vacilando? —solté frustrada—. Porque las últimas horas han sido horribles y no estoy de humor para mierdas. Si no quieres prestarme el teléfono buscaré uno público. —Hice ademán de marcharme pero él me retuvo.

—Espera, espera, no te vayas. Está bien, te dejaré mi móvil. Solo estaba intentando ser precavido. Vivimos tiempos convulsos.

Volvió a ofrecerme el aparato y esta vez me dejó cogerlo. Le lancé una mirada desconfiada, porque había algo en la actitud de ese hombre que me daba mala espina, pero no lo pensé demasiado. Marqué el número de Piper y esperé a que respondiera.

—¡Hola!

—Hola Piper, soy Arielle, ¿dónde estás?

—¿Perdón?

—Quedamos ayer en que vendrías a recogerme. Ya sabes, te llamé cuando anunciaron que mi vuelo se retrasaba...

Se hizo el silencio al otro lado del hilo telefónico.

—Bueno, pero al final no he podido ir yo personalmente. ¿No te lo ha explicado Connor?
—su voz sonaba rara.

—¿Connor? —pregunté sin entender.

—Sí, mi hermano. —Otro breve silencio—. Él está contigo, ¿verdad?, porque me estás hablando desde su teléfono.

Abrí los ojos de par en par y los fijé en el propietario del teléfono que dibujó una sonrisa diabólica en su rostro cuando fue consciente de mi descubrimiento. Se me cayó el alma a los pies. Mierda, ese tipo era Connor. Y sí, me había vacilado. La forma en la que sonreía y me miraba indicaba que él ya sabía quién era yo. Lo había sabido desde el inicio.

—Esto... Olvida esta conversación —gruñí con la mirada fija en Connor que me sonreía desafiante.

—Él se encargará de llevarte a casa. Mañana me reuniré contigo para hablar del vestido, ¿te parece bien? Hoy dedica el día a instalarte y descansar.

—Sí, claro. Perfecto.

Tras un par de frases más, colgué la llamada y le devolví el móvil a Connor.

—¿Por qué has fingido no conocerme?

—No lo he fingido. —Hizo un puchero con un falso gesto de inocencia.

—Oh, venga, ¡lo has hecho a propósito! Y por tu culpa he asustado a una abuelita inocente y tenido una conversación de lo más confusa con tu hermana.

Connor se rio por lo bajo.

—Para ser honesto, no estaba seguro de que fueras la persona que esperaba. Piper me dijo que eras diseñadora de moda y esa sudadera que llevas no parece casar con alguien que se dedique al oficio. —Subió y bajó su mirada por la parte superior de mi cuerpo y yo enrojecí.

Estaba claro que la última conversación que tuvimos seguía viva en su mente y que yo no era su persona favorita del mundo.

—No era necesario que vinieras a por mí, podía haber cogido un taxi —solté con enfado.

—¿Así agradeces que haya perdido una tarde de trabajo para ser un buen anfitrión? —Hizo un mohín—. Entonces el cliché es cierto: los parisinos sois todos unos bordes y antipáticos.

—Ya ves. Hay ocasiones en las que los estereotipos se cumplen. ¿No dicen de los estadounidenses que sois todos un poco tontos?

Al contrario de lo esperado no se ofendió. Incluso podría decir que le hizo un poco de gracia.

—Cierto. Las carreras universitarias las regalan en la gasolinera.

Lo miré con los ojos entrecerrados. El cansancio y la frustración iban en aumento.

—¿Podemos marcharnos ya, por favor? Solo quiero tumbarme en una cama y vegetar allí hasta mañana.

—Vale, pero ¿dónde está tu equipaje?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Probablemente junto a mi suerte, que decidió abandonarme en mi apartamento de París.

Connor



Arielle Dubois no era como me había imaginado. No era una parisina seria y altiva. Era... caótica. Orgullosa. Inteligente. Y guapa. Sí, incluso con pinta de acabar de salir de una rave a las cuatro de la mañana, me pareció guapa.

Sabía que había sido infantil e inmaduro por mi parte hacerle aquella jugarreta en el aeropuerto, pero se la tenía jurada desde nuestra conversación telefónica días atrás.

Conducía de camino a la ciudad perdido en esos pensamientos cuando la voz de Arielle llamó mi atención:

—¿Cómo se tomó tu novia lo del vestido?

Le eché una mirada rápida. Podría haberme callado, no tenía por qué compartir con esa extraña detalles de mi vida privada, pero de alguna manera supe que la verdad la torturaría. Parecía buena persona, y las buenas personas tienen remordimientos. Y como estaba resentido con ella, pensé que sería una buena forma de vengarme.

—Rompió conmigo.

Eureka. Pude notar como se sobresaltaba sobre su asiento, conmocionada.

—¿En serio?

—En serio.

—Pero ¿qué clase de persona rompe con su novio por el vestido de novia de su hermana?

—Mi ex, supongo.

—¿Y cuánto tiempo llevabais juntos?

—Dos años

Silbó.

—Guau, está claro que no rompió contigo solo por eso.

Le lancé una mirada irónica.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Eres una experta en relaciones amorosas?

—No, para nada. Pero sí lo soy en rupturas y desamores. Y en NdM.

—¿NdM? —Fruncí el ceño.

—Narcisistas de manual —explicó—. Tengo el don de atraerlos como moscas. Podría tener un don más útil, como el de teletransportarme o la invisibilidad, pero, ya ves, la vida quiso darme este don tan desacertado.

Su sentido del humor me hizo sonreír, era el estilo de humor que me gustaba. Y esa idea me desconcertó.

—Entiendo lo de querer tener el don de la teletransportación, pero ¿el de la invisibilidad? ¿Qué ventajas tiene?

—Pues muchas. Me gusta pasar desapercibida. Sería flipante moverme por el mundo sin que la gente pudiera verme.

Lo dijo con nostalgia, como si para ella pasar desapercibida y no ser vista fuera algo realmente bueno. No lo entendí. Tampoco pregunté. Éramos dos desconocidos hablando

demasiado rápido de cosas profundas. Y... bueno, no me sentía preparado para eso. Aunque creo que, desde el principio, lo supe. Que Arielle Dubois llegaría más lejos de lo que nunca nadie había llegado. Pero esperad, ya llegaremos a eso luego. Tiempo al tiempo.

—Hablas muy bien el inglés, por cierto. —Cambié de tema, sorprendido por la fluidez en la que manejaba el idioma. Ya me di cuenta durante nuestra conversación telefónica, pero en persona era mucho más evidente su nivel. De hecho, de no ser por el leve acento que tenía, podría pasar perfectamente por estadounidense.

—Ah, gracias. Siempre se me han dado bien los idiomas y estudié en Nueva York durante la universidad, así que me defiende bien.

—¿Estudiaste en Nueva York? ¿No hay buenos programas de moda en París? —me interesé, de forma genuina.

¿Por qué me interesaba por esa extraña rompe-relaciones? No lo sé, pero así fue. Arielle me generó curiosidad desde el primer momento.

—Sí, los tiene. Pero el programa de la universidad de aquí me gustó mucho más. Y no fue fácil tomar la decisión de marcharme, no te creas. Estoy muy unida a mi familia. Por suerte, hoy en día gracias a las redes sociales y las llamadas en video es fácil seguir en contacto.

—¿Tienes hermanos?

Asintió.

—Cuatro.

—Guau. Cuatro son muchos.

—Soy la pequeña, y mis hermanos ya están casados y tienen hijos. Siete sobrinos tengo en total. Las reuniones familiares son... caóticas con tanta gente por todas partes. —Sonrió, y yo sentí una punzada de anhelo en la base de mi estómago.

Adoraba a mis padres aunque pensara la mitad del tiempo que estaban como una cabra. Pero siempre había añorado tenerlos más cerca. Sabía que nos querían a mi hermana y a mí, pero ellos llevaban toda la vida priorizando sus sueños y aspiraciones a todo lo demás, incluso a la familia, y aunque intentaban estar en los momentos importantes, de pequeño eché de menos el confort de unos padres más presentes.

Volví a centrarme en la conversación:

—¿Por eso regresaste a Francia? ¿Por qué los echabas de menos? Por qué ahora vives ahí, ¿no?

—Sí y no. En realidad tenía pensado quedarme en Nueva York tras graduarme, pero entonces mi madre enfermó y decidí volver para estar a su lado.

—Oh, vaya, lo siento.

—No es necesario que lo sientas, ella ahora está recuperada. Por eso estoy pensando en volver al plan inicial.

La miré de soslayo.

—¿Quieres establecerte en Nueva York?

—Esa es la idea. Tengo contactos en la industria y mi mejor amiga está aquí. Cuando Piper me propuso diseñar su vestido de novia creí que podría aprovechar mi tiempo en Nueva York para estudiar el traslado. Además, como se casa en enero, he podido cerrar la temporada de primavera-verano para el año que viene e irme dejando solo algunos encargos pequeños de los que las chicas de mi boutique pueden ocuparse sin problemas.

—Vamos, que te ha ido como anillo al dedo la boda de mi hermana.

—Lo cierto es que sí. Siento que eso haya hecho que tu relación se resintiera.

Me encogí de hombros y no respondí, porque, en realidad, ni siquiera creía que ella fuera la

única responsable. Para ser honestos conmigo mismo, desde el principio el error fue mío por no aceptar el deseo de mi hermana de querer casarse con el vestido que ella quisiera.

Mantuvimos el silencio unos segundos hasta que Arielle volvió a hablar:

—Piper me dijo que en la mansión donde voy a hospedarme solo vamos a estar tú y yo. ¿Te sientes incómodo con eso? Tengo una amiga en la ciudad, puedo quedarme con ella si es un problema para ti.

Le eché una mirada rápida.

—¿Y por qué debería suponer un problema para mí?

—Bueno, no creo que sientas mucha simpatía por mí después de todo.

Me encogí de hombros con suavidad.

—La casa es grande, es probable que ni siquiera nos crucemos en los próximos días. Quédate.

Arielle asintió y yo di por finalizada la conversación. De nuevo volví a perderme en mis pensamientos, convencido de que mi última frase era cierta. De que Arielle solo sería una persona de paso en mi casa y mi vida. ¡Qué equivocado estaba!

Arielle



La mansión de los Quinn estaba ubicada entre las calles 70 y 71 y la Quinta Avenida, en el mismo corazón de Manhattan. Connor aparcó en los jardines delanteros y al bajar del coche se me desencajó la mandíbula al verla. Aquello parecía un palacete victoriano, con su fachada de piedra caliza y ladrillo rojizo, sus ventanas altas y arqueadas, su cornisa decorativa con motivos clásicos y su entrada principal flanqueada por columnas corintias.

Distinguí una sonrisa de orgullo dibujarse en los labios de Connor ante mi reacción.

—¿De verdad vives aquí? —pregunté aún anonadada.

Connor se rio.

—Sí.

—Pero ¿no es un poco...?

—¿Pretencioso? —Connor terminó la pregunta por mí—. Lo es. Pero mi abuelo no era precisamente una persona modesta.

Asentí.

—Supongo que cuando tienes dinero puedes permitirte el lujo de no serlo.

Connor se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta. Lo seguí, intentando procesar el

hecho de que estaba a punto de entrar en una casa que parecía sacada de una novela de Jane Austen vestida como una pordiosera. Tenía la sensación de estar profanando aquel lugar con mi ropa.

Llamó al portero automático y la robusta puerta de madera se abrió. Nada más entrar en su interior sentí una nueva oleada de admiración recorrer mis entrañas.

La mansión de los Quinn te daba la bienvenida con un amplio vestíbulo de techos altos, suelos de mármol, una inmensa escalera que subía hacia el primer piso y una elegantísima lámpara de araña que colgaba en el centro, arrojando destellos de luz sobre todo el espacio.

Connor, me condujo por los pasillos interiores de la residencia mientras yo disimulaba lo fuera de lugar que me sentía allí. Había obras de arte por todas partes, detalles arquitectónicos que te dejaban sin aliento y muebles artesanales que emanaban historias pasadas.

Me mostró el interior de alguna de las estancias y me explicó donde se encontraba el comedor y la cocina, pero no asimilé bien lo que dijo. Estaba demasiado ocupada intentando procesar la información que me devolvían mis sentidos.

Sabía que los Quinn eran de origen británico, y aquella mansión podría pasar perfectamente por una de esas grandes residencias de la alta sociedad inglesa.

—Eleonor no está, imagino que habrá salido a hacer algún recado —dijo Connor tras regresar de nuevo al vestíbulo.

—¿Eleanor?

—La ama de llaves de la casa. Aunque aquí nadie se refiere a ella así. Es Nana y es quién manda, diría que manda más que yo. —Una sonrisa tierna se dibujó en su rostro. Estaba claro que sentía un gran aprecio por esa Nana—. Trabaja para nosotros desde que era niño y se encarga de coordinar el servicio.

—No debe ser fácil mantener este sitio limpio y en condiciones óptimas.

—Para nada. Por eso el papel de Nana es tan importante. Sin ella esto sería un caos. En fin, si necesitas algo durante tu estancia, cuenta con Nana. Suele estar siempre en el despacho que hay junto a la cocina.

Asentí mirando hacia esa dirección. Había tantas puertas y el pasillo era tan largo que acertar la adecuada sería todo un reto.

—Vale. Eso haré.

—Y ahora te llevaré a tu habitación.

Volví a asentir y seguí los pasos de Connor mientras me llevaba a la habitación que sería mi hogar temporal durante los siguientes meses. Se encontraba en la planta superior, así que tuvimos que subir por la gran escalera que ascendía hasta el primer piso.

La habitación era tan increíble como el resto de la casa. Una cama King-size ocupaba el centro, cubierta con sábanas de seda y cojines lujosos. Las paredes estaban decoradas con papel pintado de diseño floral, y había muebles antiguos con detalles tallados a mano. Grandes cortinas cubrían las ventanas, permitiendo que la luz del día se filtrara de manera suave.

—Bueno pues, aquí termina mi trabajo. Tu chófer y guía turístico de la casa se retira a sus aposentos. —Hizo una reverencia, pero antes de que pudiera irse lo cogí del codo. Se giró incómodo, posando primero la mirada en mi mano, ahí donde lo agarraba, y después en mis ojos—. ¿Quieres algo?

Me reí, un poco avergonzada de antemano, soltándolo. ¿Por qué aquel contacto me había provocado un hormigueo entre los dedos? Ni siquiera había tocado piel.

—Es que... me preguntaba... ¿tendrías alguna camiseta que prestarme? No tengo ni una sola muda para cambiarme. Y dormir con vaqueros y sudadera no parece la opción más cómoda.

Sus cejas se alzaron con suavidad.

—¿Le pides ropa a desconocidos a menudo?

Negué con la cabeza.

—Para nada. Eres el primero.

—Oh, qué honor.

—Prometo que mañana la llevaré a la tintorería y te la devolveré como nueva. —Pensaba despertarme temprano para ir de compras y adquirir alguna muda mientras esperaba que la aerolínea localizara mi equipaje.

Connor me miró con atención y por un momento pensé que me mandaría a freír espárragos. A fin de cuentas yo solo era una desconocida que no le caía demasiado bien. Sin embargo se limitó a asentir antes de susurrar:

—De acuerdo. Pero no es necesario que lo lleves a la tintorería. Puedes dejarla en la lavandería de la planta baja cuando ya no lo necesites.

Connor se retiró por un momento y regresó con una camiseta de algodón suave de color gris. No dejó que le agradeciera el gesto, se marchó de la habitación antes de que pudiera despegar los labios para hablar.

Aun así, sonreí. Había algo en ese hombre un tanto gruñón que me gustaba. No sabía decir el qué, pero estaba segura de que conseguiríamos llevarnos bien. De alguna manera, habíamos conectado. No me refiero de una forma romántica o sexual, hablo del tipo de conexión que se establece entre dos personas que vibran en una frecuencia parecida.

Arielle



Me desperté cuatro horas más tarde, con el estómago rugiendo de hambre. Me costó unos segundos ubicarme. No estaba en la cama de mi pequeño apartamento de París, sino en la enorme habitación de la mansión de los Quinn en Nueva York.

Me acerqué a la ventana, aparté las cortinas y miré fuera. Eran más de las diez de la noche y había oscurecido. Desde mi habitación las vistas daban al jardín trasero apenas iluminado por unos focos de luz anaranjada. Me maldije por haber dormido tanto. Debí aguantar un poco para facilitar que el ciclo de sueño se acomodara al de Estados Unidos, pero... el viaje había sido tan extenuante que me quedé k.o. nada más ponerme la camiseta de Connor y tumbarme en la cama.

Me llevé la tela a la nariz y aspiré. Aún olía a él. A madera, cítricos y algo más, algo personal y difícil de definir con palabras. Era como si la brisa que corre por la noche durante el verano tuviera olor y se hubiera impregnado en esa prenda. Sí, Connor olía a brisa de noche de verano.

Mi estómago volvió a rugir.

Me miré indecisa. ¿Debería cambiarme para bajar a la cocina? La camiseta me llegaba a medio muslo, y me iba un pelín holgada, como si se tratara de un vestido. De encontrarme a alguien por los pasillos no vería nada que no pudiera ver. Me resistía a embutirme de nuevo aquella sudadera fucsia. Me puse las deportivas y de esa guisa bajé la escalinata.

El silencio en la mansión era total, y estaba sumida en la penumbra. Parecía el palacio encantado de la Bella y la Bestia. Si en algún momento uno de los candelabros colgados hubiera empezado a hablar, no me habría sorprendido lo más mínimo. Connor me había mostrado la cocina durante su tour, pero había sido todo tan rápido y estaba tan abrumada que no presté la suficiente atención.

Me pasé un cuarto de hora deambulando por la planta baja, abriendo puertas al azar hasta que una voz femenina llamó mi atención.

—Señorita ¿busca algo?

Me giré sobresaltada y me encontré con una mujer de unos sesenta años mirándome con una ceja levantada. Llevaba el cabello cano recogido en un moño y me observaba de arriba a abajo con evidente reprobación. Mi atuendo no parecía gustarle demasiado. Tampoco me sorprendió teniendo en cuenta que el suyo parecía sacado de una revista de moda de los años 50, con ese vestido recatado por debajo de las rodillas y las medias negras tupidas.

—Yo... perdón. Soy Arielle Dubois, me hospedaré aquí un tiempo. Estaba buscando la cocina.

—Ah, es usted la francesa. La diseñadora del vestido de novia de la señorita Piper. Yo soy Elenaor.

Así que era esa Nana. Hicimos una breve reverencia a la vez, como si fuéramos parte de una película de época, y luego Eleanor me pidió que la siguiera.

La cocina era tan impresionante como el resto de la mansión, con elegantes islas de mármol, electrodomésticos relucientes y una atmósfera de lujo refinado. A pesar de su tamaño, reinaba una tranquilidad que contrastaba con la magnitud de su diseño.

—El chef se marchó a casa hace rato, señorita, pero puedo prepararle algo sencillo si tiene hambre.

—No es necesario, me lo prepararé yo misma.

—¿Está segura?

Asentí y Nana me explicó que podría encontrar en cada armario. Por lo visto aquella cocina tenía comida para un regimiento entero. Después se dispuso a marcharse, pero en última instancia se detuvo y retrocedió unos pasos.

—Me alegro de que alguien más ocupe una habitación en esta casa. Desde que los señores se marcharon a Miami, Connor está muy solo. Espero que puedan hacerse un poco de compañía.

Forcé una sonrisa como respuesta y Nana finalmente se fue. Me quedé pensando en sus palabras. ¿De verdad esperaba que pudiera hacer compañía a Connor? Era obvio que él no quería verme ni en pintura.

Suspiré, centrándome en el presente, y busqué en la nevera y los armarios de cocina los ingredientes necesarios para prepararme un sándwich. Cogí una manzana, un poco de zumo de naranja, y me lo tomé todo de una sentada. Mientras cenaba ordené mentalmente todo lo que debía hacer a continuación. Necesitaba conectar el móvil a la red para hacer unas llamadas a través de Internet. Al día siguiente me compraría una terminal estadounidense, pero hasta entonces esa era la única alternativa que tenía para comunicarse. También tenía que empezar a organizar la agenda para los siguientes días, porque tenía mucho trabajo por delante y poco tiempo para hacerlo. ¡Ah! Y por supuesto tenía que ponerme en contacto con la aerolínea para descubrir si ya habían localizado mi equipaje.

Después de cenar y de hacer aquella lista mental de tareas pendientes, quise volver a mi habitación. Me había vuelto a entrar morriña y con un poco de suerte podría enlazar unas cuantas horas más de sueño hasta el día siguiente.

Al llegar al primer piso me quedé en blanco. No recordaba si mi habitación estaba en el ala derecha o en el ala izquierda. Sabía que era la tercera puerta contando desde la escalera, pero mi memoria había obviado todo lo demás. Decidí seguir mi instinto. Izquierda. Conté tres puertas y

entré. Todo estaba oscuro, pero en la penumbra me pareció que sí, que aquella era mi habitación. Una cama central, papel de pared con flores, lujo máximo. Con un bostezo, me acerqué a la cama desordenada y me metí en ella.

Estaba a punto de quedarme dormida de nuevo cuando noté el peso de otro cuerpo dándose la vuelta en el colchón. La neblina del sueño desapareció de golpe y antes de que pudiera reaccionar, un brazo fuerte como un tronco cayó sobre mi cintura. Ahogué un grito, sintiéndome de pronto al borde de un colapso nervioso. ¿Me había equivocado de habitación?

¡Me había equivocado de habitación!

No me costó demasiado reconocer el rostro de Connor en la penumbra.

¡Por el amor de Dios! ¡Estaba en la cama de Connor!

¿Cómo no me había sado cuenta? ¿Es que en aquella casa todas las habitaciones se parecían?

Respiré hondo, guardando la calma. Podría escapar sin ser vista. Connor estaba sumido en un sueño profundo. Lo oía respirar pausadamente. Tenía que moverme con cuidado para no despertarlo y salir de la habitación sin hacer ruido.

Intenté apartarle el brazo con delicadeza, sin embargo, no pude; pesaba una tonelada. ¿Quién era ese hombre? ¿Hulk?

Suspiré y decidí intentar arrastrarme yo hacia fuera y empecé a moverme como un gusano sobre el colchón. Apenas conseguí deslizarme unos centímetros cuando el brazo de Connor se encajó en mi cintura y me atrajo hacia él con fuerza. Como quién abraza a un osito de peluche.

Hay, Dios. ¿Qué era eso duro que notaba contra mi cadera?

Tragué saliva y me quedé quieta como una estatua, ignorando el hormigueo que empezaba a sentir entre mis muslos.

Porque Connor olía jodidamente bien. A maldita brisa fresca de verano. Y era atractivo, sexy,

y tenía lo que intuía que era su erección apretándose contra mí. Y yo llevaba meses sin echar un polvo, jolín. ¡No era de piedra!

El cuerpo de Connor se movió ligeramente, y mi corazón dio un salto mortal dentro mi pecho. Temí que pudiera despertarse, pero lo único que hizo fue acomodarse más cerca de mí, presionando su torso contra mi espalda. Su brazo, que seguía alrededor de mi cintura, se aflojó un poco, pero no lo suficiente como para liberarme.

La sensación de su aliento en mi nuca provocó un estremecimiento que me recorrió entera. Estaba atrapada en una especie de limbo entre la excitación sexual y la ansiedad.

Connor soltó otro suspiro y su cuerpo se tensó. Me entró el pánico al pensar que podría despertarse y descubrirme, así que intenté una escapada a la desesperada. Me saqué de encima su brazo con un movimiento brusco y rodé por la cama en busca de escapatoria. Craso error. Un gruñido ronco salió del fondo de su garganta y antes de que pudiera llegar al borde del colchón, volvió a rodearme por la cintura con el brazo para atraerme a él, pero en esta ocasión en lugar de chocar contra su espalda choqué contra su pecho. Su erección me golpeó entre los muslos y solté un gemido ahogado. Los ojos de Connor se abrieron un poco y me observaron unos segundos entre la neblina del sueño. Estábamos cerca, tanto que sus labios prácticamente tocaban los míos.

—¿Tú... otra vez? —dijo con la voz ronca.

Pero no aflojó su abrazo, ese que me tenía inmovilizada contra su cuerpo, ese que me hacía sentir el calor de su piel a través de la ropa, y el que hacía que pudiera notar su miembro duro contra mi parte más sensible.

—Yo... me confundí de habitación. Lo siento.

Se removió un poco y aflojó la fuerza de su agarre.

—¿Qué voy a hacer contigo, pelirroja? Te cargas mi relación, me obligas a perder una tarde de trabajo para ir a buscarte al aeropuerto, me robas una camiseta y te metes en mi cama. Harás

que enamorarme de ti sea inevitable —susurró. Sus labios rozaron los míos mientras su aliento cálido hizo que mi piel se erizara.

Ni siquiera estaba segura de que estuviera despierto. Su voz sonaba ronca y sus ojos seguían entrecerrados. Pero eso no evitó que sus palabras se instalaran en mi estómago como vértigo.

—Connor, lo siento. Esto ha sido un error. Yo... me voy a mi habitación.

Me deslicé fuera de su agarre y salté de la cama. No podía verle, pero si escuché un gruñido. Salí de su habitación, cerré la puerta y regresé a la mía, al otro ala de la casa. Me tumbé en la cama con el corazón latiéndome desbocado y la mente llena de pensamientos confusos sobre lo que acababa de suceder.

Bienvenida a Nueva York, Arielle.

Arielle



Al día siguiente los brazos de Fabiola, mi mejor amiga, me envolvieron con cariño. Hacía meses que no nos veíamos, desde su boda para ser más exactos, y nos habíamos echado de menos. Por mucho que habláramos por *Meet* a menudo, no era lo mismo que vernos, al fin, cara a cara. Estaba preciosa, con su oscura melena recogida en un moño alto y su cuerpo esbelto enfundando en un vestido de color granate.

—¿Se puede saber qué llevas puesto? —Fabiola se sentó en la silla apostada frente a mí con la ceja levantada.

Habíamos quedado en una cafetería cerca de su trabajo para desayunar algo rápido antes de que empezara su jornada laboral. Fabiola era diseñadora de zapatos de alta gama en Vittorio Veneto, un negocio familiar. Yo quería aprovechar la mañana para ir de compras y deshacerme de aquella sudadera fucsia que tanto desentonaba con mi pelo.

—Es... una larga historia.

—Debe tratarse de una historia de terror si explica el porqué de esa sudadera.

Se rio divertida y yo le saqué la lengua antes de narrarle el desastroso viaje desde París. Fue divertido hacerlo, Fabiola siempre conseguía endulzar los momentos, incluso cuando estos te

daban ganas de que la Tierra se abriera bajo tus pies y te tragara hasta desaparecer. En el transcurso de mi relato, el camarero dejó sobre la mesa unos dulces de limón y arándanos, un chai latte para ella y un capuchino para mí.

—Bueno, así que ya estás instalada en la mansión de los Quinn. Tienes que llevarme, quiero ver cómo es la habitación. Una vez estuve en la sala de fiestas y era un alucine. Me sentí como una Bridgerton en medio de uno de esos bailes de la alta sociedad inglesa del siglo XIX —continuó Fabiola con entusiasmo mientras se servía azúcar en su chai latte.

—¿Conoces a los Quinn? —pregunté sorprendida, pues no me mencionó nada cuando le dije que me mudaría allí.

—No los conozco como tal, pero un año invitaron a mis padres a una de sus fiestas multitudinarias, y yo fui invitada por extensión. Antes solían hacer una gran fiesta al año. Y eran una pasada. Digamos que el señor y la señora Quinn siempre han sido un poco... extravagantes.

—¿Extravagantes? —pregunté, sorprendida. Porque Connor me había parecido la persona menos excéntrica del planeta. Mi idea de Connor era que había sido educado por algún tipo de estricta institutriz británica.

—Yo no conozco muy bien toda la historia, pero por lo que sé, cuando el padre del señor Quinn murió siendo él muy joven, delegó la presidencia de todas las empresas a terceros y se dedicó a vivir la vida bohemia que quería. Era actor en una pequeña compañía de teatro que compró. Incluso llegó a escribir alguna de las obras en las que participó. Y su mujer también es todo un personaje. Trabajaba en un circo, ¿sabes?

Mis ojos se abrieron de par en par. No sabía mucho de la familia de Piper, ella misma era muy celosa con su intimidad incluso cuando hacía los directos. Hablaba mucho sobre su estilo de vida y explicaba cosas sobre el estoma, pero nunca mencionaba a sus padres o hermanos.

—¡No!

—Era trapeceista. En la fiesta a la que fui instalaron una red con unas cuerdas y dio un espectáculo en vivo. Fue impresionante.

—¿En serio? —Mi boca y mis ojos no podían estar más abiertos.

—Te lo juro. Por lo que me contó mi madre, ambos se conocieron en la gira de un circo en la que él se unió como actor.

Pensé en Connor e intenté ignorar el recuerdo de lo sucedido ayer. Dios, cada vez que pensaba en la estúpida confusión de habitación me moría de vergüenza. Había creado una situación incómoda entre nosotros por culpa de mi mala memoria.

Sacudí la cabeza intentando alejar esos pensamientos para centrarme de nuevo en lo que me estaba contando mi amiga. ¿Así eran los padres de Connor? ¡Nunca lo hubiera dicho!

—Todo lo que dices no casa en absoluto con Connor.

—¿Por qué?

—No hay nada artístico ni excéntrico en él —concluí tras unos segundos reflexivos.

—Ya. Recuerdo que en aquella fiesta el pobre se quedó en una esquina leyendo. Creo que no se sentía muy cómodo en ese ambiente.

—Eso ya me pega más con él. —O con la idea preconcebida que tenía de él. Puede que solo hubiéramos hablado en dos ocasiones, y una de ellas mediante teléfono, pero su hermana en su día me lo pintó como alguien tranquilo al que le gustaba pasar desapercibido. Ser anfitrión en una fiesta era algo que no parecía ir mucho con él.

—También recuerdo que era bastante mono. ¿Lo sigue siendo? —dijo de pronto. Sus ojos oscuros brillaron con intención.

Me limité a poner los ojos en blanco.

—No voy a hablar de su físico. Tiene novia.

—Ah, ya. —Hizo una mueca de disgusto—. Susan, ¿verdad? —Arrugó la nariz al recordar a nuestra conocida en común, porque sí, Fabiola también sabía quién era ella—. Los vi juntos en un evento. Pero han roto, ¿no? Alguien comentó el cotilleo hace unos días durante el almuerzo.

Pensé en confesarle a Fabiola mi implicación en esa ruptura, pero cambié de opinión. No quería centrar nuestra conversación en Susan. Hablar de ella era algo que aún dolía.

—Bueno, no estoy segura de en qué punto se encuentra su relación ahora, pero tampoco me importa. —Moví la mano como si espantara un mosquito y cambié de tema—. Cuéntame tú cómo te va con Kane. ¿Vuestra relación sigue siendo tan idílica como siempre?

—Sigue. —Su sonrisa se amplió y pude ver en la expresión de su rostro toda la felicidad que sentía mi amiga en compañía de su perfecto marido. Su historia era una de aquellas que merecían ser contadas en una novela de amor, pues él era uno de los mejores amigos de su hermano mayor y se enamoraron en las circunstancias más raras del mundo cuando ella escapó de su propia boda. Muy cliché, ¿verdad?

—¿Y ya os habéis establecido en el viñedo? —pregunté. Hacía poco que Kane se había convertido en vinicultor y era el dueño de su propio negocio de vinos.

—Bueno, vamos alternando. Unos días los pasamos allí y otros aquí. Desde Nueva York hasta el viñedo hay hora y media y es un rollo tener que hacer un desplazamiento tan largo a diario. Voy a proponer trabajar de forma telemática y solo venir aquí para reuniones importantes.

—¿Y no echarás de menos el ambiente de Manhattan?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Fabiola que miró la ciudad a través de las grandes cristaleras de la cafetería. La gente se movía a toda prisa, y los rascacielos se alzaban majestuosos frente a nosotras.

—Me gusta Manhattan, pero creo que el viñedo con su ambiente tranquilo y la naturaleza

que lo rodea es un lugar mucho mejor para criar a un bebé. —Colocó una mano sobre su vientre y yo contuve la respiración. Con aquel gesto el vestido holgado dejó intuir una barriguita incipiente.

—Oh, Fabi, ¿estás embarazada? —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo estoy. De casi tres semanas. Es muy pronto aún, lo sabe poca gente, pero me hacía mucha ilusión contártelo.

Me levanté de un salto y la abracé llena de emoción. No podía creer que mi amiga hubiera cumplido al fin uno de sus mayores sueños, que era el de convertirse en madre. Lloré abrazada a ella mientras ella se contagiaba de mi llanto y lloraba también. Cualquiera que nos viera así creería que una de las dos acababa de anunciar una enfermedad terminal y no un embarazo, pero estaba tan feliz por ella que no pude contenerme.

Me sentí afortunada por haber vuelto a Nueva York justo entonces. Poder acompañar a mi amiga durante ese proceso sería... mágico.

Connor



Sabía que espiar las redes sociales de Susan era un error, sin embargo, había algo adictivo en el hecho de saber qué hacía mi ex en cada momento del día. A Susan le gustaba subir *stories* constantemente, exponiendo su supuesta vida idílica a los demás. Desde el *brunch* de la mañana hasta la tarde de compras en Hermés o el fin de semana en un SPA de lujo. Era triste pensar que yo había formado parte de esa vida idílica hasta que decidió romper conmigo. Postureo para alimentar su reputación pública, supongo. Siempre que teníamos una cita insistía en hacernos *selfies* o fotos posando en las que añadía algún pie de foto que daba a entender que éramos la pareja perfecta. Pero la misma noche de la ruptura borró todas nuestras fotos y puso una suya con un vestido diminuto y una frase que hablaba sobre la necesidad de ser fuerte ante las adversidades, lo que hizo que el rumor de nuestra separación corriera como la pólvora.

La cuestión era que desde ese día miraba sus redes sociales como un acosador. Mis amigos insistían en que debía pasar página, pero yo no quería renunciar a ella tan rápido. Para mí fue un triunfo que Susan quisiera tomarse una copa conmigo, y cuando me invitó a subir a su apartamento e hicimos el amor sobre la alfombra de diseño del salón, creí rozar el cielo con la punta de los dedos. Necesitaría tiempo y objetividad para comprender que ese sentimiento no era debido a Susan, sino a lo que ella representaba.

Estaba tan inmerso en el espionaje que no me di cuenta de que alguien se colaba en mi despacho con sigilo.

—Debo reconocer que tiene buenas tetas. Seguro que le costaron una fortuna. —Cuando la voz de Jade llegó hasta mis oídos, di un respingo sobre la silla y me llevé una mano al pecho, sobresaltado.

La miré con los ojos fuera de mis órbitas.

—¿Quieres matarme de un infarto? ¿Por qué has entrado aquí sin llamar? ¿Y por qué mi secretaria lo ha permitido?

—Connor, Connor, Connor... —Jade chasqueó la lengua contra el paladar varias veces, como si fuera una profesora dando una reprimenda a un alumno que se ha portado muy mal—. Demasiadas preguntas que desvían la atención del único tema importante aquí. —Señaló mi móvil y yo lo escondí rápidamente dentro de un cajón de mi escritorio—. ¿Qué hacías mirando el Instagram de Susan? Prometiste bloquearla de las redes sociales.

—Y lo hice.

—Pero estabas mirando sus *stories*.

—Pero no desde mi cuenta personal.

Los ojos de Jade se achicaron aún más de lo que ya lo estaban de forma natural, haciendo que se volvieran dos rendijas imperceptibles. Aquel día llevaba un vestido con tul y corsé negro y botas altas de cordones hasta las rodillas.

—¿Me estás diciendo que te has abierto una cuenta nueva solo para espiar los *stories* de Susan? Eso es patético, Connor. Incluso para ti. Dame el móvil. —Abrió su mano y la movió impaciente.

—No.

—Connor Quinn, si no me das tu móvil voy a saltar sobre ti y morderte el cuello hasta hacerte sangrar.

Si esas palabras hubieran salido de otra persona probablemente no me habría dejado amedrentar, pero se trataba de Jade, impulsiva y retorcida como ella sola. Nunca sabías con que te podía salir. Por eso claudiqué. Cogí el móvil del cajón y se lo di.

—Esto me parece excesivo —refunfuñé.

—Buen chico —me palmeó la cabeza como si fuera un perro y luego estuvo toqueteando la pantalla. Me lo devolvió tras unos minutos—. Te he desinstalado Instagram y puesto un control parental.

—¿Qué? ¿Control parental? ¡No soy ningún niño!

—Cuando vea que puedo volver a confiar en ti te lo quitaré.

—Eres horrible. Y ni siquiera me has dicho qué haces aquí.

Jade se encogió de hombros con una risita suave.

—Erik y yo tenemos tu custodia compartida. Como Erik hoy no podía sacarte a almorzar, he decidido hacerlo yo. Además, necesito inspiración para la novela. Me he quedado encallada en una parte importante.

Me guardé decir que me parecía difícil que encontrara inspiración de su novela en un lugar como Manhattan teniendo en cuenta que su novela actual iba sobre monstruos que vivían en una tercera dimensión y que salían de ella por un portal interdimensional para comerse a la gente sin dejar rastro. El *plot twist* de aquello era que uno de los monstruos se enamoraba de una de sus víctimas, la dejaba marchar y se obsesionaba con ella. Lo sé, es muy perturbador, pero es que la mente de Jade es muy perturbadora. Teniendo en cuenta que su última novela, *La niña maldita*, vendió más de un millón de ejemplares, estaba claro que tenía su público.

Nos sentamos en la cafetería de enfrente de mi oficina. Yo me pedí un sándwich de pavo y

ella un rollito vegetal. Ambos acompañamos nuestra comida con una enorme taza de café. Ni siquiera nos habíamos sentado cuando un grupo de chicas con estética gótica, parecida a la suya, se acercaron para pedirle autógrafos y hacerse una foto. Ya estaba acostumbrado a que eso pasara. Jade era todo un fenómeno entre los más jóvenes y no pasaba precisamente desapercibida. Después empezamos a comer.

—Así que sigues con el síndrome de Estocolmo —dijo Jade, dándole un mordisco a su rollito.

Las cristaleras dejaban entrar un gran haz de luz natural que arrancaban destellos azulados a su cabello negro.

—¿Síndrome de Estocolmo? Eso lo sufren las personas que han sido secuestradas.

—Y tú lo has sido. Emocionalmente hablando.

Suspiré.

—¿Podrías dejar de hablar de ella como si fuera un monstruo?

—Jamás. ¿Debería ponerle su nombre a uno de los monstruos de mi historia?

—¡Jade!

Mi amiga se rio entre dientes y yo solo deseé comerme el sándwich rápido para marcharme de allí. Sin ningún motivo aparente, entonces pensé en Arielle y me pregunté qué estaría haciendo en ese momento. Aquella noche había tenido un sueño de lo más raro con ella. Un sueño subido de tono, aunque sin final feliz.

Desvié mis pensamientos hacia otros lugares menos peligrosos.

—¿Puedes recordarme por qué Erik no ha podido venir en tu lugar?

—Que muestres tan abiertamente tu predilección por él es desolador, Connorcito. —Jade hizo un mohín fingiendo estar dolida, aunque ambos sabíamos que esa predilección era falsa.

Siempre quise a mis amigos por igual, aunque Jade fuera la mayoría de veces demasiado directa para mí—. Pues no ha querido contarme el motivo, pero imagino que tiene que ver con Jensen.

—¿Se ha vuelto a meter en líos? —pregunté, preocupado.

Jensen era el sobrino de Erik y tenía la habilidad innata de acabar en el despacho del director más veces de las que mi amigo podía asimilar.

Jade se encogió de hombros con suavidad y cambió de tema, explicándome detalladamente el bloqueo en el que se encontraba como escritora. Me ahorraré detalles para no herir vuestra sensibilidad. Solo os diré que aquel día no pude terminarme el sándwich porque se me revolvió el estómago.

A pesar de un relato escabroso que hubiera preferido no tener que visualizar, después del almuerzo con Jade me sentí mucho más relajado. Nada mejor que hablar sobre vísceras y sangre para regresar al trabajo con energías renovadas.

Arielle



Piper Quinn tenía un carisma arrollador. Era como un cartel de neón resplandeciente con patas, que llamaba la atención allá donde fuera. En sus redes sociales ese carisma ya se intuía, y en videollamada también, pero en persona era algo tangible. Una la miraba y sentía la necesidad imperiosa de querer ser su amiga. De hecho, mientras hablábamos sentadas en los cómodos sillones de su oficina, no podía dejar de pensar en lo cohibida que me sentía ante su presencia. Llevaba un vestido rosa estampado de estilo hindú, y estaba preciosa, con el cabello castaño oscuro recogido bajo la nuca.

Yo después de una mañana de compras, había elegido para la ocasión un vestido de color crema con cremallera lateral, y falda de vuelo. También había comprado maquillaje, zapatos y accesorios, además de un secador para poder hacer algo decente con mi pelo. Pero aun así, aunque me sentía guapa, ella estaba a otro nivel.

—Entonces, ¿perdieron tus maletas en el vuelo? —Los ojos de Piper se abrieron de par en par y yo asentí, imprimiendo en ese gesto toda la frustración que aún sentía debido a eso.

—Por lo tanto, las telas que llevaba para confeccionar el vestido, también se han perdido. Desde la aerolínea me aseguran que en cuánto encuentren mi equipaje me llamarán, pero no me pueden asegurar al 100% que puedan recuperarlas.

Había elegido unas telas preciosas, con texturas suaves y ligeras que abrigaban para el invierno. Odiaba tener que prescindir de ellas por culpa de un error de la aerolínea.

—¿Ese será un problema para poder llevar a cabo el diseño que planeamos?

—Para nada. Aquí hay buenas tiendas, solo tendré que buscar en ellas las telas adecuadas.

—Perfecto. ¿Cuándo crees que podremos hacer la primera prueba del vestido?

—En unas tres semanas. En cuanto tenga las telas y me traigan la máquina de coser que alquilaré, me pondré a ello. —No me había traído mi propia máquina de coser, por suerte. Solo imaginar que me la hubieran perdido junto al resto de cosas me revolvía el estómago.

—Ah, vale. Genial. ¿Necesitas una habitación especial para eso? En la mansión hay de sobras. Podemos adaptar una como taller provisional.

—¿En serio? Eso sería de gran ayuda. ¡Gracias!

Asintió y procedimos a revisar una vez más los diseños. Los abrí en el ordenador portátil. Le enseñé los pequeños cambios y ajustes que había hecho y ella aplaudió ilusionada.

—Creo que un diseño de dos piezas es la mejor opción para tu caso. El corpiño superior, además, tiene una cremallera invisible que se abre por delante y que queda escondida tras la costura. De esta forma, si tienes que vaciar el estoma, o comprobar su sujeción, o lo que sea, podrás hacerlo sin problema. —Fui pasando los dibujos del diseño uno a uno, mostrándole todos los detalles—. También he pensado que podríamos hacer una falda doble. La primera que tenga cola y que sea perfecta para la ceremonia y la segunda que sea corta y te permita bailar y moverte durante el baile. Podemos colocar la primera debajo de la segunda para que puedas quitártela cuando quieras.

—Eso es muy buena idea. Me encanta todo, Arielle, de verdad. Estoy segura de que con este diseño me sentiré muy cómoda y tranquila el día de mi boda. No sabes lo contenta que estoy de haberte contratado.

Sus palabras fueron como un chute de adrenalina.

—No, soy yo la que está agradecida de que confíes en mí para algo tan importante.

Piper me dedicó una enorme sonrisa.

—Llevo deseando que me diseñaras el vestido desde que vi tu trabajo con Eva Méndez. — Me miró con una sonrisa cómplice y yo asentí, porque aquel fue uno de mis trabajos más complicados. Eva era una *influencer* argentina afincada en Alemania que hacía concienciación sobre el trastorno del espectro autista. Ella misma era autista y tenía desorden de integridad sensorial lo que provocaba que para ella la mayoría de texturas fueran como lija que le raspaba la piel. Solía ir vestida siempre con las mismas prendas de 100% algodón, pero quería algo más sofisticado para su boda, así que me preguntó si lo veía factible. Le dije que sí y juntas visitamos más de una decena de tiendas en Alemania hasta dar con la tela perfecta. Me costó esconder las costuras para que no las notara, pero lo conseguí. Me sentí muy orgullosa después de terminar ese proyecto—. Su testimonio de como la ayudaste y confeccionaste un vestido adaptado a sus necesidades me emocionó muchísimo. Eres inspiradora—. Sus halagos hicieron que mis mejillas se encendieran.

—Tú sí que eres inspiradora. Te sigo en las redes sociales prácticamente desde el inicio.

—¿De verdad?

—De verdad. Tu historia de superación personal es un ejemplo a seguir para muchos.

—Qué suerte que pienses así. —Hizo una mueca, un poco apesadumbrada—. Hay quien piensa que lo único que hago es lucrarme por mi enfermedad. Recibo mensajes de ese estilo a diario, y a veces incluso me hacen cuestionarme si lo que hago está bien. Es verdad que gano muchísimo dinero aceptando promociones y siendo embajadora de varias marcas, pero destino un porcentaje muy alto a una organización que investiga la enfermedad de Crohn. Además, como persona que sufre de una enfermedad crónica y que debe usar estoma, creo que es positivo que haya esa visibilización que no existe en los medios. Apenas se habla de nosotros, y existimos.

—Totalmente de acuerdo. Bajo mi punto de vista haces un trabajo necesario y no deberías dejar que los *haters* te desmotivases. Yo misma recibo *hate* casi todos los días. Es la parte mala de ser un personaje público.

—¿Tú? ¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Por el simple hecho de mostrar cuerpos no normativos en mis fotos. Para mucha gente las gordas como yo deberíamos escondernos en una cueva y no salir nunca.

—No te insultes a ti misma, no te llames gorda.

—No me insulto a mi misma. «Gorda» es un adjetivo como cualquier otro, como lo es «delgada», «alta» o «menuda». Es la sociedad quién lo usa como insulto. Los eufemismos *curvy* o *Plus-Size* molan, los uso y me encantan, pero odio que la gente se eche las manos a la cabeza cada vez que me autodefino como «gorda».

—No lo había pensado de esa forma, pero tienes razón —dijo Piper tras unos segundos de reflexión.

—Sea como sea, la gordofobia está demasiado extendida en nuestra sociedad. —Me encogí de hombros—. Hay días en los que los comentarios negativos pesan, pero intento enfocarme en los buenos que son los que de verdad suman y los que me hacen pensar que Happy Bride es un proyecto necesario.

En el momento que decidí crear Happy Bride asumí que tendría muchos haters por el simple hecho de especializarme en los vestidos de novia inclusivos. No me equivoqué. Aun así, lo bueno siempre gana a lo malo. Siempre.

—Es cierto, debería enfocarme en lo bueno. —Frunció los labios en un mohín—. Mi asistente se encarga de las redes sociales por beneficio de mi salud mental, pero a veces me puede la curiosidad y... bueno, no es agradable.

En ese momento, llamaron a la puerta. El asistente de Piper, Kevin, entró y anunció:

—Jacob está aquí.

—¿Jacob? —El rostro de Piper se iluminó de pronto—. Oh, perfecto. Dile que pase.

Kevin le guiñó un ojo y segundos después Jacob entró. Sabía que era guapísimo, porque lo había visto en alguna publicación de Piper, pero en directo aún lo era más. Moreno, ojos negros, piel aceitunada y porte elegante. El tipo de hombres que te hace babear como un perro delante de un hueso, vaya.

—Mira cielo, esta es Arielle. La diseñadora de mi vestido de novia —nos presentó Piper tras darle un suave beso en los labios.

Jacob sonrió mostrando su sonrisa de anuncio.

—Encantado. Piper me ha hablado mucho de ti.

Le devolví la sonrisa, estrechamos las manos, me puse en pie y empecé a guardar todo dentro del bolso.

Ver a Jacob y Piper hacerse arrumacos sin ningún tipo de vergüenza frente a mí me puso un poco celosa. Ambos eran tan guapos y se notaba tanto la complicidad que tenían entre ellos que era fácil querer algo parecido. Yo nunca había tenido una relación así. Nadie nunca me había mirado como Jacob miraba a Piper. Como si fuera el eje que hacía girar su mundo.

Su historia de amor tampoco era ningún secreto para mí. Piper la contó una vez en un directo. Jacob fue el cirujano que le hizo el estoma. Según él, Piper le gustó la primera vez que entró en la consulta, pero mantuvo la relación a nivel profesional en todo momento. La suerte quiso que coincidieran en un bar años después. Ella quiso invitarle a una copa al reconocerle, y saltaron las chispas. ¿Puede alguna plataforma de *streaming* adaptar su historia a película? Gracias.

Me despedí de ellos y salí del edificio de oficinas con un peso en el corazón. Siempre me pasaba después de estar un rato con una pareja bien avenida. En mi fuero interno el anhelo de

encontrar el amor no dejaba de crecer, y cada año que pasaba sin conseguirlo perdía un poco más la esperanza.

¿Y si nunca conocía a nadie? ¿Y si estaba destinada a estar sola?

Con ese pensamiento en mente, detuve un taxi y me fui a la mansión Quinn.

Arielle



Horas más tarde, desperté de una cabezadita que debía ser corta pero que se me fue de las manos. Eran las doce de la noche según el móvil que había adquirido esa mañana. Me acosté a las siete. Adaptarme al horario neoyorkino me estaba costando más de lo esperado. Mi estómago rugió con fuerza y decidí bajar a la cocina para cenar algo y estirar las piernas. Mientras bajaba las escaleras me dije que esta vez no olvidaría que debía coger el pasillo de la derecha. No volvería a cometer el mismo error.

Una vez en la planta baja, entré en la enorme cocina y encontré una nota pegada en la nevera:

Para Arielle:

El chef ha dejado preparados algunos platos que solo deberás recalentar en el microondas. Esperemos que sean de tu agrado.

Cordialmente,

Eleanor.

Entusiasmada, abrí la nevera y encontré unos cuantos *tuppers* llenos de comida deliciosa. Algunos de ellos de comida francesa, como quiches de espinacas y queso azul y crepes de jamón brie, mientras que otros eran platos más internacionales como sushi y pasta fresca. La variedad de opciones me hizo sentir agradecida por la hospitalidad del servicio.

Calenté uno de los platos de quiche en el microondas y lo disfruté en la mesa de la cocina. Mientras comía, volví a llamar a la aerolínea, insistiendo una vez más por el equipaje perdido. Conclusión de la llamada: nadie sabía nada.

Después de cenar, decidí dar un paseo por la planta baja de la mansión. Connor me había dado carta blanca para entrar donde quisiera. Mientras exploraba, me fijé en un haz de luz saliendo de una de las habitaciones. Entré en ella y mis ojos se toparon con una escena de *El imperio contraataca* reproduciéndose en la pared blanca del fondo. Me quedé embobada viendo a Han Solo y Leia discutiendo atrapados en el asteroide. Fue tal la conmoción que no reparé en la persona que estaba sentada en uno de los amplios sillones de ese cine casero hasta que una voz me sorprendió.

—¿Arielle? ¿Qué haces aquí?

Un Connor vestido en un pijama de cuadros me miraba con las cejas levantadas y expresión sorprendida. Yo enrojecí al instante al recordar lo ocurrido la noche anterior en su habitación. Mi idea de evitarlo hasta que ese recuerdo vergonzoso se mitigara acababa de desvanecerse.

—Ey —saludé cohibida levantando un poco la mano a modo de saludo—. Aún no me acostumbro al nuevo horario.

—Ah. —Asintió despacio y yo volví a mirar la pantalla.

—¿Puedo hacerte compañía? Me encanta Star Wars —dije pensando que podía comportarme como una persona adulta y no dar importancia a una pequeña situación incómoda

de nada.

Las cejas de Connor se levantaron con escepticismo.

—¿Te gusta Star Wars?

—Muchísimo.

—No te creo.

Puse los ojos en blanco, me acerqué a él y bajé la cinturilla de mi pantalón para dejarle ver la silueta de Leia con la frase *Fight like a girl* tatuada en mi cadera.

—Eso sí que no me lo esperaba.

Me senté a su lado, en un butacón mullido idéntico al suyo.

—Para ser sincera, yo tampoco esperaba que te gustara a ti.

—¿Por qué?

—Porque la gente a la que le gusta Star Wars mola, y tú no molas nada.

—¿Disculpa? ¿Cómo que no molo nada? ¡Molo un montón!

Apreté los labios para esconder una sonrisa.

—Pues lo disimulas muy bien. La primera vez que hablamos no molaste ni un poquito.

Connor entornó los ojos y me miró a través de ellos.

—Eso ha sido un golpe bajo.

Me reí entre dientes y volví a hablar con la mirada fija en la película.

—¿Qué haces levantado a estas horas? Yo tengo excusa, pero tú...

—Sufro de insomnio por temporadas desde los diez años. —Hizo un pequeño encogimiento de hombros.

Lo miré boquiabierta.

—¿Desde los diez años? Guau, empezaste muy pronto.

—Es por mi cabeza, no para. —Se tocó la cabeza, allí donde un pelo moreno y alborotado le daba un aspecto desenfadado y... sexy. Muy sexy—. Me cuesta mucho acallar mis pensamientos. Tiendo a sobrepensarlo todo. Durante una época incluso tuvieron que medicarme. Hacía años que estaba bastante estable, pero en los últimos días he vuelto a recaer.

La culpa se instaló en la base de mi estómago.

—¿Por Susan?

—Sep.

—*Mon dieu*, lo siento. —Hice un mohín, pero él se apresuró a negar con un movimiento de cabeza.

—No fue culpa tuya, así que no tienes que disculparte. Tenías razón el otro día al decir que no rompió conmigo por eso. De hecho se aseguró de darme una buena lista de errores que le habían llevado a tomar esa decisión.

Asentí, sin preguntarle nada más por el tema. Y eso que tenía curiosidad por saber qué barbaridad le habría dicho Susan...

—Pues no sé si es buena idea que mires películas si sufres de insomnio. Según leí, el uso de pantallas antes de acostarse es nefasto para una buena higiene del sueño

—En mi caso desconectar viendo películas es lo único que ayuda a pausar mi cerebro.

—Yo cuando tengo ansiedad hago meditación, deberías probar.

—Meditar no sirve para mí, soy incapaz de dejar la mente en blanco.

Abrí la boca para aconsejarle algunas técnicas de meditación muy eficaces, pero, entonces, un pensamiento cruzó por mi mente a gran velocidad. Espera, ¿había dicho que llevaba días

sufriendo insomnio? Eso no tenía sentido.

—¿Cómo puede ser que lleves días sufriendo insomnio si ayer dormías a pierna suelta?

—Eso es porque me tomé una pastilla para dormir, pero hoy no quería volver a hacerlo porque tengo sueños muy vívidos y pesados y... —Su ceño se frunció—. Espera, ¿cómo sabes que ayer dormía a pierna suelta? —Se quedó unos segundos en silencio y finalmente abrió la boca de par en par—: ¡No! Entonces, el sueño que tuve en el que tú te metías en mi cama... ¿no fue un sueño? ¿Te metiste en mi cama de verdad?

¿Qué? ¿Él pensaba que lo había soñado?

—Bueno, yo... —balbuceé, retorciéndome las manos con nerviosismo. Mierda, ¿por había tenido que ser una bocazas?

—Las pastillas para dormir me atontan y pensé que todo había sido producto de mi imaginación. Entonces, ¿te metiste en mi cama de verdad? Arielle Dubois, eres una acosadora.

Ay, Dios, qué situación más violenta. Sentí que las mejillas se me ponían del color de los tomates maduros.

—No fue así. Me equivoqué. Tomé el camino de la izquierda en lugar del de la derecha. ¡Es que esta casa es como un maldito laberinto! Deberíais señalar las plantas y poner carteles en las puertas. ¡Es muy difícil ubicarse!

—Ajá, ¿seguro que no lo hiciste para seducirme? Sé que soy irresistible y que despierto los bajos instintos de cualquiera, pero ese comportamiento es totalmente intolerable. ¡Intentar conquistar a un hombre en un momento de debilidad emocional es caer muy bajo!

—Eres idiota, jamás se me ocurriría intentar conquistar al hermano de una cliente.

—Um, esa excusa es muy débil. Inténtalo de nuevo.

—Calla. Nos estamos perdiendo la película por tu culpa. —Señalé la pantalla.

Él reprimió una sonrisa pero obedeció. Volvió a fijar la mirada en la pantalla y nos pasamos el resto de la película comentando las escenas más importantes. Mientras la historia avanzaba, pensé en lo mucho que me gustaba su compañía. Esa era la segunda vez que coincidíamos, quitando aquella primera llamada desastrosa, y lo cierto era que... estar con él resultaba reconfortante. Como una manta y un té calentito en invierno. Me hacía sentir cómoda. Y eso era algo que no ocurría a menudo con la gente del género masculino. Los hombres solían ponerme en tensión. Pero con Connor las cosas fueron distintas desde el principio, y aún me quedaba mucho por descubrir.

Connor



Al día siguiente fue Erik quien pasó a buscarme a la hora del almuerzo. Que mis amigos me trataran como un niño de diez años incapaz de controlarse me parecía muy molesto. Sabía que se preocupaban por mí, pero ¿no era aquello excesivo?

Acabamos en un japonés. Nada más sentarnos y pedir el menú de siempre me exigió que le diera el móvil.

—Oh, venga, tío. Paso de ti. Soy una persona adulta y funcional que puede cuidar de sí mismo.

—Órdenes de Jade —dijo, y antes siquiera de que pudiera evitarlo, se abalanzó sobre el móvil que había dejado sobre la mesa y lo cogió. Intenté detenerlo, pero él lo desbloqueó en un pestañeo y empezó a toquetearlo—. Veo que no te has desinstalado el control parental. Buen chico. Ahora vamos a consultar el historial de navegación.

—Eres gilipollas —grazné quitándole de las manos el móvil antes de que fuera capaz de ver lo que había estado consultando esa última hora. Y no porque hubiera estado espiando desde allí a Susan, sino porque no quería que viese que había buscado información sobre Arielle Dubois.

¿Por qué había perdido todo aquel tiempo en investigar a la diseñadora del vestido de novia

de mi hermana? Pues, a decir verdad, no lo sabía. Simplemente Arielle despertaba mi curiosidad de una forma poderosa, y hacía tanto tiempo que nada ni nadie me despertaba una curiosidad tan atroz que necesitaba empaparme de toda la información que pudiera encontrar sobre ella. Me recordó a cuando siendo niño leía la enciclopedia como quién lee un libro porque necesitaba saber el porqué de las cosas. No entendía de dónde venía esa necesidad insaciable de saber sobre Arielle. Era incomprensible. Pero si la primera vez que hablamos sentí una chispa de curiosidad prender dentro de mi interior, la segunda vez aquella chispa se convirtió en una pequeña llama que necesitaba alimentar para mantenerse viva.

Tampoco es que hubiera encontrado mucho. Algunas entrevistas en la que hablaba sobre su negocio y algunos artículos generales. Poca cosa había conseguido descubrir: había nacido en París, era un año más pequeña que yo, se graduó con honores en la universidad y ganó varios premios de emprendimiento e innovación por su firma Happy Bride.

La cuestión era que no quería que Erik supiera sobre la existencia de Arielle para evitar preguntas innecesarias. Además, de enterarse, le iría con el cuento a Jade y Jade usaría ese descubrimiento para torturarme. Siempre le decía que debía haber sido miembro de la CIA, porque con su mala leche sería capaz de presionar a decir la verdad incluso al delincuente más peligroso.

—¿Cómo está Helga? —pregunté, mencionando a su hermana mayor, quién estaba tratándose en una clínica de desintoxicación por enésima vez.

Él se encogió de hombros con suavidad.

—Hablamos ayer y parecía estar bien, pero... ya la conoces. Con ella nunca se sabe.

Asentí, empatizando con la situación. Conocía a Helga personalmente, de las ocasiones que durante el instituto iba a casa de Erik. La recordaba como una chica extrovertida y risueña que cambió por completo el día que empezó a juntarse con los chicos malos del instituto, que hacían pellas para fumar marihuana y que la llevaron por el mal camino. Allí conoció a Michael, del que

se quedó embarazada a los diecisiete y con el que mantenía desde entonces una relación tóxica llena de idas y venidas que aún duraba. Cada vez que Michael regresaba a su vida, lo hacían las drogas. Michael solía desaparecer semanas después, con los bolsillos llenos de dinero y Helga regresaba arrepentida al centro de desintoxicación. Había perdido la cuenta de las veces en las que ese círculo vicioso se había repetido.

—¿Y cómo lo lleva Jensen? —pregunté, interesándome por su sobrino de 13 años, el liante que vivía con Erik mientras Helga estaba internada. Los padres de Erik eran demasiado mayores para ocuparse de un adolescente problemático.

—Bueno, ayer volvió a pelearse con un compañero del instituto y el director amenazó con expulsarlo si no mejora su actitud. —Suspiró y yo asentí, tal como imaginé Jensen había vuelto a liarla—. No sé qué hacer con él. Tiene complejo de superhéroe. Defiende a los chicos de sus abusadores, y no me malinterpretes, me encanta que ayude a los más débiles, pero no a costa de ganarse una expulsión. Jensen siempre se enfada con esto porque le parece injusto que lo metan en el mismo saco que los acosadores, pero así es la vida. Injusta por naturaleza. ¿Qué universidad va a aceptarlo con ese expediente?

—Es muy bueno jugando al hockey. Apuesto a que se darán de tortas por él en cuánto se gradúe —dije yo. Jensen era el capitán del equipo juvenil de los Águilas de Nueva York.

—No creo que eso sea suficiente. Tiene que dejar de meterse en líos.

Le di la razón, pero el pobre chico no estaba pasando por un buen momento personal y por lo visto gestionaba su vida desastrosa luchando contra las injusticias de los demás. Por una parte no me parecía mal porque yo había sufrido alguna que otra vez las burlas de los matones por ser un cerebritito. Nunca fue demasiado exagerado porque yo era quién era y tenía cierto estatus. Pero ya se sabe que cuando eres adolescente lo distinto no gusta y es motivo de burla. Por el otro, entendía que no era bueno que Jensen usara la violencia como vía de escape para sus propios problemas, incluso cuando lo hacía de forma justificada.

—¿Quieres que hable con él? —pregunté. De alguna forma Jansen y yo siempre nos habíamos llevado bien.

—¿Lo harías?

—Claro, tío. Dime qué día te va bien quedar y nos lo llevamos a tomar un helado.

—Vale, estos días está liado con exámenes y entrenos, pero te aviso. Gracias. A ver si a ti te escucha.

Yo también lo esperaba. Jensen era un buen chico, y no quería que se cerrara puertas solo por un error.

Me metí una pieza de sushi en la boca y cambiamos de tema. No me preguntó sobre Susan y yo tampoco la saqué a colación ni una sola vez. No diré que estaba curado ya de nuestra ruptura, pero sí que me notaba menos obsesionado por ella. Era como desengancharse de una droga. Al principio lo pasas mal y te entra el mono, pero a medida que pasan los días te das cuenta de que dejarlo es la mejor decisión que podías tomar.

Arielle



Un día más, volví a despertarme a medianoche. Podría decir que aún no me había acostumbrado a la diferencia horaria, pero creo que esta vez me despertó algo distinto: la curiosidad de saber si encontraría a Connor en la sala de cine.

Aquel día había sido agotador. Había visitado un montón de tiendas que alquilaban máquinas de coser hasta dar con una que tenían el modelo con las prestaciones que necesitaba. La traerían a la mansión al día siguiente. Ahora solo necesitaba encontrar las telas adecuadas para confeccionar el vestido de Piper.

Nada más bajar las escaleras hasta la planta baja vi la luz del proyector salir de la puerta entreabierta. Sentí una chispa de emoción en el estómago y decidí pasar por la cocina antes de entrar. Metí una bolsa de palomitas en el microondas, que había comprado en un súper durante el día, y luego puse el contenido humeante en un bol enorme. Palomitas en mano, regresé al pasillo y me colé dentro de la sala de cine. Connor me miró nada más percibir mi presencia. En la pantalla iluminada esta vez se reproducía *El Regreso del Jedi*. La película acababa de comenzar y me senté entusiasmada.

—¿Debería empezar a cobrarte entrada? —preguntó Connor con una sonrisa que dejaba en evidencia que, en realidad, estaba encantado de tenerme allí.

Era raro porque apenas nos conocíamos, pero entre nosotros ya se había tejido cierta complicidad.

—He traído palomitas esta vez, ¿no es eso suficiente pago?

Miró las palomitas con una ceja alzada.

—Pues no los sé, porque somos dos personas y solo has traído un bol.

—El bol es enorme. ¡Podemos compartirlo!

—No me gusta compartir comida —susurró un poco contrariado mientras yo me metía un puñado de palomitas en la boca.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Es antihigiénico.

—¿Antihigiénico? —Me reí, no pude evitarlo.

—En la boca hay muchas bacterias y gérmenes, y cuando compartes comida, especialmente directamente de un mismo recipiente, existe la posibilidad de transmitir esas bacterias de una persona a otra.

Lo miré con sorna.

—Eso es cierto, pero... seguro que hay otros momentos en los que no te importan tanto las bacterias de una boca ajena.

—¿Otros momentos?

—Cuando besas, por ejemplo. Al besar también se comparten bacterias y gérmenes.

—Bueno, por eso solo lo hago con personas de mi total confianza.

—Entonces no deben gustarte mucho los líos de una noche.

—Más bien no.

Volví a reírme. En realidad, encontraba fascinante a Connor. Sus rarezas lo hacían... no sé, ¿especial? Especial de una forma adorable.

—Eres un tipo raro, Connor Quinn.

Cuando la película terminó no podía creer que llevara dos horas allí, pero el reloj no mentía. *El regreso del Jedi* nos había tenido pegados a los sillones sin prácticamente parpadear. Y eso que no era la primera vez que ninguno de los dos la veíamos.

—Siempre me emociono con la escena en la que Darth Vader decide salvar a Luke —admití tras soltar un suspiro profundo.

Connor sonrió y asintió, apagando el proyector y la pantalla con un mando.

—Es uno de los momentos más significativos de la saga —comentó Connor—. La redención de Darth Vader es un poderoso ejemplo de cómo incluso aquellos que han cometido actos terribles pueden encontrar la redención y el perdón.

—Es un mensaje significativo, sí. Aunque no sé si estoy al 100% de acuerdo con él.

—¿Por qué? —Connor me miró.

—No todo es redimible y perdonable.

Connor asintió despacio, reflexionando sobre mis palabras, y luego vi la comprensión brillar en el fondo de sus ojos oscuros.

—¿Por qué tengo la sensación de que detrás de esa frase hay una historia?

Me encogí suavemente de hombros.

—Porque quizás la hay.

—¿Quieres contármela?

—¿Quieres escucharla?

—Por supuesto que sí. Soy bueno escuchando.

Me froté las manos, que sentía un poco pegajosas por la mantequilla y la sal de las palomitas, y reordené mis pensamientos. Hacía mucho que no contaba a nadie aquello. A fin de cuentas se trataba de una de las épocas más duras de mi vida.

—Nunca he sido la chica más popular del instituto. Supongo que eso no es ninguna sorpresa para nadie teniendo en cuenta que mi cuerpo no es precisamente normativo. Pero bueno, la verdad es que conseguí pasar por la educación obligatoria sin mayor problema. De vez en cuando alguien se metía conmigo por mi peso, pero siempre eran comentarios sueltos que me afectaban al momento y ya está. Creí que después de haber superado el instituto podría al fin tener una vida normal, alejada de los juicios de la gente, pero obviamente me equivoqué.

Me quedé en silencio, sintiendo como mi estómago se encogía ante los recuerdos de lo que sucedió después.

—No tienes por qué contármelo si no quieres —susurró Connor, con un tono de voz que sonó como una caricia.

Estaba cerca, tan cerca que podía ver las motitas verdes en sus ojos castaños.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. —Tragué saliva, cogí aire y proseguí mi relato—: Conseguir una plaza en la Universidad de Parson's School of Design de Nueva York fue un sueño hecho realidad. No fue fácil para mí dejar París, pero lo hice llena de ilusión y ganas de ver cumplido mi sueño de convertirme en diseñadora. Sin embargo, las cosas no fueron como había imaginado. Los primeros días transcurrieron bien, normal, yo me juntaba con un grupito de chicas, iba con ellas a la cafetería, nos veíamos los fines de semana y más o menos me sentía integrada, pero las cosas se torcieron el día que una chica de clase empezó a tomarla conmigo

—dije, sin mencionar su nombre ni destapar su identidad, porque lo último que quería era que Connor descubriera que me estaba refiriendo a Susan. Sí, Susan, su ex. La culpable, en parte, de mis problemas de autoestima actuales—. Primero lo hacía disimuladamente, y se reía de mí cuando me tocaba hablar de mis proyectos o presentar mis trabajos. Pero poco a poco fue subiendo la intensidad de sus burlas hasta que empezó a hacerlas abiertamente, ganándose la complicidad de los demás. Me llamaba ballena, masa roja y Godzilla. Fue... bastante desagradable. Y humillante. Ella era una chica popular así que enseguida las amigas que había hecho empezaron a darme esquinazo. Supongo que no querían que mi mierda les salpicara. Yo no entendía qué estaba ocurriendo. Siempre creí que el bullying no se daba en personas adultas. Estaba equivocada.

Me quedé callada unos segundos, intentando recuperarme del desgaste emocional que suponía explicar en voz alta mi testimonio. Connor no dijo nada, pero leí la consternación en sus ojos.

Cogí aire y continué.

—Intenté hablar con ella, preguntarle porque la había tomado conmigo, y la única explicación que conseguí de esta persona fue que yo representaba todo lo que ella odiaba. Que la moda estaba hecha por y para gente como ella, no para gente como yo. Que tenía que haberme dedicado a otra cosa. También busqué ayuda en mis profesores, pero me dijeron que no le hiciera caso, que eran chiquilladas, que yo tenía que ser menos sensible y estar por encima de sus comentarios.

—Como siempre mirando hacia otro lado —masculó Connor.

—El punto culminante de su acoso fue durante la presentación de nuestro proyecto de final de curso, en primer año. Yo había hecho una colección para cuerpos no normativos como el mío, y modelé con uno de ellos. Siempre he sabido que quería que mis diseños hablaran de inclusión y diversidad. De hecho, empecé a confeccionarme mi propia ropa desde muy joven porque no

encontraba prendas de mi talla que me gustaran. En fin, la cuestión es que ella aprovechó la ocasión para insultarme desde su sitio. Eso me puso tan nerviosa que tropecé sobre los tacones y me caí. Nunca antes me había sentido tan avergonzada. Era un evento importante, asistía mucha gente del mundillo en busca de futuras promesas del diseño, y yo acababa de hacer el ridículo delante de todos. La chica en cuestión y su séquito se empezaron a reír de mí y fui incapaz de levantarme del suelo por mí propio pie.

—Joder, Arielle —masculló Connor visiblemente afectado por mi historia.

Proseguí.

—Estaba convencida de que mi carrera como diseñadora se acababa allí, pero, entonces, una chica de otra clase me defendió de mis acosadoras, subió a la tarima, me echó una mano para levantarme, me enjuagó las lágrimas y cuando vio que no podía dar un paso porque me dolía mucho un tobillo, me ayudó a terminar el recorrido. Luego se ofreció a acompañarme al hospital, donde descubrimos que me había hecho un esguince.

—Por fin una buena persona en esta historia. Estaba empezando a perder la fe en la humanidad.

Asentí.

—Esta chica se convirtió en mi mejor amiga y fue la razón por la que pude vivir en paz el resto de mi estancia en Nueva York —pensé en Fabiola, sintiéndome de pronto muy agradecida por todo lo que hizo por mí—, además, mi acosadora dejó la universidad al año siguiente, así que las burlas se terminaron. Pero convirtió mi primer año en una pesadilla y sigo arrastrando cicatrices de aquella época. La cuestión es que dudo que esa chica sea consciente del daño que causó. Es más, dudo que quiera redimirse por lo que hizo.

Connor se quedó en silencio, fijando la mirada en la pared donde minutos antes se proyectaba la película.

—Lamento mucho que pasaras por eso. También lamento que los profesores miraran hacia otro lado. Me parece absurdo que se limitaran a decir que eran chiquilladas cuando obviamente ya no erais unos críos sino personas adultas. —Suspiró—. Yo tampoco es que fuera precisamente popular durante el instituto, pero una vez llegué a la universidad las cosas cambiaron. Supongo que en ingeniería todos éramos un poco raritos.

—¿No fuiste popular durante el instituto? —pregunté con los ojos entrecerrados—. Deja que lo dude. Alguien con tu físico no puede ser un marginado.

Connor me miró con una sonrisa asomando en su comisura derecha.

—Pues resulta que no siempre el físico acompaña a la popularidad. Digamos que era demasiado inteligente para ser popular.

—Venga ya —dije riéndome, por lo absurdo del comentario.

—En serio, en mi instituto la popularidad era inversamente proporcional a tu coeficiente intelectual. Además, sacaba buenas notas y me gustaban las ciencias, y bueno... —Señaló con la cabeza la pared donde hacía poco había estado proyectándose Star Wars—. Siempre he sido un poco friki.

—Qué te guste Star Wars no te convierte en friki.

—Pero que colecciones todo lo que tiene que ver con Star Wars y te sepas diálogos de memoria, sí. Y no solo de Star Wars. Me flipan los cómics y la Ciencia Ficción.

—Bueno, puede que un poco friki sí que seas —bromeé—. Aunque lo disimulas bastante bien. De no haberte encontrado viendo películas a escondidas, seguiría pensando que eres el típico empresario esnob que pasa sus noches escuchando música clásica y bebiendo vino sentado en un sillón tipo chester.

—Bueno, la música clásica me gusta, pero el vino no. De hecho, el alcohol no me entusiasma demasiado. Ni siquiera bebo cerveza. Solo me obligo a beber alcohol en eventos

sociales, con mis amigos siempre pido Coca-Cola.

Me reí, esta vez abiertamente.

—No eres para nada como imaginaba.

—Lo sé, sé el tipo de imagen que proyecto porque es una imagen que he moldeado a través de los años para intentar esconder frente a los demás la persona que soy en realidad. Digamos que cuando salgo de casa me pongo mi disfraz de «persona normal» para cumplir con las expectativas de la gente. Bebo vino y finjo interesarme por las conversaciones casuales o disfrutar con eventos como el fútbol o el béisbol, cosa que, por cierto, detesto.

—Eres como Superman o Spiderman pero en plan empresario.

—Exacto. —Sonrió—. Buen ejemplo. Soy un superhéroe con el don de aparentar ser normal. Mis amigos no lo entienden mucho. Ellos opinan que debería ser fiel a mí mismo, pero en el mundo de los negocios las apariencias importan.

Asentí, no muy segura de que debía responder a eso. Entendía que para moverte en según qué círculos era importante seguir cierto *dress code*, pero más allá de eso no tenía claro que fuera bueno esforzarse tanto por ser alguien que no eres y gustar a los demás. ¿Hasta qué punto es bueno fingir constantemente ser otro? Debía resultar agotador.

Miré la hora en el móvil. Ya se había hecho tarde y al día siguiente tenía que empezar mi caza de telas para el vestido, por lo que no podía seguir alargando aquella conversación por mucho que la disfrutara. Además, me sentía un poco revuelta. Siempre me pasaba cuando explicaba mi historia con Susan. Por eso no me gustaba sacarla del cofre del olvido. Aunque, lo peor de todo, era lidiar con el sentimiento de culpabilidad. La terapeuta que visité en su día para enfrentarme a las consecuencias del bullying me dijo que a eso se le llama la culpa de la víctima y que surge cuando se busca una explicación lógica a lo ocurrido. En plan: si yo no hubiera estado gorda nada de esto hubiera ocurrido, la culpa es mía por estarlo. Sí, sé que suena absurdo, pero a mí esa idea a veces me atormentaba con tanta fuerza como lo hicieron en su día los

insultos de Susan. Luego se me pasaba, cuando recordaba que la aceptación de alguien no debe venir condicionada por su peso, talla o físico.

Como si Connor hubiera comprendido mi desgaste emocional y mi necesidad de descanso, preguntó:

—¿Vamos a la cama? —Al darse cuenta de lo rara que había sonado aquella pregunta, añadió—: Es decir, yo a la mía y tú a la tuya, por supuesto. Ala derecha. —Me señaló—. Ala izquierda. —Se señaló a sí mismo.

—Por supuesto. —Sonreí divertida.

Salimos de la sala, subimos las escaleras y Connor insistió en acompañarme hasta mi habitación.

—¿Te parece si quedamos sobre las ocho y así de paso cenamos juntos?

Su pregunta me pilló por sorpresa. ¿Dónde quedaba aquél «La casa es grande, es probable que ni siquiera nos crucemos en los próximos días»?

No obstante, asentí ilusionada. Ignoré el cosquilleo en el estómago y me despedí de él con un movimiento de mano. Hice ademán de marcharme, pero Connor me lo impidió, agarrándome del codo.

Compartimos una mirada silenciosa, y cuando quise darme cuenta, sus brazos me rodearon y me atrajo hacia su cuerpo cálido y firme en un abrazo fuerte. Me sentí protegida, arrullada como si acabaran de envolverme en una manta pesada. Después, susurró:

—Yo también hubiera subido a esa tarima, Arielle. Yo también hubiera subido a esa tarima y te hubiera ayudado a ponerte en pie. Puede que aún no nos conozcamos mucho, pero quería que supieras que yo también lo hubiera hecho.

Ahí estábamos, dos personas prácticamente desconocidas vinculándonos de una forma desconcertante pero hermosa. Unas lágrimas escaparon de mis ojos y me apresuré a limpiarlas,

rompiendo un poco el abrazo para volver a enredar mis ojos en los suyos.

—Gracias —susurré.

—Si alguna vez vuelves a tropezar y a caer y no puedes levantarte, cuenta conmigo.

—Oh, Dios, debo haberte dado mucha pena con mi historia para que digas algo así.

—Para nada —se apresuró a desmentir—. No es pena lo que siento ahora. Siento admiración. Eres una mujer admirable, Arielle Dubois.

Estábamos cerca y todo lo que podía sentir era sus brazos aportándome calor, su corazón bombeando con fuerza dentro de su pecho y su olor a brisa veraniega.

Después de eso nos separamos y entré en mi habitación. Lo hice sintiendo una opresión en el pecho. Una opresión que sería el inicio de lo más importante que me hubiera pasado en la vida.

Arielle



Los siguientes días pasaron bastante rápido, entre telas, patrones, hilos y películas de *Star Wars*, *El señor de los anillos* y *Harry Potter*. Tanto fue así que cuando quise darme cuenta ya habían pasado dos semanas y me dirigía al viñedo de Fabiola para hablar con Nora Harris. Nora trabajaba para su Kane, era la encargada de la parte financiera de la empresa y se había comprometido a diseñar un plan de negocios para el traslado de Happy Bride en Nueva York.

La finca estaba situada en una enorme viñedo que se extendía por kilómetros en Hudson Valley, una región vinícola situada al norte del estado de Nueva York. El paisaje era impresionante, con colinas ondulantes cubiertas de vides y una casa de campo encantadora. Kane había convertido el viñedo en un próspero negocio de vinos, y era un lugar perfecto para hablar de negocios en un entorno relajado y pintoresco.

Había alquilado un coche para llegar hasta allí, lo que en un principio no me entusiasmó demasiado porque conducir no es algo que haga demasiado bien. Me aturullo con facilidad mientras conduzco y me crispo en los atascos. Pero tampoco había tenido otra opción pues la finca estaba lo suficientemente alejada como para que el transporte público no llegara y coger un taxi supusiera la ruina económica. Además, aquella hora y media de trayecto había servido para asentar un poco los pensamientos en mi cabeza. Pensamientos que se volvían caóticos por

momentos. Pensamientos que tenían que ver con cierto hombre que hacía palpar mi corazón con facilidad.

Sí, estoy hablando de Connor Quinn.

Desde hacía dos semanas habíamos instaurado una cómoda rutina de cenar juntos mientras veíamos alguna película proyectada en la sala de cine de la mansión, comida que nos hacía el chef. Después de eso, nos pasábamos horas hablando, tantas que siempre nos acostábamos de madrugada, lo que hacía que me levantara tarde y pareciera una zombi durante el día.

Era obvio que entre nosotros se estaba cociendo una bonita amistad. Éramos súper compatibles, teníamos mogollón de cosas en común y nos entendíamos bien, pero... había algo más. Para mí, al menos. Suponía que para Connor era diferente porque aún tenía sentimientos por Susan, cosa que, por otro lado, dada mi situación con ella en el pasado, me hacía sentir super incómoda, pero, no podía negar que Connor me atraía. Y me atraía de una forma que no me había atraído nunca nadie antes.

Estaba acostumbrada a enamorarme de chicos malos, de aquellos que me trataban como basura y con los que no había posibilidad de un futuro a largo plazo. Los NdM eran mi debilidad. No sabía que me llevaba a fijarme en ellos, pero Fabiola solía decir que tenía un imán para los cabrones.

Connor, en cambio, no pertenecía a esta subespecie masculina. Era atento, considerado, divertido e ingenioso. Y superlisto. Nunca hubiera imaginado que la inteligencia fuera un factor que me atrajera tanto. Me quedaba embobada escuchándolo hablar sobre cualquier tema, aunque no entendiera nada de lo que decía, como cuando empezaba a hacerlo sobre el medio ambiente, el cambio climático y las energías renovables.

La cuestión era que Connor estaba empezando a gustarme y eso era un problema, porque estaba claro que yo a él no le gustaba y nunca le gustaría. Además, ¡había salido con mi acosadora! ¿No era eso una señal más que suficiente para saber qué algo entre nosotros era

imposible? En las novelas y películas puede que ese tipo de tramas terminaran bien, pero en la vida real, no.

Aquel trayecto en coche había servido para despejar ideas. No podía dejar que esos sentimientos fueran a más. Debía centrarme en nuestra amistad y en ningún momento dar alas a ensoñaciones románticas de ningún tipo.

Salí del coche tras repetirme mentalmente aquella revelación y me dirigí hacia el portón de la finca. Llamé al portero automático, entré, aparqué el coche y luego me dirigí hacia la entrada de la casa siguiendo un pequeño sendero de piedrecitas. Fabiola me estaba esperando allí. Estaba guapísima, con el rostro reluciente y brillante. El embarazo le sentaba muy bien. Me recibió con un abrazo y me hizo pasar al interior.

Me sentí inmediatamente acogida por la calidez del lugar. La decoración era elegante pero cómoda, con muebles de madera y detalles rústicos que le daban un toque tradicional acogedor, sin perder cierto aire de modernidad. Fabiola me guio hacia la sala de estar, donde nos esperaba Nora Harris. Aunque no estaba sola. La acompañaba un chico de su misma edad al que conocí durante la boda de mi amiga. Recordaba que se llamaba Easton. No me sorprendió verlo allí pues sabía que era el encargado de llevar la web y la app de venta de vinos de Kane. Estaban sentados uno enfrente del otro con una pequeña mesa de por medio. Había un tablero de madera con un damero entre ellos. Dicho tablero estaba lleno de fichas blancas y negras que ambos miraban con mucha concentración.

—¿Qué hacen? —pregunté señalándolos con un susurro.

—Jugar al Go —repitió en un nuevo susurro.

—¿Al qué?

—Al Go, un juego estratégico de origen chino. Es un regalo que le hizo un cliente coreano a Kane tras cerrar un acuerdo. Lo pusimos como decoración sobre el mueble del salón y cada vez que Easton y Nora coinciden en esta casa, se retan a jugar. Lo que suele acabar con el perdedor

culpando al ganador de hacer trampas.

Asentí, recordando que Nora y Easton habían sido rivales durante la universidad. De eso me enteré el día de la boda de mi amiga, cuando ambos se dieron cuenta de que la persona que más odiaban compartían alguien en común. ¡El mundo es un pañuelo! Y es que Nora es la cuñada de Holden, que a su vez es uno de los mejores amigos de Kane. Y Easton es algo así como un hermano pequeño para Kane.

—Parece un juego interesante. ¿Has aprendido a jugar? — pregunté con curiosidad mientras observaba a Nora mover una de sus fichas por exasperación de Easton.

—¿Yo? qué va. No tengo paciencia para este tipo de juegos. Una vez Kane intentó enseñarme a jugar al ajedrez y me dormí a mitad de la partida.

Me reí.

—Eso es muy tú.

—Lo sé —dijo riéndose también—. Ven, vamos, tomaremos un café tú y una infusión mientras terminan. —Me cogió del brazo y me llevó hasta la cocina.

Nos sentamos en los taburetes de la isleta.

—¿Dónde está Kane? —pregunté,

—De viaje. —Hizo un mohín—. Regresa mañana. Está en Chicago visitando a un potencial nuevo cliente.

—Y ¿tú cómo estás? —pregunté mirándole la barriga, que una de sus manos acariciaba con ternura.

—Bien, la verdad es que no he tenido náuseas ni ningún otro síntoma, si no fuera por el test de embarazo, no diría que estoy embarazada. Tampoco he notado ningún cambio evidente. Bueno, sí, que ahora meo más.

—Mejor así, ¿no? Es decir, no por lo de mear, sino por lo de no tener náuseas y eso. Muchas mujeres lo pasan fatal durante el primer trimestre. Mi hermana Paulette vomitó hasta el último día.

—Supongo que tienes razón. —Hizo un mohín—. Pero la ausencia de síntomas me llevan a la paranoia. ¿Y si el test se equivocó y en realidad no estoy embarazada?

—No sé dónde leí que los test de embarazo no suelen dar nunca falsos positivos.

—¿En serio?

—Además, imagino que pronto te harán una eco, ¿no?

—La semana que viene, aunque no sé si se verá mucha cosa, es pronto—. Soltó un suspiro lleno de pesar y cambió de tema—. ¿Y a ti cómo te va? ¿Ya has empezado a confeccionar el vestido de Piper?

Asentí y le expliqué lo mucho que me había impresionado Piper en persona, el carisma que tenía y lo feliz que me hacía que alguien como ella confiara en mí para diseñar su vestido de novia.

Una cosa llevó a la otra y cuando quise darme cuenta el tema se desvió hacia lugares inesperados.

—Me gustaría presentarte a un hombre, Arielle. —Fabiola me miró con cautela mientras revolvía el líquido de su infusión—. Es un conocido de Kane. Es super majo. Le hablé de ti y quiere conocerte. ¿Por qué no sales a cenar un día con él y ves que tal?

La miré contrariada. Normalmente no decía que no a una cita, pero en aquel momento sentí que era añadir estrés a ya mi estresante vida.

—Uf Fabiola, ¿crees que es buena idea? En este momento estoy a tope con el encargo del vestido de Piper y quiero tenerlo listo lo antes posibles.

Además, estaba demasiado enganchada a Connor como para querer conectar con otro hombre.

—Oye, solo es una cita, digo yo que también tendrás que divertirte. Todo no puede ser trabajar. Además, no te estoy pidiendo que te cases con él. Hace poco me dijiste que buscabas un polvo sin complicaciones. Creo que él podría ser ese polvo.

No pude responder, porque en aquel momento una exultante Nora entró en la cocina. Tenía el cabello moreno suelto y rizado sobre los hombros y lucía una enorme sonrisa en su rostro. Tras de ella escuchamos la voz de Easton:

—¡Tramposa! Estoy seguro de que cambiaste una ficha de sitio cuando fui al baño.

Estaba claro quién había sido la vencedora. Easton apareció bajo el umbral de la puerta con el ceño fruncido, visiblemente enfadado. Había que admitir que ese chico era una monada: moreno, ojos verdes y hombros anchos.

—Oh, Easton, ¿de verdad crees que haría trampas en un juego como este? —respondió Nora con una sonrisa traviesa—. Simplemente soy mejor que tú. Admítelo.

Easton frunció aún más el ceño y él y Nora empezaron a discutir sobre la partida. La discusión terminó cuando Easton volvió a llamarla tramposa y se marchó por el pasillo echando humo por las orejas.

—Tiene muy mal perder —dijo Nora sirviéndose una taza de café como si estuviera en su propia casa.

—Y tú eres un poco tramposa —dijo Fabiola—. Moviste la ficha, ¿verdad?

Nora se rio entre dientes y se sentó junto a nosotras en la isla de cocina. Hablamos un poco y luego me fui con Nora a su despacho donde hablamos de negocios.

Fue una reunión muy productiva. Juntas revisamos números, proyecciones y estrategias para el mercado de bodas en Nueva York. Según ella, podría presentarme un plan estratégico en un

mes, lo que me pareció un tiempo más que razonable.

Al terminar, busqué a mi amiga por la casa. Estaba en el salón, esbozando unos zapatos en un bloc de bocetos, sobre la mesa del comedor.

—Oye, ¿te sabe mal llevarme a Nueva York? —preguntó cuando me acerqué a ella para despedirme—. Esta tarde Chiara tiene entreno de patinaje artístico y me encantaría verla.

Asentí entusiasmada. Chiara era la sobrina de Fabiola, una niña de 12 años que practicaba el patinaje sobre hielo como una auténtica profesional.

—¿Puedo apuntarme?

—¡Pues claro! Después podemos secuestrarla y tener una noche de chicas con peli y helado en casa, ¿qué te parece? Podemos ir a mi apartamento de Manhattan. Desde que nacieron los mellizos siento que la pobre vive en un caos constante. Le irá bien distraerse.

Acepté, agradecida. Aquella noche Connor también tenía planes según me dijo, por lo que una noche de chicas sería perfecta.

Llegamos al Estadio IceFusion, el centro de alto rendimiento donde Chiara entrenaba, sobre las cuatro de la tarde. Faltaba media hora para que empezaran los entrenos de patinaje artístico y sobre la pista de hielo había unos chicos jugando a hockey. Las gradas estaban vacías, a excepción de unos pocos asientos en la zona donde había mejor visibilidad. Fabiola sugirió que fuéramos hasta allí.

Subimos unos tramos de escalera y cuando llegamos a la zona, reparé en una de las personas sentadas en la grada. Quise que la tierra me tragara. Ahí sentado, acompañado por otro hombre

casi tan guapo como él, estaba Connor, Connor Quinn.

El Connor Quinn por el que tenía prohibido sentir cosas a pesar de que mi pulso se aceleró y mis extremidades se convirtieron en gelatina cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, deseando deshacer el nudo que acababa de instalarse en mi estómago.

Arielle



—¿Qué haces aquí? —preguntó Arielle.

De todos los sitios en los que pensaba que podría coincidir con Arielle, el Estadio IceFusion no estaba en mi lista. Intenté que mis ojos no delataran lo mucho que me había gustado aquella casualidad. Sabía que Erik tenía su mirada puesta en mí y que cualquier emoción mostrada podría ser usada en mi contra.

—He venido a ver al sobrino de mi amigo Erik —dije señalando al susodicho que saludó a las recién llegadas con un movimiento de mano—. ¿Y tú?

—Yo he venido a ver a la sobrina de mi amiga Fabiola —dijo señalando a la chica preciosa que la acompañaba. Reconocí el nombre. Durante aquellos días Arielle me había hablado mucho de ella. Además, ¿cómo olvidar a la chica que le ayudó con su acosadora?

Fabiola me tendió su mano.

—Nos conocemos, fui una vez a una fiesta en tu casa.

Intenté ubicarla en mi memoria pero fui incapaz. Las fiestas que organizaban mis padres eran multitudinarias; resultaba imposible recordar todas las personas que pasaban por ellas.

—Oh, vaya, lo lamento mucho —dije tirando del sarcasmo para intentar desvincularme lo

máximo posible de esas fiestas que, además, odiaba con toda mi alma.

Fabiola se rio con mi comentario.

—No fue tan malo. De hecho, lo pasé bastante bien.

—Eso es porque no eras la hija de los anfitriones.

Mis palabras hicieron reír a Fabiola. Después de eso, se presentó también a Erik con un apretón de manos. Mientras ellos hablaban sobre sus respectivos sobrinos, yo fijé mis ojos en Arielle, dedicándole una sonrisilla.

—¿Tantas ganas tenías de verme que me has seguido hasta aquí? Sé que te dije que hoy no podría cenar contigo, pero este acoso es excesivo.

Alzó las cejas con ironía.

—¿Y quién dice que no es lo contrario? Puede que me estés acosando tú a mí.

—Eso no tiene sentido. Yo llevo horas aquí, tú acabas de llegar. Lamento decir que la única sospechosa de andar acosando al otro, eres tú.

Arielle escondió una sonrisa y yo noté que mi corazón se aceleraba. Ni siquiera entendía qué me estaba pasando con aquella chica. Me gustaba pasar tiempo con ella, eso era obvio, pero no solo se trataba de eso. Había algo intangible que me mantenía atado a ella. Química, quizás. Eso no significa que ya me hubiera olvidado de Susan. Para alguien al que le cuesta tanto soltar lastre, eso es imposible. Supongo que ese es uno de mis mayores defectos. El no saber cuándo dejar marchar algo.

Escuché el sonido de unas pisadas acercándose a toda velocidad y ambos nos giramos para ver llegar a una chica muy joven cuya edad fui incapaz de predecir. Siempre he sido fatal para echar años a otros. Era adolescente, eso sí. Llevaba el cabello moreno recogido en un moño prieto y un vestido celeste de patinadora artística.

—¡Arielle! ¡Fabiola! —exclamó la niña deteniéndose con una sonrisa frente a nosotros.

Iba acompañada por un hombre alto y moreno que enseguida llegó también hasta dónde estábamos. Tenía ojeras, por lo que deduje que ese hombre dormía incluso peor que yo, que ya era decir.

—Hola, Adriano —dijo Arielle con una sonrisa, dándole un abrazo rápido.

—Ey, Arielle. Fabi me dijo que estabas aquí, ¿cómo te va de regreso por Nueva York?

Arielle respondió con un gesto de mano que pretendía decir «más o menos».

—Hermanito, tienes un aspecto horrible —dijo Fabiola, dándole un beso en la mejilla.

—Los mellizos han decidido despertarse a turnos, así que ha sido una noche movida —masculló, pasando su mirada de ella a mí. Frunció el ceño evaluándome con interés—. Me suena tu cara, ¿nos conocemos?

—Es Connor Quinn, de la familia Quinn —explicó Fabiola. Un rayo de reconocimiento atravesó su mirada.

—Ah, fui a una de vuestras fiestas —dijo dibujando una sonrisa—. Recuerdo que tu madre hizo una demostración como trapecionista en directo. Fue una pasada.

—Sí, bueno... —mascullé un poco avergonzado—. Mi madre es alguien... especial.

—Yo soy Adriano Romeo, de Vittorio Veneto, la marca de zapatos. —Encajamos las manos en un apretón—. Tú te dedicabas a las energías renovables, ¿verdad? Alguien me dijo que el hijo mayor de los Quinn tenía una empresa sobre eso.

—Sí, soy dueño de EarthWise, ¿te suena? Nos hemos implementado hace poco en varios territorio.

—¿Operáis también en Nueva York?

—Estamos trabajando para expandirnos en la ciudad. Quizás el año próximo tengamos lista

toda la infraestructura y logística.

—Me interesa. Llámanos cuando esté disponible, me gustaría cambiar la energía que utilizamos en nuestras fábricas por energía renovable. Es una de nuestras iniciativas para reducir nuestra huella de carbono. —Sacó una tarjeta de su cartera y me la tendió. La guardé, busqué una mía para ofrecérsela también.

—Eso está hecho. Me alegro de que seas consciente de la importancia de la sostenibilidad. Será un placer colaborar contigo.

Compartimos una sonrisa y volvimos a centrar nuestra atención en el resto. La patinadora artística hablaba emocionada con Arielle y Fabiola sobre su entrenamiento de hoy mientras Erik, que era un poco más tímido, escuchaba la conversación en silencio.

—Bueno, Chiara, será mejor que bajemos a los vestidores antes de que tu entrenadora vuelva a regañarme por llevarte tarde a los entrenos —dijo Adriano a la chica adolescente. Chiara, se llamaba Chiara. Luego se dirigió a Fabiola—. Entonces, te la llevas a casa esta noche, ¿no?

—Sí. ¡Noche de chicas!

—Recuerda que se cepille los dientes antes de dormir. Y no dejes que tome demasiado azúcar, nunca sabe cuándo parar. Y tampoco os acostéis demasiado tarde, porque luego eso altera sus horarios para el día siguiente y...

—Adriano, no te preocupes tanto por todo. Prometo devolverte a tu hija sana y salva a tu casa mañana.

Adriano le lanzó una mirada desconfiada y tras despedirse de nosotros desapareció junto a su hija por una de las puertas laterales. En el campo, los jugadores de hockey ya habían acabado su entrenamiento y estaban recogiendo la pista mientras las patinadoras artísticas recién llegadas empezaban a calentar a la banda.

Fabiola y Arielle se sentaron a nuestro lado y hablamos un poco sobre el hockey y el patinaje mientras veíamos a los chicos moverse por la pista. En algún momento, vi a Chiara, la sobrina de Fabiola, salir a la pista y acercarse a Jensen. Hablaron un rato entre risas, hasta que una señora con aspecto de ir estreñida por la vida apareció en la pista también y llamó la atención de todas las patinadoras. Seguro que era la entrenadora. Vaya, así que Jensen y Chiara se conocían. Era lógico teniendo en cuenta que entrenaban en el mismo centro de alto rendimiento.

Media hora después ya habíamos salido del Estadio con un aseado y enfurruñado Jensen. Llevaba el cabello rubio mojado de la ducha y se había cambiado la ropa deportiva por unos vaqueros y una sudadera. Por lo visto que su tío y su amigo hubieran ido a buscarle al entreno no le hizo demasiada gracia.

—No soy un niño —se quejó subiéndose en la parte trasera del coche mientras Erik y yo lo hacíamos en la delantera—. A ninguno de mis amigos los pasan a recoger ya.

—Pero seguro que ninguno de tus amigos tienen un tío tan molón como yo —dijo Erik intentando sacarle hierro al asunto.

Jensen no respondió pero la cara que vi a través del retrovisor dejaba en evidencia que él no pensaba que fuera precisamente un tío molón.

Aparcamos el coche en el parking de un centro comercial y elegimos una de las heladerías disponibles. Yo me pedí un batido de chocolate, Erik un café solo y Jensen una copa de helado de fresa con nata.

—A ver, Jensen, si hemos insistido tanto Connor y yo en invitarte a un helado es porque queremos hablar contigo sobre tu síndrome de salvador. ¿Verdad, Connor?

Asentí con determinación.

—Verdad.

—¿Mi síndrome de salvador? —preguntó Jensen entornando los ojos.

—Sí, ya sabes, ese instinto tuyo de querer salvar a todos —explicó Erik con suavidad—. Queremos hablar contigo sobre cómo has estado comportándote últimamente y cómo eso puede no ser lo mejor para ti.

Jensen frunció el ceño y tomó una cucharada de su copa de helado antes de responder.

—Paso de hablar con vosotros. No he hecho nada malo.

—Eso es lo que queremos discutir contigo —dije—. No se trata de que hayas hecho algo malo a propósito, pero tus acciones pueden tener consecuencias negativas para ti.

—Exacto —añadió Erik—. Queremos ayudarte a entender que no siempre puedes resolver los problemas de los demás y que debes cuidar de ti mismo primero.

Jensen suspiró y dejó su cucharilla sobre la mesa.

—A ver si lo entiendo, lo que estáis intentando decirme es que debería dejar de ayudar a los demás aunque esté presenciando una situación de injusticia. Así que si veo al matón del instituto intentando intimidar a un compañero, ¿debería mirar hacia otro lado?

Erik y yo intercambiamos una mirada.

Fui yo quien habló:

—No, eso no es lo que estamos intentando decir. Es evidente que en el caso de que presencias la agresión de un compañero sobre otro debes intervenir, pero no usando la violencia.

—Ah, ¿no? —Una sonrisa irónica se dibujó en su boca—. ¿Y cómo se supone que debo detenerlos?

—¿Razonando con ellos? —pregunté.

—Oh, claro, ¿cómo no se me había ocurrido eso? —Puso los ojos en blanco—. No es posible razonar con alguien que golpea a otro por diversión.

—En ese caso deberías avisar a un profesor y dejar que sea él quien medie —intervino Erik.

—Ya, y convertirme en un chivato frente a los demás. —Jensen parecía cada vez más malhumorado—. Por otro lado, ¿qué creéis que harían los profesores ante una situación así? No darle importancia, como siempre. ¡Y eso es injusto!

—Pero no puedes tomarte la justicia por tu mano. —Erik parecía desesperado.

Sin embargo, las últimas palabras de Jensen me hicieron reflexionar. Recordé la historia de Arielle. Su compañera de universidad la acosó y nadie hizo nada para ayudarla. ¿Por qué sentía que ambas situaciones se parecían?

—Jensen tiene razón, no puede quedarse de brazos cruzados mientras abusan de otro —dije, rompiendo el tenso silencio que se había instalado entre los tres. Ambos, Jensen y Erik, me miraron sorprendidos.

—¿Qué quieres decir, Connor? —preguntó Erik con cautela.

—Lo que quiero decir es que no podemos negar que muchos adultos son indulgentes con los acosadores y culpan a la víctima —expliqué—. Entonces, ¿qué debería hacer Jensen? ¿Ser partícipe de la injusticia y quedarse mirando sin hacer nada más?

Jensen asintió, agradecido por mi apoyo. Erik, en cambio, me cogió del codo, me obligó a levantarme de la silla y me llevó a un sitio un poco apartado donde hablar sin ser escuchados.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Estás usando algún tipo de estrategia de persuasión de psicología inversa o qué?

—Solo estoy tratando de ser realista. Jensen tiene razón en que simplemente mirar hacia otro lado no es la solución correcta.

—Pensaba que habías venido a apoyarme, pero con tu actitud lo único que vas a conseguir es reforzar su conducta. ¿Se puede saber qué ha cambiado desde la última vez que hablamos?

Quería decirle que todo. Que había cambiado todo. Que escuchar hablar a Arielle de su experiencia con el acoso me había hecho redimensionar toda aquella problemática. Sin embargo,

no era algo que pudiera explicar a mi amigo. Así que me quedé callado. Ante mi silencio mi amigo resopló.

—Está bien, si no puedes decir nada que vaya acorde con mi discurso, límitate a quedarte callado, ¿de acuerdo?

Asentí, prometiendo no volver a intervenir durante el resto de la velada. Volvimos a la mesa y Erik siguió intentando razonar con Jensen, sin éxito. Aquel adolescente tenía las ideas más claras que yo siendo adulto.

No hubo forma de convencerlo para ir al cine o a cenar, nos dijo que quería marcharse a casa y descansar. No insistimos.

Connor



—No puedo creer que hayáis hecho una intervención a Jensen sin mí. Me siento marginada — dijo Jade, llevándose una cerveza a los labios con el ceño fruncido.

Estábamos en el Freaks. Después de dejar a Jensen al apartamento de Erik habíamos terminado por llamar a nuestra amiga para tomar algo allí.

Erik le lanzó una mirada sarcástica.

—Como si fueras la persona acertada para intentar aplacar los ánimos de un adolescente que se cree el justiciero de su instituto. —Tras decir esto me señaló—. Si te sirve de consuelo, Connor ha hecho una muy buena imitación de ti. Le ha faltado poco para darle un golpecito en la espalda y animarlo a seguir tomándose la justicia por su mano.

Jade me miró sorprendida.

—¿Eso has hecho?

—¿Qué? No, por supuesto que no, Erik exagera. Solo he empatizado con su situación. Yo mismo no podría quedarme de brazos cruzados si viera agredir a un compañero. ¿Podrías hacerlo tú? —Miré a Erik dando un sorbo a mi Coca-Cola.

—Pero la violencia nunca es la respuesta. —Erik puso los ojos en blanco.

—Discrepo —dijo Jade—. ¿Recordáis cuando Tom Jenkins la tomó conmigo? Solo paró cuando le di una patada en los testículos?

Erik y yo hicimos una mueca de dolor a la vez.

—Cualquiera que hubiera presenciado aquel episodio se acuerda de él —farfulló Erik—. A mí me sigue doliendo y eso que yo no fui el golpeado.

—Se lo tenía merecido. Llevaba todo el curso metiéndose conmigo por ser china. Le pagué con una arte milenaria que heredé de mis ancestros.

—El pobre no sabía que eras una experta del Kung Fu. —El padre de Jade abrió un dojo donde enseñaba Kung Fu junto a otras disciplinas, y obviamente Jade era una crack ya que empezó a practicarlo desde muy pequeña.

—Pues me arrepiento de no haberle puesto en su sitio antes. A veces la violencia es la única forma de detener a un agresor.

—Pero debe usarse como último recurso. —Erik negó con desaprobación—. Tú más que nadie deberías saberlo, ¿no dicen que las artes marciales son defensivas y no ofensivas?

—También dicen que los vikingos son guerreros fuertes e indestructibles —continuó Jade, mirando a Erik con una sonrisa juguetona—, y sin embargo, aquí estás tú, que pareces más un oso de peluche que un guerrero nórdico

Erik bufó en respuesta, provocando que Jade se riera. A mí ya me pareció bien que la conversación se desviara de mí y girara en torno a lugares menos peligrosos. Sin embargo, cuando ya pensaba que no tendría que dar explicaciones, Jade apuntó sus ojos en mi dirección.

—¿Y tú no vas a contar qué te hizo pasarte al lado oscuro de la fuerza? —preguntó con una sonrisilla—. Te conozco. La última vez que usaste la violencia fue en segundo de carrera cuando mataste a aquella enorme cucaracha que encontraste en el baño de tu residencia.

—¿Matarla? —Erik negó burlón—. Se limitó a sacarla de la habitación por la ventana

mientras no dejaba de gritar histérico.

—¿Qué necesidad hay de matar bichos inocentes? Puede que sean asquerosos, pero no merecen morir por eso.

—Lo que demuestra que eres un pacifista. ¿Por qué ahora sí te parece bien que Jensen vaya repartiendo tortas por el mundo? —La mirada evaluadora de Jade cayó sobre mí.

—Jensen solo ayuda a gente inocente. ¿No admiramos a Spiderman o Superman por lo mismo?

—Primero, Spiderman y Superman son ficticios, y segundo, no estamos hablando de villanos a la altura del Duende Verde o el Doctor Octopus, ¡son adolescentes! —exclamó Erik, sulfurándose—. Si Jensen viera a un supervillano de verdad correría en dirección contraria más rápido que Flash, creedme.

—Bueno, hay adolescentes que bien podrían destronar a esos supervillanos en maldad. —Jade se acarició la barbilla pensativa—. Y ahora que lo mencionáis, creo que Jensen podría ser un buen superhéroe a la altura de Thor, ya sabéis, por sus genes nórdicos. Él sí que tiene pinta de guerrero vikingo de verdad.

Erik chasqueó la boca contra el paladar.

—Oye, estás empezando a cabrearme. ¿Quieres que te enseñe un test genético que demuestre mi origen o qué?

—Puedes enseñarme tu martillo a ver si es tan grande como el de Thor.

Me puse una mano en la boca para detener una carcajada, aquella conversación se nos había ido de las manos. Ante el comentario de Jade, Erik se puso rojo como un tomate. Y con lo blanco que era, su rubor era mucho más que evidente.

—¡Eso ha estado fuera de lugar! Has roto la norma.

—¿Qué norma? —preguntó Jade haciéndose la inocente.

—Nada de comentarios sexuales entre nosotros, ¿recuerdas?

—Es verdad —asentí, como árbitro imparcial de la situación—. Eso ha sido claramente una tarjeta roja.

Durante el instituto, para evitar cualquier tipo de conflicto, hicimos una serie de normas para favorecer la convivencia entre los tres. Una de ellas era justamente la de no hacer ningún tipo de insinuación sexual que pudiera incomodar a la otra persona. Si alguno de los tres lo hacía, sacábamos una tarjeta que podía ser naranja para faltas pequeñas y rojas para faltas graves. El precio a pagar por esa falta dependía de la tarjeta. Una tarjeta naranja significaba invitar al agraviado a una cena de su elección. Una tarjeta roja, cumplir un deseo suyo. Yo tuve una tarjeta roja en décimo grado que me llevó a lavar y planchar la ropa de Jade durante una semana. Jade y Erik habían tenido varias entre ellos, y de todos los colores. Digamos que en su relación existía cierta tensión de la que yo no era ajeno.

—¿Qué? Oh, venga. No podéis demostrar que no me refiriera a un martillo de verdad.

—¿Nos tomas por tontos? Deberás pagar tu penitencia, pervertida —dije yo.

—Pero roja es pasarse. Yo diría que como mucho llega a naranja.

—Lo siento, Jade. Mencionar los genitales de otro es claramente una tarjeta roja.

Jade miró a Erik con un mohín.

—Dime al menos que esta vez no me harás limpiar los baños de tu casa.

—Como si la última vez los hubieras limpiado tú. ¿Crees que no sé qué contrataste a alguien para que lo hiciera mientras tú te dedicabas a comer ganchitos y ver Humor Amarillo en el salón?

Jade abrió mucho los ojos.

—¿Es que tienes cámaras en casa o qué?

—No, lo que tengo es una amiga muy poco avisada. Viste el programa desde mi cuenta de Netflix y dejaste la mesa de centro llena de migas naranjas.

—Maldito TDAH. Siempre se me pasan por alto los detalles.

—Sea como sea esta vez pensaré en algo mejor —dijo con una sonrisa malévola.

Jade resopló y volvió a centrar su atención en mí.

—En todo caso, no nos desviemos del tema —Arrastró su taburete hacia el mío, hasta tenerme acorralado—. Siento que hay algo que nos estás escondiendo. Hay algún motivo oculto por el que apoyas a Jensen, ¿verdad?

—Tú siempre ves motivos ocultos donde no los hay.

—Canta, pequeño mentiroso.

Quise aguantar, sublevarme a la intromisión de Jade, pero mierda, nunca he sido bueno soportando la presión. En el hipotético caso de que Erik, Jade y yo cometiéramos un crimen, yo sería el primero en confesar dónde se esconde el cuerpo del delito. Soy el eslabón más débil. Siempre he sabido que no aguantaría un interrogatorio. Mi futuro como criminal tendría muy poco recorrido.

—Bueno, vale, puede que sí haya un motivo, aunque no diría que sea oculto.

—Lo sabía. —Jade me devolvió mi espacio personal arrastrando de nuevo su taburete a la posición inicial—. Desembucha.

Yo me quedé unos instantes en silencio, ordenando mis ideas. No sabía muy bien que contar y que callarme.

—No puedo daros los detalles, pero os diré que una persona cercana compartió conmigo una experiencia de acoso que sufrió durante la universidad. Nadie la ayudó a pesar de que todos eran

adultos. Y sentí mucha impotencia mientras me lo contaba. ¿Cómo podía la gente presenciar actos tan crueles sin hacer nada para frenarlos? El inmovilismo también es violencia en cierta manera. Así que, apoyé a Jensen porque me parece que su actitud es muy valiente, mucho más valiente que la que adoptó la gente que veía sufrir a diario a esta persona sin hacer nada por evitarlo.

Un silencio profundo nos envolvió y sentí la mirada sorprendida de mis amigos puesta sobre mí. Jade carraspeó antes de volver a hablar.

—Vaya, veo que el testimonio de esa persona ha calado en ti. ¿De quién se trata?

—Su identidad no importa aquí.

—Bueno, te conozco. Erik y yo somos tus únicos amigos. Te cuesta intimar con otros. Eres introvertido y reservado.

—Pero con ella es... fácil.

—¿Con ella? ¿Es una chica? ¡Yo quiero saber quién es! —Un relámpago de sospecha recorrió su rostro, secundado por una expresión de horror—. No te referirás a Susan, ¿verdad? ¡Dime que no has vuelto con ella!

—¿Qué? No. Susan no tiene nada que ver con esto. —O eso creía yo en aquel entonces. De haber sabido la verdad...

—Yo tengo una suposición —dijo Erik interrumpiéndonos. Ambos lo miramos.

—¿Cuál? —Lo miré con desconfianza.

—Bueno, he notado cierta tensión entre Arielle y tú esta tarde cuando nos hemos cruzado con ella en el Estadio IceFusion.

—¿Arielle? ¿Quién es Arielle? —Quiso saber Jade.

—La diseñadora del vestido de novia de Piper. Hemos coincidido con ella en el centro de

alto rendimiento donde entrena Jensen.

—Espera, espera. —Jade abrió mucho los ojos y la boca y se frotó las manos—. ¿Es eso cierto? ¿La persona con la que estás teniendo conversaciones íntimas es la mujer cuya existencia provocó que Susan rompiera contigo? Menudo *plot twist*. No lo vi venir. ¿Debería usarlo en una novela?

—Oye, no te montes películas —dije intentando detener su entusiasmo—. Es verdad, la persona de la que os hablo es Arielle, pero solo somos... amigos. —¿Amigos? No era dado a regalar ese título a cualquiera pero no se me ocurría qué otra etiqueta usar para nuestra relación.

—Yo quiero conocerla. —Por lo visto no conseguí frenar su entusiasmo—. Solo por deshacerse de la pesada de Susan ya se ha convertido en una de mis personas favoritas. Tráela un día, ¿vale?

Le dije que sí como a los tontos y me apresuré en cambiar de tema. No quería seguir la conversación por esos derroteros, porque de lo contrario acabaría confesando algo tan loco como que Arielle Dubois me hacía sentir cosas inesperadas.

Porque mierda, sí, más allá de que mis sentimientos por Susan estuvieran allí, era obvio que lo que sucedía entre Arielle y yo era especial. Supongo que fue por eso por lo que, después de un rato, saqué el móvil, busqué su contacto, y le escribí un mensaje.

CONNOR

¿Cómo va la noche de chicas?

Arielle



CONNOR

¿Cómo va la noche de chicas?

Leí el mensaje un par de veces, sintiendo un calor intenso expandirse por mi pecho. Era la primera vez que nos enviábamos un mensaje, y ver aparecer su nombre en mi dispositivo hizo que mi corazón se saltara un latido.

Por suerte, hacía rato que Fabiola dormitaba en el sofá mientras la película de *Dirty Dancing* se reproducía en el televisor. Chiara se había acostado pronto, y nos habíamos quedado ambas en el salón viendo uno de nuestros clásicos favoritos. Mi amiga tardó segundos en quedarse dormida. Estaba claro que los efectos del embarazo eran más visibles de lo que ella creía.

Me pregunté cómo responder a su mensaje de forma casual. No podía hacerlo al instante para no parecer desesperada o demasiado interesada.

Había demasiadas reglas no escritas en el vasto mundo de las relaciones humanas como para que yo las comprendiera todas.

Esperé un tiempo prudencial, abrí la aplicación y entonces escribí mi respuesta:

ARIELLE

Bien. Nos hemos hecho la manicura, pedido pizza y
hablado de tíos buenos.

Me pregunté hasta qué punto debía mencionar que Chiara nos había confesado que tenía un *crush* enorme con Jensen, el sobrino del amigo de Connor. No podía negar que la chica tenía buen gusto. Jensen era una versión adolescente de su tío, que era un bombón: rubio, alto, grande y ojos azules. La intuición me pidió ser cauta.

CONNOR

Entonces, si habéis hablado de
tíos buenos, habrá salido mi
nombre a relucir ;-).

ARIELLE

Siento decir que NO.

CONNOR

Lamento escuchar eso, imagino
que no puedo culparos por ser
incapaces de apreciar la
perfección en un cuerpo ajeno ;P.

ARIELLE

JAJA. No puedes competir contra Henry Cavill, lo siento.

CONNOR

Mierda, eso es cierto. Henry Cavill es TOP. Creo que me gusta hasta mí.

ARIELLE

Comprensible.

¿Y qué tal tu noche?

CONNOR

Bien. Más o menos. Al final el sobrino de Erik nos ha dejado tirados. Creo que ya ha entrado en esa fase donde los adultos responsables dejamos de parecer guais para convertirnos en unos pelmazos. Así que hemos ido a tomar algo en nuestro bar habitual.

ARIELLE

¿Tenéis un bar habitual? ¿Cómo en Friends?

CONNOR

Sí, y al igual que Friends nuestra vida da para una sitcom. Por

cierto, ¿mañana noche de cine?

ARIELLE

Claro, a las ocho donde siempre.

Una voz se coló en la oscuridad, sobresaltándome de pronto.

—¿Con quién te mensajeas tan concentrada? —La voz de Fabiola sonó rasposa. Me miró a través de sus ojos somnolientos.

—Con nadie. —Apagué el móvil tan rápido como pude y lo guardé en el bolsillo del pantalón.

—Pues ese nadie te hace sonreír como una tonta. Espero que al menos sea guapo.

Me puse roja como un tomate. A pesar de que la única iluminación que había en la habitación era la que proporcionaba la película y la que se traspasaba a través de los ventanales, estaba segura de que Fabiola podía verlo.

—Era Connor —confesé.

—Ajá. —No pareció sorprendida.

—Es que nos llevamos bien, ¿sabes? Le gustan las películas de Star Wars como a mí y... es un buen tío. Se nota que tiene buen fondo.

—También tiene un buen fondo fiduciario —dijo con una sonrisa traviesa—. Es un buen partido.

Su comentario me hizo reír.

—Supongo que lo es, pero no me interesa en ese sentido.

—¿Por qué no? Yo creo que tú le gustas.

La miré sorprendida, busqué el mando del televisor y pausé la película, porque no quería perderme nada de lo que dijera a partir de ahí.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Su forma de mirarte en la pista de hielo. Parecías su marca de chocolate favorita, y tenía pinta de querer darse un buen atracón. Yo solo miro de esa forma los toblерones. Y a Kane, claro.

—Estás loca.

—Hablo en serio. Hay una vibración rara entre vosotros.

Sacudí la cabeza, espantando esa posibilidad.

—Te equivocas, eso es imposible. Connor estuvo saliendo con Susan. ¡Susan! ¿Cómo quieres que se sienta atraído por mí? Si ese es el tipo de mujer que le gustan, yo estoy en las antípodas.

Me señalé a mí misma haciéndole ver lo ridículo de su suposición. Susan había sido modelo, su cuerpo era escultural. Cumplía cada uno de los cánones estéticos impuestos por la sociedad. Yo, en cambio, tenía curvas donde no había que tenerlas, celulitis y cuando me venía la regla siempre me salía un grano enorme en la barbilla. Y ya no hablemos de nuestras personalidades. ¡No nos parecíamos en nada!

—A lo mejor ahora ha decidido que ya no le gustan las brujas malvadas. Tú no tienes nada que envidiarle a Susan, cielo. Eres una chica preciosa, por dentro y por fuera.

De nuevo dejé volar mi imaginación. Pensé en la idea de tener algo con Connor y... Y Dios, esa imagen era poderosa, tan poderosa que sentí un cosquilleo caliente descender por mi tripa para instalarse entre mis muslos. Connor no era como los otros chicos que me habían gustado antes. No era un chico malo destinado a tratarme fatal, ni un NdM. Él era diferente.

Sin embargo, empujé todos esos pensamientos al fondo de mi mente y me obligué a

mantener la cabeza fría. No podía dejarme llevar por simples fantasías sin sentido. Debía ser racional. Hasta donde yo sabía, Connor seguía teniendo sentimientos por Susan. Que nos lleváramos bien no significaba que él estuviera desarrollando sentimientos por mí.

—A Connor no le gusto, créeme. Solo somos buenos amigos, nada más —insistí.

Ella lo pensó unos instantes.

—En ese caso, sal con el amigo de Kane. Te va a encantar. Es super majo y creo que te vendrá bien conocer hombres y evadirte.

Quise negarme, pero una vocecita dentro de mí me dijo que debía hacerlo. Si lo mío con Connor era un imposible, no podía cerrarme puertas. Además, quizás un polvo sin pretensiones era justo lo que necesitaba. Un polvo sin pretensiones que me sacudiera las fantasías tontas de la cabeza.

Pero las cosas no salieron como imaginé.

Connor



ARIELLE

Tendremos que dejar la sesión de cine para otro día, esta noche tengo planes. Una amiga me ha concertado una cita a ciegas con un hombre. ¡Deséame suerte!

¿Desearle suerte? Lo que yo quería era echar abajo la puerta de su habitación y pedirle explicaciones por su plantón. No era justo que cambiara nuestra noche de películas por... ¿qué? ¿Quedar con un chico cualquiera?

Sentí un ardor en el centro del pecho, un ardor seguido de un gran malestar físico y emocional. Sabía que no tenía ningún derecho a sentirme así, porque Arielle era libre de quedar con quien quisiera, entonces, ¿por qué me sentaba tan mal? Jade y Erik habían anulado nuestros planes más de una vez por una cita y nunca había recibido la noticia de esa manera.

Intenté aplacar mi enfado haciendo unas respiraciones, pero no sirvió de nada. Me sentía

traicionado, como si Arielle fuera algo mío y estuviera a punto de entregarla a otro hombre. Sí, sé que suena absurdo, incluso tóxico porque las personas somos libres y no tenemos dueños, pero entendedme, estaba intentando lidiar con un montón de emociones enmarañadas cuya procedencia no entendía. A fin de cuentas, yo aún amaba a Susan, ¿verdad?

Decidí hacer como si nada y a la hora de siempre me dirigí a la sala de cine. Le pedí al chef que me hiciera pizza para cenar y puse Interstellar, que es una de mis películas favoritas de Ciencia Ficción.

Apenas llevaba un tercio de la película cuando la puerta de la sala chirrió y al dirigir mi mirada hacia allí vi entrar a Arielle. Me quedé unos instantes sin habla, anonadado ante su apariencia. Llevaba un vestido rojo ajustado que resaltaban todas sus curvas, zapatos de tacón, el pelo suelto y los labios pintados de rojo. Se había esmerado para la cita, y, ¡joder! Estaba preciosa. De nuevo me vino en mente la Dánae de Klimt.

—¿Puedo hacerte compañía? —preguntó con una pequeña sonrisa.

Carraspeé para salir de mi trance, detuve la película, miré la hora en el móvil e imprimí en mi rostro un deje de ironía, disimulando el sentimiento de alivio que recorría mi organismo al verla llegar tan pronto.

—¿Tan mal ha ido la cita que llegas antes de las diez?

Ella hizo un mohín y se sentó en el sillón contiguo al mío.

—No es que haya ido mal, es que la química entre nosotros ha sido nula. —Fijó su mirada en la imagen congelada proyectada en la pared—. Oye, tú, ¿estás viendo Interstellar? Pensé que la veríamos juntos. —Su ceño se frunció muchísimo y yo no pude evitar reprimir una sonrisa.

—Me diste plantón, querida, es lo justo.

—No te di plantón, yo solo... —Se quedó unos segundos en silencio, buscando explicarse—. Yo solo necesitaba ocuparme de ciertas necesidades fisiológicas no satisfechas.

Arqueeé las cejas, divertido.

—¿Ciertas necesidades fisiológicas no satisfechas? Cuéntame más.

—No hay mucho que contar. —Las mejillas de Arielle se tiñeron de rojo—. Digamos que llevo demasiado tiempo sin que un hombre se tumbe sobre mí.

—Eso no es cierto. Recuerdo a cierto hombre que se tumbó sobre ti hace poco.

Sus mejillas aún se tiñeron más al recordarle nuestro incidente nocturno.

—No estaba hablando en sentido literal, ya sabes... —Desvió su mirada avergonzada—. Hace meses que no echo un polvo.

—¿Meses? ¿Cuántos? —No sé por qué eso me interesaba.

—¿Seis? ¿Siete? —Suspiró con pesar—. Muchos. Demasiados. Por eso pensé que sería una buena idea terminar con la sequía, pero salió mal.

La miré con atención. El rojo del vestido hacía que su piel pareciera más blanca. Evitar que mis ojos aterrizaran en su canalillo fue una misión complicada de conseguir, pero puse todo mi esfuerzo en ello.

—Siento que la cosa no fuera bien, entonces. —Mentí. No sentía absolutamente nada.

—No es que no fueran bien. El chico era majo y tal, pero no teníamos nada en común.

—Para echar un polvo no necesitas tener cosas en común.

—Puede, pero yo necesito establecer cierta conexión emocional para disfrutar del sexo. — Se mordió el labio y al ver mi sonrisilla burlona se puso a la defensiva—. No me juzgues, tú eres peor. Yo al menos comparto comida sin pensar en los gérmenes.

—Eh, que yo no he dicho nada. —Levanté las manos en señal de paz—. Además, te entiendo. Me pasa lo mismo. El sexo por sexo no me dice nada.

Suspiró profundamente y se acomodó en el sillón.

—¿Tan difícil es tener una cita decente? Ya llevo dos que son un chasco total.

—¿Dos?

—Sí. ¿Recuerdas cuando hablamos por teléfono aquella primera vez?

Asentí.

—¿Cómo olvidarlo?

—Aproveché tu llamada para escapar de una cita horrible con un tipo que intentó convencerme para que invirtiera dinero en una estafa piramidal.

—*Ouch*. —Puse cara de dolor.

—Y hoy, a ver, no es que haya sido tan horrible, porque por suerte hemos quedado para tomar algo antes de cenar, y al ver que la conversación no fluía y que no había química entre nosotros, he decidido terminar la cita en ese punto. Así que, además de no haberme ocupado de cierta necesidad fisiológica no satisfecha, estoy muerta de hambre.

Menudo idiota el tipo de la cita, ¿cómo la había dejado escapar?

Miré la hora en el reloj y luego pensé en la pregunta que Arielle había hecho: ¿Tan difícil es tener una cita decente? Actué siguiendo un impulso. Y no, no soy hombre de impulsos.

—Venga, levanta, que nos vamos —dije a la vez que me levantaba yo mismo del sillón.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—A tener una cita decente. Estás preciosa y es una pena que el mundo no lo vea. Vayamos a pasarlo bien.

Le tendí mi mano y esperé hasta que ella la cogió. Sentí una corriente eléctrica cuando nuestros dedos se tocaron; era la química fluyendo entre nosotros.

—¡Este lugar es maravilloso! —exclamó Arielle cuando entramos en el Freaks. Sus ojos abiertos de par en par recorrieron el pub absorbiendo cada detalle.

—¿Verdad?

—Realmente es el escenario perfecto para que se ruende una Sitcom. Una friki al estilo de *The big bang theory*.

Nos sentamos en los taburetes de la barra y esperamos a que Donovan nos atendiera. Arielle pidió una hamburguesa con patatas y una cerveza y yo una Coca-Cola.

—Ese tipo se parece a Aragorn de *El señor de los Anillos* —me susurró Arielle, mordisqueando una patata frita con los ojos fijos en Donovan.

—Lo sé, y suele disfrazarse de él en la Comic-Con.

—¿En serio? Eso hay que verlo. ¿Está soltero? Porque no me importaría que me empotrara contra una pared con ese disfraz.

Me mordí el labio para no dejar escapar una carcajada.

—Tienes la mente muy sucia, pelirroja.

—No. Solo soy una mujer desesperada por echar un polvo.

—Pues siento decirte que no creo que le gustes a Donovan.

Ella hizo un mohín.

—Eso ha sido cruel. Sé que no tengo las medidas perfectas, pero...

—No lo decía por eso —me apresuré a explicar—. Es solo que no tienes pene.

—Oh.

—Así que deberás buscarte a otro que te ayude con ese menester.

Nuestros ojos conectaron en ese instante y sentí... algo. Un remolino eléctrico instalarse en la boca de mi estómago. Arielle se humedeció el labio y ese gesto hizo que mis ojos se clavaran en su boca. Su boca pintada de rojo que en ese instante me pareció irresistible.

Volví a subir los ojos y carraspeé, ignorando la erección incipiente que empezaba a apretarme el pantalón.

¿Qué me ocurría? ¿Por qué de pronto se me pasó por la cabeza que yo podía ser la persona que podía ayudarla?

Alguien se encargó de sacarme de esos pensamientos. Alguien que no era Arielle y cuya voz conocía casi tan bien como la mía propia.

Era la de Jade y venía de detrás:

—Connor Quinn, ¿cómo te atreves a venir al Freaks sin avisar?

Arielle



Mis ojos se abrieron de par en par al reconocer a la chica que, detrás de nosotros y acompañada por Erik, el amigo de Connor del Estadio IceFusion, nos miraba con enfado.

—¿Jade Chen? —Me llevé una mano a la boca con emoción contenida.

—¿La conoces? —Connor arqueó una ceja.

No respondí. Verla allí, en directo, me dejó en shock.

Jade se acercó a nosotros con la ceja levantada.

—¿Y quién es esta? —Me señaló—. ¿Desde cuándo traemos a desconocidos a nuestra Batcueva?

Erik se acercó a ella y le susurró algo con disimulo, aunque yo lo escuché:

—Ella es Arielle Dubois, la diseñadora del vestido de novia de Piper. No seas borde. —Luego me miró y sonrió—: Hola, Arielle.

Le devolví el saludo, incapaz de apartar mi mirada de Jade. Vestía un pijama negro polar de Stranger Things y llevaba el pelo corto recogido en una pinza. Mi cabeza era incapaz de procesar que Jade Chen esuviera frente a mí vestida con un pijama que poco tenía que ver con los vestidos

de encaje y corsé que llevaba en sus fotos oficiales.

—Ah. —El rostro de Jade cambió de enfado a interés en cuestión de segundos—. Así que tú eres Arielle Dubois, mi nueva mejor amiga. Encantada de conocerte.

Fui incapaz de articular palabra, aún estaba demasiado conmocionada por su aparición repentina. ¡Era Jade Chen! ¡La escritora superventas! ¿Por qué Connor no me lo había dicho que era amigo de alguien tan increíble?

—¿Por qué no hablas? ¿No entiendes el inglés? Eras francesa, ¿verdad? Mmmm... Veamos. *Bonjour, Arielle. Voulez-vous coucher avec moi, ce soir?*

Erik dejó escapar una carcajada y yo sonreí al reconocer la famosa frase de la canción de Lady Marmalade. Connor gruñó:

—Oye, ¿de qué vas?

—Es lo único que sé decir en francés. —Se encogió de hombros y volvió a mirarme.

Conseguí salir de mi mutismo.

—Yo hablo el inglés, perdón. Es solo que... eres Jade Chen. Me encantan tus libros. Te sigo desde tu época de Wattpad y tu primera novela publicada, *El asesino del puente*, es una de mis novelas favoritas —dije, controlando mi exaltación para no parecer una fan loca de remate, aunque en ese momento lo era.

Imaginaos estar tranquilamente tomando algo en un bar y que vuestra escritora favorita aparezca de la nada, ¿cómo os sentiríais? Pues era justo así como me sentí yo.

—¿En serio? —Jade abrió mucho los ojos y miró primero a Erik y después a Connor—. Por fin alguien con buen gusto literario por aquí. Al final sí que te vas a convertir en mi nueva mejor amiga. Estos dos dicen que mis novelas son demasiado sangrientas para que puedan leerlas. — Los señaló y ambos asintieron a la vez.

—Lo que tus novelas demuestran es que estás mal de la cabeza, Jade Chen —dijo Connor, ganándose una colleja por parte de su amiga.

—Si un psicoanalista leyera tus novelas tendría mucho que decir —añadió Erik.

—Sois idiotas —Jade les enseñó el dedo corazón, ellos rieron y se giró hacia mí—. No les hagais caso, son de mente débil.

—Secundo eso —dije carcajeándome.

Se hizo un breve silencio y Connor decidió romperlo tras un breve carraspeo:

—Perdona que cambie de tema de una forma tan abrupta, pero desde que te he visto aparecer no dejo de preguntarme... ¿qué diablos haces en pijama? ¿Desde cuándo sales de casa de esa guisa?

Ella se dejó caer en un taburete.

—¿Recuerdas la maratón de pelis de Tim Burton a la que no quisiste venir porque tenías cosas más importantes que hacer? —Jade me miró de reojo con una sonrisa llena de intención—. Pues hemos venido a pedir unas hamburguesas para llevar. No iba a cambiarme solo por eso. Vivo justo encima. —Señaló hacia arriba.

Donovan se acercó para tomar nota y Jade le pidió un montón de comida que me dejó con los ojos abiertos de par en par.

—¿Vas a alimentar a un ejército? —Connor la miró con sorna.

—Llevo más de 24 horas alimentándome a bade de galletitas saladas. Estoy acabando la novela y ya sabes que cuando entro en hiperfoco soy incapaz de parar. Literalmente he dormido tres horas en los últimos tres días.

—Pero ¿no tenías un bloqueo?

—Salí de él y escribí todo lo que faltaba de corrido. Mi editora estará feliz cuando le

entregue el manuscrito, porque tenía que haberlo hecho hace un mes.

—¿Hablas de tu nueva novela? —Mis ojos brillaron con emoción—. ¡Quiero saber más! ¿De qué va esta vez?

—Necesito comer algo antes de contártelo —dijo robándome una patata para metérsela en la boca—. ¿Y por qué no os venís a casa y así hablamos en un ambiente más íntimo? Podríamos hacer la maratón de películas de Tim Burton y luego charlar un rato sobre mis libros. ¿Qué os parece?

El apartamento de Jade Chen era como ella: pequeño, oscuro y caótico. Tenía solo una habitación y el salón, que comunicaba con la cocina a través de una barra americana, hacía a su vez de despacho. Las paredes estaban pintadas de negro, había libros y cómics amontonados por todas partes y posters colgados de las paredes, entre ellos llamó mi atención uno de *Pesadilla antes de Navidad* y otro de *Juego de Tronos*. El mobiliario era vintage, también en tonos oscuros, y en los estantes podía verse un batiburrillo de elementos tales como figuras de coleccionista, ediciones especiales de libros, o carátulas de videojuegos. Sobre la mesa del comedor había un portátil abierto, una taza de *La princesa Mononoke*, hojas desparramadas por todas partes y envoltorios de chocolatinas.

Jade dejó las bolsas con la comida sobre la mesita de centro y nos sentamos sobre una alfombra de pelo negro, frente a un sofá mullido con chaise longue de color negro también. Estaba claro que a Jade Chen le encantaba el negro.

—¿Por cuál empezamos? ¿Por *Eduardo Manostijeras* o *La novia cadáver*? —preguntó

mirando la torre de DVD que había a un lado.

—Yo paso de ver *Eduardo Manostijeras* otra vez, es muy ñoño —dijo Connor, quién llevaba enfurruñado desde que acepté la invitación de Jade.

Puede que hubiera sido muy grosero de mi parte decirle que sí a Jade teniendo en cuenta que mi plan era con Connor, pero... ¡se trataba de Jade Chen!

—¿Ñoño? Es una obra de arte. Lo que no quieres es que Arielle te vea llorar como un bebé con el final. Siempre llora como un bebé con el final. —Jade me miró y soltó una risita.

—Yo no lloro como un bebé.

—Oh, sí lo haces. —Erik cogió una de las hamburguesas y le dio un mordisco—. Yo voto por *Big Fish*, es mi favorita y nunca la vemos.

—¿Y *Batman*? —sugirió Connor—. Me encanta la versión de Burton y no hay ñoñerías.

—De eso nada, os he dado a elegir entre dos. Tiene que ser una de ellas. —Jade ignoró la queja de los chicos y fijó sus ojos en mí. —¿Y tú qué dices? ¿*Eduardo Manostijeras* o *La novia cadáver*?

Me enseñó las dos carátulas y tardé muy poco en hacer mi elección.

—Lo siento, Connor —dije sacando *Eduardo Manostijeras* del estuche.

—Entonces, ¿la humana también acaba enamorándose del monstruo que la acosa? —pregunté a Jade, haciendo un descanso del maratón. Estábamos sentadas en el sofá mientras Erik y Connor preparaban café y té.

—Eh, sí. Y acabo de destriparte mi propio libro. Disculpa. Padezco de diarrea verbal —se lamentó con un mohín, provocándome una sonrisa.

—Tranquila, no me molestan los spoilers, al contrario. Soy de esas personas que siempre leen el final de un libro antes de ponerse a leer para anticipar lo que ocurrirá.

—¿Qué? ¡Eso es un sacrilegio! Yo prefiero ir a ciegas y sorprenderme.

—¿Y que la muerte de un personaje al que le has cogido cariño te rompa el corazón? Paso. Ya aprendí la lección con Yo antes de ti. Nunca un final hizo tanto daño.

—Chica, es que ya son ganas de leerte un dramón.

—Me encantan los dramones. Los encuentro terapéuticos. Te hacen reconectar con tu propia vida y darte cuenta de lo afortunada que eres.

—Yo me niego a leer un libro si no hay sangre de por medio.

Su comentario me hizo reír. Jade Chen era todo un personaje en sí mismo.

—¿Y ya sabes que escribirás cuando termines la novela que tienes entre manos?

—Pues la verdad es que llevo tiempo pensando en ello, y tengo ganas de probar con otros géneros. Quiero escribir un thriller.

—Oh, eso suena bien.

—¿Sí? Sé que se aleja a lo que suelo escribir, pero necesito un cambio de registro. Me gustaría plantear una saga de tres o cuatro libros esta vez, cuya protagonista sea un agente del FBI que trabaje en una división ficticia en el Área 51 dedicada a fenómenos paranormales. La idea es que acaba aliándose con un vampiro buenorro que le ayuda a resolver los misterios.

Antes de que pudiera decir nada, la voz de Erik se oyó tras de nosotros. Llevaba en sus manos una bandeja con té, café y galletas.

—¿Un vampiro buenorro? ¿Sigues sin superar tu fase *fangirl* de *Crepúsculo* y *Buffy la Cazavampiros*? —Se sentaron en el sofá, Connor a mi lado, Erik al lado de Jade.

—¿Quién dice que hay algo que superar? Sigo siendo *fangirl* de ambas cosas, y has olvidado mencionar *Crónicas vampíricas*. Damon Salvatore siempre será mi gran *crush*. Aunque, para *crush*, Brad Pitt en *Entrevista con el vampiro*. ¿Y qué me dices de Alexander Skarsgård en *True Blood*? Soy una enamorada de los vampiros, qué se le va a hacer.

Erik sirvió dos tazas de té, una para Jade y otra para él.

—¿Y cómo se va a llamar tu vampiro?

—Aún no lo sé. —Jade dio un sorbo al té y se rascó la barbilla, pensativa—. No he decidido su nacionalidad. Quiero que la agente del FBI sea china, como yo, aún no he escrito sobre ningún personaje que comparta mi cultura y creo que ha llegado el momento de hacerlo, pero no he pensado aún en el personaje del vampiro.

—Ajá. ¿Y si lo llamas Erik? —preguntó con una sonrisa relajada.

—¿Por qué iba a hacer eso? Sabes que no me gusta poner nombres de gente que conozco a mis personajes, me condiciona.

—¿Y si gasto mi deseo en eso? Me debes uno, ¿recuerdas? —La sonrisa de Erik se amplió y yo los miré sin entender de qué estaban hablando. Connor se encargó de explicármelo en voz baja:

—Hace unos días Jade hizo un comentario inapropiado a Erik y como castigo debe concederle un deseo.

Asentí, despacio, observando en silencio a Erik y Jade discutir. Cuánto más se enfadaba Jade, más resistente era Erik. Diablos, ¿había algo entre esos dos o de verdad solo eran amigos?

Llegamos a la mansión Quinn muy tarde en la madrugada. No recordaba cuándo fue la última vez que trasnoché tanto. Al día siguiente me costaría la vida despertarme. Aun así, estaba contenta: lo había pasado genial.

Connor insistió en acompañarme hasta mi dormitorio como un gentleman.

—Muchas gracias por la noche de hoy, Connor. Lo he pasado muy bien. Tus amigos son maravillosos —dije cuando nos detuvimos frente a mi puerta.

—A ellos también les has caído bien. Incluso a Jade. Y eso es complicado. A Jade no le cae bien nadie.

Me reí.

—Aún sigo sin creer que seas amigo de una de mis escritoras favoritas.

—A mí también me cuesta creer que tengas gustos tan oscuros.

—No hay nada que ayude más a desconectar la mente que una buena novela de terror.

Connor dibujó una sonrisa traviesa.

—A mí se me ocurren otras maneras y mucho más placenteras.

Hice un mohín.

—Ese comentario ha sido cruel. Recuerda que llevo mucho tiempo sin que alguien me provoque un orgasmo.

—No hace falta que alguien te provoque un orgasmo para tener uno.

—Cierto. Es probable que esta noche saque mi vibrador de su estuche.

Los ojos de Connor se oscurecieron y un silencio tenso nos sobrevoló. Nuestras miradas se enredaron.

—En ese caso, me marchó ya. No quiero interponerme entre tu vibrador y tú —dijo con la voz tomada.

Se inclinó para darme un beso en la mejilla y su olor envolvió mis fosas nasales. Ese olor a brisa de una noche de verano que tanto me gustaba. Se separó un poco y me miró a los ojos.

—Buenas noches, Arielle.

—Buenas noches, Connor —susurré, incapaz de desviar mi mirada de sus labios.

¿Por qué estaba tan condenadamente cerca? ¿Y por qué olía tan condenadamente bien? Tragué saliva con fuerza y me humedecí el labio inferior, incapaz de apartar mi mirada de esos labios que parecían tentarme.

No recuerdo quién dio el primer paso, si fue él o fui yo, o si fuimos los dos, solo sé que de pronto nuestros labios se encontraron en un chasquido inesperado. Un solo roce, pequeño, tentativo. Luego otro. Y después otro más.

Connor se separó un instante para mirarme.

—¿Te parece bien esto?

—Si a ti te parece bien estar expuesto a los gérmenes de mi boca...

Con una sonrisa volvió a presionar sus labios contra los míos y nos fundimos en un nuevo beso.

Colocó una mano en mi cintura, la otra tras mi nuca y abrió la boca, pidiéndome permiso con la lengua para entrar. Entreabrí los labios y lo acogí en mi interior. Mi lengua y la suya se encontraron, se entrelazaron, batallaron.

Enseguida el beso que empezó siendo suave y delicado, aumentó su intensidad. Connor me

empujó contra la puerta y apretó su cuerpo contra el mío. Mis manos, que hasta entonces habían estado quietas, volaron por su espalda y bajaron hasta su culo. Connor movió las caderas hacia delante, encajándose en mí. Gemí cuando noté su dureza en mi punto más sensible.

—¿Y si rompemos tu mala racha? —preguntó contra mi boca.

No entendí lo que quiso decir hasta que la mano que tenía en mi cintura descendió entre nuestros cuerpos, buscando mi sexo por encima de la ropa.

Sus dedos encontraron mi centro de placer y me contraje hacia delante cuando empezó a mover uno de ellos en círculos. A pesar de seguir vestidos, estaba tan excitada que podía sentir sus caricias a quemarropa.

—Espera. Entremos. —Busqué el tirador de la puerta con la mano, que estaba tras de mí, y pasamos al dormitorio a trompicones. Sabía que la mansión estaba casi siempre vacía, pero lo último que necesitaba era que alguno de sus empleados nos vieran y fueran esparciendo rumores sobre nosotros por ahí.

Connor volvió a besarme hambriento, me cogió por las caderas y me sentó sobre el primer mueble que encontró, que fue el tocador. Luego, se puso de rodillas, me subió la falda hasta arremangarla sobre las caderas, me sacó los zapatos y me bajó las bragas y las medias de un tirón.

Me miró una última vez antes de acercarse a mis muslos y empezar a besarlos. Con mimo, subió la boca hasta mi tatuaje de la silueta de Leia, lo besó, y luego volvió a la posición anterior. Mi respiración se aceleró cuando su boca acarició con la lengua entre mis pliegues y llegó a mi centro, explorando con su lengua cada centímetro de mi intimidad. Lamió, mordisqueó y succionó, arrancándome más gemidos y jadeos de los que nadie me había arrancado nunca.

Había fantaseado con eso muchas veces las últimas semanas, no voy a negarlo, teníamos una conexión fuerte y él me atraía, me atraía como hacía tiempo que no me atraía nadie. Sin

embargo, mis fantasías no hacían justicia a la habilidad que tenía Connor con la boca.

Siguió lamiendo, mordisqueando y succionando, y cuando vio que estaba a punto de llegar, que me quedaba poco para correrme, me penetró con dos dedos para que el placer fuera aún mayor.

Arqueé la espalda, agarrada al tocador y cuando el orgasmo me sobrevino, grité. Dios, grité como una loca.

La intensidad del orgasmo me sacudió de arriba abajo, y sentí que mi cuerpo temblaba con la liberación del placer. Connor continuó moviendo sus dedos dentro de mí, prolongando la sensación de éxtasis.

Cuando finalmente mi respiración volvió a la normalidad y mis piernas dejaron de temblar, Connor se levantó con su mirada intensa y llena de deseo fija en mí. Pude ver el bulto enorme en sus pantalones, y sentí el deseo instantáneo de satisfacerlo con la misma intensidad que él me había satisfecho a mí.

Bajé del tocador y me acerqué a él para besarlo. Sabía a mí, a él, y eso me encantó. Empecé a tocar su miembro por encima del pantalón e hice amago de bajarle la cremallera, pero antes siquiera de que pudiera hacer el movimiento, el sonido de una llamada de teléfono nos interrumpió.

Compartimos una mirada llena de frustración. ¿Quién demonios llamaba a aquellas horas? La vibración provenía del bolsillo de Connor, así que a mala gana lo sacó de allí para mirarlo. No lo juzgué, si alguien llamaba tan tarde podía ser importante. Sin embargo... la burbuja de excitación construida se desvaneció en el momento que leí el nombre de la persona que llamaba. Susan. Lo llamaba Susan. No quise darle importancia, pero en cuánto vi la contradicción en los ojos de Connor supe que todo acabaría allí.

No me equivoqué.

—Yo... lo siento, Arielle. Es tarde. Creo que será mejor que me vaya a la cama.

Salió de la habitación a paso rápido y sentí la decepción inundar todo mi sistema.

Estaba claro que aquel intercambio de fluidos había sido un accidente. Era tarde, Connor había bebido mucho café, visto muchas películas de Tim Burton y se había dejado llevar por la emoción del momento. Seguramente ni se acordaría de lo sucedido al día siguiente. Yo sí lo haría. Era imposible olvidar lo que me había hecho sentir durante aquel encuentro.

Y es que Connor me había hecho sentir sexy y deseada como nunca.

Con todas esas emociones encontradas, me metí en la cama, me tapé la cabeza con el edredón, y decidí esperar que el día siguiente me recibiera con más lucidez mental que la que sentía entonces.

Connor



Aquella noche no cogí el móvil a Susan, pero me fui a la cama sintiéndome un completo miserable. Había besado a Arielle, le había provocado un orgasmo, y si no se hubiera producido aquella llamada, habría pasado la noche enredado con ella entre las sábanas.

¡Joder!

¿Cómo había permitido que las cosas fueran tan lejos entre nosotros?

Arielle me gustaba, eso era un hecho. Sin embargo, ¿estaba bien que tuviera algo con ella cuando aún no había cerrado del todo mi capítulo con Susan?

Recibir una llamada suya en ese momento fue como recibir una señal. Una señal de que debía parar.

Tenía la cabeza hecha un lío.

Aquella noche apenas pude pegar ojo, y al día siguiente, a pesar de ser domingo, fui a la oficina y me quedé allí hasta tarde, con tal de no cruzarme con Arielle en la mansión. Seguía hecho un lío y no sabía cómo afrontar una conversación con ella. Por eso mismo el lunes decidí encargarme personalmente de un viaje de negocios a California que había delegado a uno de mis adjuntos y que me tendría ocupado y lejos de casa los siguientes días. Esperaba que a mi vuelta

hubiera ordenado un poco mis pensamientos, para poder hablar con ella sin una nube de confusión haciendo papilla mi cerebro.

Sí, muy valiente, lo sé.

Aquella noche cuando llegué al hotel, me tumbé en la cama decidido a tener un momento de introspección personal. Necesitaba reflexionar sobre mi vida amorosa y su sentido.

Susan había roto conmigo, después de dos años de una relación que nunca había sido precisamente un oasis de tranquilidad. Por no hablar de todas las concesiones que yo había hecho por ella. Había cambiado mi forma de ser hasta convertirme en alguien que no era solo por satisfacerla. ¿No era eso un indicio de que algo en nuestra relación no iba bien?

Estaba dando vueltas a esa reflexión cuando el móvil empezó a vibrar en mi mesita de noche. Lo cogí pensando que sería sobre trabajo, pero no. En la pantalla apareció el nombre de Susan.

No estaba de humor para hablar con ella, no cuando era la culpable de aquella crisis existencial tan enorme que estaba viviendo, así que rechacé la llamada y apagué el móvil. No tenía ni idea de qué quería hablar, pero tenía malas vibraciones.

Pero la cosa no quedó allí, porque me llamó al día siguiente.

Y al otro.

Acabé cogiéndoselo el miércoles por la noche. Seguía hecho un lío, pero no me parecía bien seguir posponiendo una llamada que, a todas luces, tarde o temprano tendría que afrontar.

Aunque mis pensamientos esos días habían ido por otros derroteros. No gasté muchos minutos en pensar en Susan, sino en cierta chica pelirroja que vivía temporalmente en la mansión Quinn.

—Hola, Susan —dije fingiendo un tono casual.

—Hola, Connor, ¿qué tal estás? Es difícil dar contigo. En fin... —Suspiró, y sin ni siquiera darme tiempo a intervenir en la conversación, siguió—: Mira, sé que las cosas entre nosotros están más bien raras desde la ruptura, pero estoy metida en un pequeño problema y he pensado que tú podrías ayudarme.

Fue como si me echara un cubo de agua helada encima. Entonces ¿sus llamadas constantes se debían a la necesidad de ayuda? ¿En serio? Supongo que a esas alturas ya debí haberme acostumbrado a que así era ella. Solo le interesaba las personas de las que podía sacar algún tipo de beneficio.

Suspiré, masajeándome el entrecejo.

—¿Qué necesitas?

—¿Recuerdas a Lola, aquella chica que contraté como asistente hace un año o así? Pues se presentó ayer en el despacho de mi abogado con el suyo y le dijo que me denunciaría por explotación y acoso laboral si no le pagaba una compensación de 1.000.000 de dólares por daños y perjuicios.

Se me escapó un silbido.

—Eso es mucho dinero.

—Y por eso no pienso pagarlo. ¿Fui una jefa dura? Pues claro, en esta profesión hay que serlo para salir adelante. El mundo de la moda exige muchos sacrificios, yo misma me pasé el primer año de *Harrington Style* trabajando de sol a sol. Pero Lola es joven y... ya sabes... los chicos de hoy pertenecen a esa «Generación de Cristal» que se quejan por todo.

Quise decirle que técnicamente estaba equivocada, porque la «Generación de Cristal» hacía mención a aquellos nacidos después del año 2.000 y Lola era mayor según mis cálculos. Además, me parecía que esa era una forma muy despectiva de hablar de una juventud que no lo estaba teniendo nada fácil para salir adelante, pero me callé, porque ese no era el tema que nos

ocupaba.

El tema era que Susan se encontraba en un aprieto. Y la situación no me sorprendió nada. Porque, para ser sincero, yo mismo había presenciado en más de una ocasión la actitud déspota de mi entonces novia hacia sus ayudantes. Más de una vez le había pedido que intentara ser más amable, pero ella siempre alegaba que la gente se aprovechaba de ti cuando no los tratabas con dureza.

Volví a masajearme el entrecejo.

—¿Qué es lo que necesitas de mí?

—Lo que necesito de ti es el compromiso de que, en un hipotético juicio, hables a mi favor. Ella piensa que ahora que estamos separados puede contar con tu testimonio para dar fuerza al suyo. Yo sé que no, pero...

—No pienso mentir en un hipotético juicio, Susan —le corté.

Hubo un breve silencio al otro lado del hilo telefónico.

—No te he pedido que mientas. Yo nunca hice las cosas horribles que ella dice que hice.

—Fuiste cruel en muchas ocasiones.

—Pero no la exploté laboralmente.

—¿Seguro?

Escuché una breve risa incrédula.

—Veo que sigues resentido por la ruptura, solo eso explica que seas tan poco razonable.

—La ruptura no tiene nada que ver con mi capacidad de raciocinio.

—Da igual, de todas formas sé que llegado el momento harás lo correcto. Siempre lo haces. Eres un buen chico, Connor. A veces eso es un poco molesto, pero en ocasiones como esta es de

lo más útil. —Se rio por lo bajo, esta vez con diversión—. Voy a colgar, tengo una reunión importante en una hora y quiero estar presentable. Nos vemos a la vuelta.

Colgó sin esperar que yo me despidiera. Tiré el móvil sobre la cama con enfado y me froté la cara.

Me jodió que dijera que era un buen chico, aunque tuviera razón. Pero más me jodió que asumiera que llegado el caso mentiría por ella.

Con Susan las cosas siempre eran así, complicadas y difíciles.

Pensé en Arielle. Con ella nada era complicado o difícil. Nos entendíamos bien. Desde el primer momento había sido fácil abrirme a ella.

Hay ocasiones en las que la vida te pone en medio del camino a alguien con el que todo resulta fácil y simple como el respirar. Alguien con el que la complicidad es inmediata, con la que no hay malentendidos ni dramas innecesarios. Alguien que te acepta como eres, incluso cuando llevas un pijama de Star Wars, la barba descuidada o el pelo alborotado. Esto pasa una vez, no más. Lo difícil en esas ocasiones es reconocer a esa persona y no dejarla marchar.

Para mí, esa persona era Arielle.

¿La dejaría marchar?

Arielle



Una noche más me acerqué a la habitación que hacía de sala de cine con la esperanza de encontrarme a Connor, pero me llevé una nueva decepción. Estaba claro que él se arrepentía de lo ocurrido entre nosotros y que había optado por el ghosting. Debía estar acostumbrada al ghosting a esas alturas, pero era la primera vez que me lo hacían de forma presencial, lo mío era que me dejaran en visto.

Más de una vez pensé en enviarle un mensaje para decirle que lo olvidáramos todo, pero me contuve; me decía a mí misma que no podía arrastrarme de aquella manera como hacía siempre.

La cuestión era que el miércoles por la noche, sin rastro de Connor, tenía claro que seguía evitándome. Después de comprobar que la sala de cine estaba vacía, me dirigí hacia las escaleras con intención de subir al primer piso y meterme en la cama.

—¡Arielle, me encanta el vestido! —exclamó Piper con los ojos brillantes mientras daba una vuelta sobre sí misma haciendo voltear la falda del vestido de novia ya confeccionado.

Lo ocurrido con Connor había aumentado por mil mi productividad.

Y estaba muy satisfecha con el resultado, las cosas como son. El vestido de dos piezas se ceñía a la perfección sobre el cuerpo de Piper. Nadie podría adivinar al verla que estaba dividido en dos.

Había que hacer algunas modificaciones pues Piper había adelgazado un poco desde que le tomé las medidas, algo habitual en las novias los meses previos a la boda, pero no iban a ser demasiado complicadas. También faltaba añadirle la falda corta para que pudiera bailar con soltura cuando se cansara de la falda larga. Además quería diseñar también una capa de pelo para refugiarse del frío de camino a la ceremonia, ya que teniendo en cuenta las fechas de la boda era más que probable que nevara en Manhattan.

Después de dar el visto bueno al vestido, insistió en tomar una taza de té conmigo. Fuimos a uno de los salones de la mansión y una de las asistentes apareció minutos después con un carrito en el que había un juego de té y dulces de aspecto delicioso colocados en una bandeja de tres niveles con baldas redondas. Había cupcakes, macarons, muffins, porciones de tartas y galletas.

La muchacha nos sirvió el té en las tazas de delicada porcelana y segundos después se marchó dejándonos solas.

—Me encanta tomar té por la tarde, debe ser por mis genes británicos —dijo Piper riéndose mientras se llevaba su taza a los labios.

Yo hice lo mismo. Era Earl Grey, una de las variantes que más me gustaban, aunque siempre fui más de café que de té.

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —pregunté.

El rostro de Piper se iluminó lleno de emoción.

—La verdad es que muy bien. Ya hemos elegido el menú, las flores y el destino para la Luna de Miel. Haremos un crucero por los Fiordos Noruegos y luego visitaremos Islandia.

—Uy, ¿por los Fiordos Noruegos? ¡Qué frío!

Piper se rio con suavidad.

—A Jacob y a mí nos encanta el frío, por eso decidimos casarnos en enero. Si fuera por mí viviría todo el año rodeada de nieve.

Asentí, a mí el frío no me gustaba demasiado porque siempre andaba con los pies y las manos congeladas. Mi apartamento de París no tenía calefacción e iba todo el día con una pequeña estufa de un lado al otro, además de poner bolsas de agua caliente en la cama y dormir con doble calcetín.

Cogí un macaron y me lo llevé a la boca. Adoraba aquel dulce francés hecho de harina de almendras, azúcar y clara de huevo.

—Por cierto, no quiero sonar entrometida, y si no quieres responderme no es necesario que lo hagas, pero... me mata la curiosidad —dijo Piper, bajando la voz, como si estuviéramos explicándonos una confidencia—. Mi hermano y tú estáis liados, ¿verdad?

Se me atragantó el macaron. Empecé a toser, se me aguaron los ojos y me llevé la taza de té para dar un sorbo largo que me ayudara a bajarlo. Piper se asustó y empezó a golpearme la espalda mientras yo seguía tosiendo.

—Vaya, lo siento, no pensé que desataría una reacción tan... intensa —dijo Piper, visiblemente preocupada, mientras continuaba golpeando suavemente mi espalda.

Después de unos momentos, mi tos finalmente se calmó y pude recuperar el aliento. Tomé otro sorbo de té antes de responder a la pregunta de Piper. Por Dios, ¿cómo se le había ocurrido preguntar algo así tan a la ligera? Había estado a punto de morir del susto, literalmente.

—¿Por qué crees que estamos liados?

—Bueno... os vi —dijo avergonzada—. Jacob y yo tuvimos una pequeña riña la noche del

sábado y me marché de nuestra casa hecha un basilisco. Digamos que últimamente estoy más sensible de la cuenta. Fue una niñería y lo solucionamos a la mañana siguiente. La cuestión es que dormí aquí y en algún momento de la noche empecé a oír voces. Tengo el sueño ligero, así que me desperté y salí al pasillo para ver quién era. Y entonces os vi a Connor y a ti haciendo cochinadas. Es probable que tenga que hacerme una lobotomía después de ver eso, pero... bueno, me preguntaba si mi hermano y tú teníais un rollo o algo así.

Me puse roja, muy muy roja. Me ardían las mejillas, las puntas de las orejas, el cuello... estaba convencida que a esas alturas mi cara combinaría con mi pelo.

—Connor y yo no tenemos ningún rollo —expliqué incapaz de mirarla a los ojos—. Fue algo esporádico, y salta a la vista que fue un error.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Porque tu hermano lleva desde entonces evitándome.

Piper asintió, como si esperara esa respuesta.

—Bueno, para ser honesta me sorprendió que pasara página tan rápido. Estaba muy enganchado a Susan. De una forma tóxica y enfermiza. Pensé que no aceptaría la ruptura tan fácil. Pero si se ha enrollado contigo es obvio que algo ha cambiado.

El corazón me dio un vuelco con algo parecido a la esperanza, pero el sentimiento se evaporó en cuanto la cordura hizo acto de presencia.

—No creo que nada haya cambiado. Se arrepiente de lo que pasó.

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—Connor no es el tipo de hombre que va besando a mujeres por ahí porque sí. Si te besó fue porque tú le gustas. Jamás se dejaría llevar por una pasión pasajera. No está en su naturaleza ser así.

El calor se intensificó en mis mejillas.

—¿Entonces por qué me evita?

—Porque es un cobarde y le cuesta gestionar sus emociones. Seguramente esté asustado ahora mismo sin saber qué hacer a continuación.

—¿Y qué debería hacer yo?

Ella lo pensó unos segundos, dio un sorbo al té y acabó por encogerse de hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que sientas tú por él. Si él también te gusta, dale tiempo. Cuando dejé de estar asustado, sabrá qué hacer. Pero si no sientes lo mismo, páralo ya. No dejes que se ilusione por ti si no vas a poder corresponderle. No es justo, y más después de haber pasado por una relación tan dañina como la que tuvo con Susan.

Asentí despacio, asimilando las palabras de Piper. Reconozco que de pronto sentí vértigo. No porque tuviera dudas de mis sentimientos, porque estaba claro que Connor me gustaba. Sino por todo lo que aquello podría suponer si ella tenía razón. Entonces, ¿era posible que yo le gustara a Connor también?

Ante mi silencio repentino, Piper colocó una mano sobre la mía, que reposaba sobre la mesa, y la apretó.

—Mira, tengo una idea. ¿Te apetecería pasar este fin de semana en una cabaña rodeada de nieve? Me regalaron una reserva hace unos meses y no puedo ir porque tengo otros planes. Ve, relájate, desconecta y aprovecha ese tiempo para pensar. ¿Qué me dices?

De pronto la idea de pasar un fin de semana lejos de la ciudad y de Connor me pareció de lo más apetecible. Además, podría aprovechar para leer el manuscrito terminado de la última novela

de Jade para darle mi opinión como lectora cero. Estaba deseando ponerme con él.

Así que le dije a Piper que sí.

Un fin de semana sola era algo que me podría ir bien. Muy bien.

Connor



Tras aterrizar en el Aeropuerto Internacional John F. Kennedy de Nueva York, de regreso de mi viaje de trabajo a California, fui directo a la oficina. La idea de ir a casa y descansar no era una opción. Seguía con la cabeza aturullada y con pensamientos intrusivos que me impedían pensar con claridad.

Después de hablar con Susan, la neblina mental que me ataba a ella había empezado a disiparse. Comenzaba a preguntarme hasta qué punto mis sentimientos por ella alguna vez fueron reales. Ella había sido la culminación de un sueño pero nada más. Entre nosotros nunca hubo intimidad ni complicidad. Ahora que había disfrutado de la complicidad y la intimidad con Arielle, podía comparar y las comparaciones eran odiosas.

Una vez llegué a la oficina me dirigí a mi despacho. Abrí la puerta y estuve a punto de sufrir un infarto al ver a Jade sentada en mi sillón, con los pies sobre la mesa, comiendo ganchitos y jugando en su móvil.

No le dije nada. Di media vuelta y me dirigí a la mesa de mi secretaria.

—¿Por qué has dejado pasar a la señorita Chen? —pregunté sobresaltándola. Molly era una buena secretaria, pero no sabía poner límites a mis amigos.

—Me dijo que había quedado contigo.

—Pues no. La próxima vez pídele que espere fuera.

—Lo intentaré... pero la señorita Chen es difícil de contener.

Que me lo dijeran a mí.

Regresé al despacho y me encaré a ella.

—Tú, fuera de ahí. Ese es mi sitio —vociferé exasperado.

—Espera, que estoy a punto de ganar la partida.

—Por el amor de Dios, Jade Chen, o sales de ahí o llamo a seguridad.

Jade alzó las cejas, me miró con recelo, pero obedeció. Liberó mi sillón para sentarse en la silla que había justo enfrente sin dejar de jugar a lo que fuera que estuviera jugando.

—Menudo carácter te gastas cuando quieres.

—Y no vuelvas a poner los pies sobre mi mesa. ¿Sabes la cantidad de bacterias que hay en la suela de los zapatos?

—¿Muchas? —Escondió una risita.

—Más de 400.000. Así que recuérdalo la próxima vez que pienses que poner tus sucias botas sobre mi mesa es una buena idea. —Cogí una toallita húmeda y limpié con ella mi escritorio.

—Vale, vale. Siempre olvido que eres un poco tiquismiquis.

—No soy tiquismiquis, solo tengo instinto de supervivencia. Cualquiera diría que hace poco pasamos por una Pandemia Mundial. Nos dijeron que de esa saldríamos mejores. Aún me río yo de eso. En fin, ¿se puede saber qué haces aquí? No recuerdo que hubiéramos quedado.

—Y no hemos quedado, pero sabía que regresabas hoy de California y me apetecía verte.

Alcé las cejas con escepticismo. Jade no era el tipo de persona que va a ver a otra sin un motivo concreto. Y solo había un motivo por el que pudiera estar allí.

—Si estás aquí para que medie entre tú y Erik, paso. Ya lo conoces, cuando se le mete algo entre ceja y ceja, nadie lo hace cambiar de opinión. Me temo que tendrás que ponerle su nombre al vampiro ese.

Ella gruñó. Por los mensajes que había leído en el grupo, la relación entre Erik y Jade no estaba viviendo su mejor momento.

—No he venido por eso, y no me hables de Erik. Digamos que no ocupa un buen puesto dentro de mis personas favoritas ahora mismo.

—Entonces, ¿cuál es la razón de tu visita?

—¿Tiene que haber una razón? Eres mi mejor amigo y has estado en California, solo quería pasar un rato contigo después de tantos días sin vernos.

—Te conozco, Jade Chen. Si te has tomado la molestia de venir hasta mi despacho es que hay algo de lo que quieres hablar. Ahorrémonos los subterfugios y sé directa. No estoy de humor para jugar a las adivinanzas.

Jade apagó el móvil y lo guardó en su bolsillo.

—Está bien. Seré directa: quiero hablar contigo de Arielle.

Se metió un puñado de ganchitos en la boca mientras evaluaba mi reacción. Yo intenté esconder el cúmulo de emociones encontradas que me tenían el cerebro frito. Intentaba entender el contexto. Que ella estuviera allí para hablarme de Arielle después de lo que sucedió entre nosotros dos. ¿Acaso lo sabía? Eso era imposible, ¿no? Yo no se lo había dicho. ¿Se lo habría contado Arielle? Lo dudaba.

—¿De Arielle? ¿Por qué? —pregunté con la boca seca.

—Bueno... digamos que he llamado a Arielle esta mañana por un tema de mi novela y la he notado... no sé, rara. Me ha explicado que estaba de bajón y que se marchaba el fin de semana fuera para desconectar. Y... puedes llamarme paranoica, pero su actitud me ha parecido tan sospechosa como tu viaje repentino a California. Lo que me lleva a preguntarme: ¿ha pasado algo entre vosotros dos?

—¿Qué? No, claro que no. —Forcé una carcajada, como si lo que acabara de decir me hiciera mucha gracia, sin embargo, sonó tan falsa que la extinguí enseguida. Mis pensamientos empezaron a girar en círculos. ¿Arielle estaba de bajón? ¿Por lo nuestro? Me sentí una pésima persona ante esa posibilidad. Escapé de la mansión como un cobarde sin pensar en cómo se sentiría. ¿Lo peor? Había sido incapaz de dejar de pensar en ella.

—Dios, eres un actor pésimo. No mientas y confiesa ¿Qué ha pasado con ella? ¿Habéis discutido?

Negué con la cabeza.

—No se trata de eso.

—¿Entonces?

—Hicimos lo contrario a discutir.

Jade entrecerró los ojos como si no supiera de qué estaba hablando y de pronto advertí un relámpago de entendimiento cruzando su mirada.

—¡Oh! ¿Os enrollasteis? —Se llevó las manos a la boca, como si estuviera escandalizada—. Connor Quinn, eso sí que no me lo esperaba de ti. No pensé que fueras el tipo de hombre que engatusase a damiselas inocentes para llevárselas a la cama.

—¡Eh! Eso no sucedió así. No la engatusé. Lo que pasó entre nosotros fue... consentido —expliqué notando como el calor se adueñaba de mis mejillas—. Y Arielle no es precisamente una damisela inocente.

—Inocente o no está de bajón, lo que me lleva a poner en duda tus habilidades en la cama.
¿Tan mal lo hiciste?

Le lancé una mirada asesina.

—Dudo que esté de bajón por eso, porque no llegamos hasta el final. Nos interrumpió una llamada de Susan y la cosa se puso rara.

Jade hizo una mueca de disgusto.

—Incluso en la distancia esa mujer sabe cómo joderlo todo.

—Lo cierto es que estoy muy confuso, Jade. Pensé que estaba muy enamorado de Susan y que me costaría mucho olvidarla, entonces, ¿cómo es posible que haya tardado tan poco en fijarme en otra mujer? ¿Eso no me convierte en una persona voluble y poco confiable?

Jade lo pensó unos segundos detenidamente antes de ofrecerme una respuesta:

—Creo que la clave de todo este asunto es que tú estabas enamorado de la idea de estar con alguien como Susan, pero no de Susan en sí. No niego que tuvieras sentimientos por ella, pero a su lado nunca podías ser tú mismo. Te pasabas el rato interpretando un papel. Resultaba agotador verte. Con Arielle no es así. Cuando estáis juntos eres tú mismo. Es bonito lo que proyectáis.

Jade tenía razón, no podía discutirse. Estar con Susan no resultaba fácil, intentaba convertirme en el hombre que creía que ella quería que fuera, en lugar de ser yo mismo. Pero con Arielle eso no era así. Con Arielle podía ser yo mismo. Ella me aceptaba con todas mis aristas y mis imperfecciones. Incluso con mi frikismo.

La necesidad de verla se incrementó en la base de mi estómago. Me sentí estúpido por largarme a California. Había sido inmaduro. Ella no se lo merecía.

—¿Y dónde dices que está Arielle?

Arielle



Estar en una cabaña perdida en medio de la montaña resultó relajante y reconfortante. Fuera nevaba y el paisaje blanco se extendía a través de los grandes ventanales como en un cuento. Mientras los copos caían en el exterior, yo me acomodé en el sofá mullido de la sala de estar, frente al televisor, con una copa de vino, un pijama calentito y el lector digital con el libro de Jade. La chimenea estaba encendida y el crepitar del fuego era un compañero estupendo en esa sesión de lectura. Llevaba leído el 20% cuando la cosa empezó a ponerse chungueta. Me encantaban los libros de terror, y más los escritos por Jade que era una maestra de la tensión narrativa, pero aquella historia en concreto era muy bestia. Iba sobre unos monstruos que salían de un portal interdimensional y se comían a la gente. Y bueno, Jade no escatimaba en detalles.

Quizás leer esa novela estando sola no había sido la mejor de las ideas.

Mientras leía un pasaje especialmente perturbador, empecé a escuchar ruidos provenientes del exterior de la cabaña. Intenté no darle importancia, imaginando que se trataría de algún animal y que pronto esos ruidos cesarían, pero no fue así, estos continuaron. Alarmada, dejé de leer y me asomé por uno de los ventanales. Seguía nevando y había empezado a oscurecer. Me costó un poco, pero acabé divisando un coche nuevo aparcado junto al mío.

El estómago me dio un vuelco y el corazón me subió a la garganta. ¿Había alguien ahí

fuera?

Corrí hacia el sofá y busqué el móvil. Lo había apagado para estar más tranquila mientras leía y no tener distracciones, pero ahora me arrepentía profundamente porque al encenderlo recordé que la última vez tuve que cambiar el PIN y no me acordaba de cuál era el nuevo.

Alguien llamó a la puerta con un golpe seco y solté un grito presa del pánico. ¿Quién podía ser? La única persona que sabía que estaba allí era Piper. Bueno, y Fabiola, pero ni de coña Fabiola hubiera conducido en medio de la nieve.

Un nuevo golpe se oyó, esta vez acompañado por una voz de ultratumba gritando:

—¡¡Arielle!! Soy yo, abre.

Bueno, puede que la voz no fuera de ultratumba, pero estaba histérica y poseída por el miedo, así que no reaccioné hasta que añadió:

—¡Soy Connor!

Perpleja, me acerqué a la puerta y miré por la mirilla. Al otro lado, tal como había anunciado, estaba Connor, cubierto de nieve y temblando de frío. Me costó unos segundos procesar lo que estaba pasando. Connor estaba al otro lado de la puerta y me pedía entrar, Pero ¿por qué? Teóricamente ese fin de semana tenía que servir para pensar y desconectar, entonces, ¿qué hacía el ahí?

A pesar de todas mis dudas, abrí la puerta y lo dejé pasar.

—¿Qué haces aquí?

Connor se sacudió la nieve y se quitó la chaqueta de paño negro que llevaba, poco adecuada para la ocasión, todo sea dicho.

—Necesitaba hablar contigo y Jade me dijo dónde estabas. —Oh, vale, tenía razón, se lo había contado también a Jade aquella mañana.

Su mirada fue intensa, tanto que me obligó a desviar la mía. De pronto me sentí vulnerable. Las emociones vividas durante la última semana regresaron a mí como un huracán descontrolado.

—Has tenido una semana entera para hablar conmigo, ¿ahora te corre prisa? Al menos podías haber avisado de que venías. —Soné más dura de lo que pretendía.

—Te avisé, te mandé un mensaje al móvil.

El móvil que tenía desconectado. Perfecto.

—Ya, bueno, pues no lo leí.

—Pero tienes razón, debí haber afrontado esta conversación antes. Lo siento.

Clavé mi mirada en la suya y sus ojos castaños atraparon los míos. Había algo en ellos que me cohibieron. Determinación. Ganas. Anhelos.

—¿Podemos sentarnos, por favor? —preguntó, señalando el sofá—. Estoy helado, y nervioso, y no creo que pueda decir nada coherente de pie.

Asentí y lo acompañé hasta el sofá, intentando controlar el latido frenético de mi corazón. Si Connor había conducido hasta allí significaba que lo que tenía que decir era importante. Para bien o para mal.

—Voy a prepararte una taza de té para que entres en calor —dije poniéndome en pie, pero Connor me retuvo agarrándome de la muñeca.

—No hace falta, quédate conmigo.

Su tacto frío me obligó a sentarme de nuevo. Al hacerlo caí más cerca de él que antes. Nuestras rodillas se rozaron. Sentí que su mirada volvía a enredarse con la mía.

—Habla. Me pone nerviosa que me mires en silencio.

—Perdona. —Sonrió con suavidad—. Es que eres preciosa. Me encanta tu pijama.

Llevaba un pijama de Sailor Moon, lo que no era precisamente el colmo de la sofisticación. Me puse colorada, a la vez que cogía la manta de cuadros que había sobre el sofá y me la echaba por encima.

—De haber sabido que venías me habría puesto algo decente para recibirte. —Hice un mohín.

—Hablo en serio. —Tiró de la manta hasta destaparme de nuevo—. Me encantaba ese anime. La prota era un poco tonta pero le quedaba genial la minifalda.

—Qué asco, no hables así de un dibujo animado, perverso.

—Seguro que tú también tuviste algún amor platónico en 2D. Todos los niños lo tienen.

—Pues yo no, no soy tan friki. —Mentía, obviamente. Hubo una época en la que estaba enamoradísima de Yuu del anime *Marmalade Boy*, pero nunca lo confesaría en voz alta, ni bajo amenaza de muerte—. Espero que no te hayas pegado un palizón en coche para hablarme de tus filias.

—Aunque suena tentador, no, no he venido por eso. Lo que me trae hasta aquí es, como te he dicho antes, cierta conversación que dejamos pendiente.

—Ajá. ¿Te refieres a cuando te fugaste de la escena del crimen después de besarme?

—Creo recordar que hicimos algo más que besarnos.

Mis mejillas se sonrojaron aún más. Recordé las palabras de Piper. Dijo que a Connor yo le gustaba y que cuando dejara de tener miedo sabría lo que hacer. ¿Por eso estaba aquí? ¿Había dejado de tener miedo?

Un agujero negro se instaló en mi estómago, convirtiéndolo todo en vértigo. Si yo le gustaba y ya no tenía miedo, entonces...

—Habla. Tanta charla introductoria me está poniendo de los nervios.

Una sonrisa socarrona curvó sus labios, esos labios carnosos que besaban de maravilla y que eran diabólicamente tentadores.

—Quiero empezar disculpándome por haber sido un cobarde estos días. Tenía la cabeza hecha un lío y no me veía capaz de pensar con claridad teniéndote cerca. Debí haberte enviado un mensaje y pedirte tiempo en lugar de desaparecer sin más, pero... bueno, tú tampoco es que me mandarás ningún mensaje, ahora que lo pienso.

—Fuiste tú el que te marchaste como alma que lleva el diablo. Eras tú quién debías dar el primer paso.

—Tienes razón —admitió—. Pero siempre he sido un poco lento para algunas cosas. Me disculpo.

—No es necesaria tanta disculpa, Connor. Lo entiendo. Hace poco estabas en una relación con otra persona. Sigues teniendo sentimientos por ella. Es normal que vivas cierta contradicción.

—¿Y si te dijera que ya no tengo sentimientos por Susan?

Un breve silencio nos sobrevoló. Tras unos instantes de reflexión, negué con la cabeza, incapaz de creerle.

—No es necesario que me digas lo que piensas que quiero escuchar.

—Y no lo hago, te digo la verdad. Cuesta de creer porque yo mismo pensaba que seguía enamorado de Susan, pero me he dado cuenta estos últimos días de que con ella nada era real. Lo mío con Susan siempre tuvo más que ver con mi yo del pasado que con mi yo del presente. Con ese adolescente algo tímido e introvertido que bebía los vientos por la jefa de animadoras del instituto. Me hacía sentir importante y exitoso. Pero no había amor allí. Había prestigio, quizás, pero no amor. Y eso lo sé ahora, que te he conocido a ti y sé lo que se siente cuando conoces a

alguien con el que conectas de verdad. —Sus ojos atraparon los míos y el vértigo en mi estómago se intensificó—. Cuando estoy contigo no tengo que esconderme en trajes a medida ni zapatos caros. Puedo ser yo mismo, sin trampa ni cartón. El tiempo vuela a tu lado, y me siento contento y feliz todo el tiempo. Nunca he conocido una persona que me produjera tanto bienestar y paz interior.

—Deberías probar con el yoga, dicen que va muy bien para eso —dije dejándome llevar por los nervios.

Connor se rio con suavidad.

—El yoga no me pondría tanto como me pones tú, Arielle Dubois. A no ser que lo practicaras, claro. Eso sería interesante de ver.

—Lo dudo. No hay nada interesante en ver un cuerpo fofo abriéndose de piernas.

Sus labios se curvaron un poco más.

—Me la acabas de poner dura con esa imagen.

—No sabía que te iba lo fofo.

—No me va lo fofo, me vas tú.

—Me cuesta creerte —dije llevada por la inseguridad. Aparté mi mirada de la suya—. Después de estar con alguien como Susan, ¿cómo vas a sentirte atraído por alguien como yo?

—¿Bromeas? Me pareciste preciosa la primera vez que te vi, y eso que llevabas la sudadera más fea que he visto en mi vida. Eres guapa, sexy, dulce e inteligente. Y me gusta tu cuerpo lleno de curvas, me muero por perderme por todas ellas, Arielle. Si te vieras a través de mis ojos, no podrías dejar de mirarte nunca.

Volví a fijar mis ojos en los suyos y supe que estaba perdida, que ya no podría volver a escapar de ellos. De él.

—Se te dan demasiado bien las palabras.

—Pues hay otras cosas que se me dan aún mejor.

¿Quién puede resistirse a una frase así? Yo no. Con ellas, Connor activó dentro de mí un botón invisible. El botón del deseo que llevaba latiendo en mi interior demasiado tiempo.

Supongo que por eso me abalancé sobre él y lo besé.

Esta vez quién inició todo fui yo.

Me declaro culpable.

Arielle



No sentí alivio hasta que mi lengua aterrizó dentro de su boca. Connor me recibió con ganas, con un beso húmedo y profundo que hizo palpar mi sexo al instante. Lo sentí sonreír a través del beso, y eso hizo que quisiera besarlo aún con más ganas. Me senté a horcajadas para tener un mayor acceso a su boca. Connor me agarró del trasero y me apretó contra él, haciéndome sentir lo duro que estaba bajo el pantalón.

Nuestras lenguas batallaron, encadenando beso con beso, demostrando en cada uno de ellos lo excitados y hambrientos que estábamos.

Me restregué contra su dureza, desatada. El sonido del fuego crepitando a nuestras espaldas se confundía con el de la saliva y los chasquidos de nuestras bocas al colisionar. Las manos de Connor se deslizaron por debajo de la camiseta del pijama, acariciando mi espalda desnuda. Porque no, no llevaba sujetador. ¿Quién necesita uno estando a solas?

—No tienes la menor idea de lo mucho que me gustas, Arielle. Llevo tanto fantaseando con esto...

Sus palabras resonaron en cada fibra de mi cuerpo. Lo besé con intensidad, apretándome contra él, frotando mi sexo palpitante contra su miembro erecto.

—Deberíamos seguir donde lo dejamos —musité contra su boca.

—Ajá. ¿Y dónde lo dejamos? —Me mordió el labio inferior y tiró de él para de chuparlo.

Gemí.

—Te fuiste justo antes de que pudiera hacer esto. —Lo empujé por los hombros hacia atrás y bajé de su regazo, sentándome de rodillas sobre la alfombra, frente a él.

Lo besé en la boca intensamente mientras mis dedos abrían la hebilla de su cinturón primero y los botones de su pantalón después. Tenía prisa por descubrir lo que se escondía debajo de ese bulto prometedor, así que metí una mano dentro del bóxer negro que llevaba y liberé su miembro del encierro. Tal como había supuesto, su polla era grande, ancha y perfecta. Y mía. Toda mía.

Connor contuvo el aliento cuando entreabrí los labios y me la metí en la boca. Lamí la punta, chupé, y alcé la mirada para empaparme de la imagen de Connor. En ese momento se mordía el labio, con los puños cerrados y los brazos tensos a lado y lado de su cuerpo.

Cogí una de esas manos y lo invité a colocarla sobre mi cabeza

—Guíame —le pedí, metiéndome de nuevo su polla en la boca.

Connor gruñó, enredó los dedos en mi pelo y me empujó con suavidad. Volví a chupar la punta y luego me la metí entera, hasta que un nuevo gruñido escapó del fondo de su garganta. Subí y bajé por su miembro, lamiendo y provocándole placer.

Connor empezó a mover las caderas y yo seguí su ritmo, aumentando poco a poco la velocidad de mis movimientos. Jadeaba descontrolado, y verlo tan fuera de sí me excitó al máximo.

Volví a metérmela hasta el fondo y en ese momento, fuera de sí, Connor me tironeó del pelo hacia atrás. Su erección abandonó mi boca y nuestros ojos conectaron. Los suyos se habían oscurecido tanto que no podía distinguir el iris de la pupila.

—Llévame a la cama. Quiero correrme dentro de ti.

Volvimos a besarnos y nos levantamos con dificultad, abrazados y manoseándonos sin parar. Mientras nos movíamos por el salón en dirección al dormitorio, fuimos deshaciéndonos de las capas de ropa que nos cubría. Un botón de su camisa voló cuando intenté desabrochársela con ímpetu, arrancándonos una carcajada que acallamos con más besos.

Llegamos a la cama desnudos y cachondos. Sus dedos rozaron mi clítoris mientras nuestras lenguas no dejaban de retarse en un duelo interminable. Yo me quedé embobada unos instantes disfrutando de la perfección de su cuerpo desnudo, con todos esos abdominales trabajados a mi disposición. Nota mental: saborearlos uno a uno cuando tuviera ocasión.

Caímos sobre el colchón con las piernas y las bocas enredadas. Yo debajo, él encima. Se situó sobre mi entrada y empezó a jugar con su miembro en ella, sin llegar a penetrarme. Rodeé su cintura con las piernas, subiendo y bajando las caderas para participar en su mismo juego.

Era raro lo cómoda que me sentía en un momento tan íntimo y vulnerable como aquel. Lo normal era que apagara la luz y pidiera hacerlo a oscuras, pero ese no fue el caso. La luz llegaba desde el salón iluminando la escena lo suficiente como para que pudiéramos distinguir nuestros cuerpos desnudos a la perfección. Y por una vez no sentí vergüenza del mío, quizás porque Connor y yo ya habíamos tejido una relación de confianza antes. Entre nosotros había intimidad, complicidad y... algo más.

—Un momento —me pidió con la voz ronca. Desapareció unos instantes y reapareció segundos después con un condón entre las manos. Escuché el desgarrón del envoltorio, y luego, se tumbó de nuevo sobre mí—. Ahora sí puedo.

—¿El qué?

—Hacer esto.

Se sentó de rodillas sobre el colchón, pasó mis piernas sobre sus hombros, me cogió de las

caderas y me penetró, con una estocada profunda. Su erección irrumpió en mi interior húmedo y preparado provocándome una oleada de placer. Cerré los ojos y disfruté de ese momento, de tenerlo completamente dentro de mí, llenándome entera.

Y, entonces, empezó a moverse.

Cada embestida de Connor me hizo gemir y arquear la espalda. Sus manos fuertes sostenían mis caderas, moviéndose cada vez en acometidas más rápidas. El placer se multiplicó por dos cuando empezó a acariciarme el clítoris con uno de los pulgares. Arriba, abajo, en círculos.

Mis gemidos se volvieron más intensos y descontrolados. Connor aumentó el ritmo de sus embestidas a la vez que lo hacía sus caricias en mi centro de placer. La combinación de sensaciones fue tan abrumadora que me llevó al borde del abismo.

Mis uñas se clavaron en las sábanas y mi cuerpo se tensó preparándose para el orgasmo que se apoderaba de cada una de mis células. Sentí que todo mi ser se centraba en un punto, hasta que el placer se desbordó.

Un orgasmo poderoso me sacudió de arriba abajo, haciendo que mi cuerpo temblara y que mis piernas se cerraran instintivamente a su alrededor. Mi voz se perdió en un grito de éxtasis mientras me corría como nunca. Connor se corrió segundos después, arrastrado por mi placer. Cerró los ojos, se mordió los labios y apretó los dedos en mis caderas hasta terminar dentro de mí.

Después, se tumbó encima, apoyándose sobre sus antebrazos para no aplastarme. Tenía la respiración acelerada, pero me miraba de una forma tan bonita que me hinchó el corazón como un globo. Nadie antes me había mirado así, como si realmente yo fuera la cosa más importante que hubiera visto sobre la faz de la Tierra.

—Joder, Arielle, eso ha sido...

—¿Supercalifragilisticoespialidoso?

Mi referencia a Mary Poppins le hizo reír.

—Iba a decir increíble, pero lo tuyo lo define mejor.—Se levantó para tirar el condón a la basura y volvió a tumbarse a mi lado.

Se inclinó sobre mí para besarme en la boca y apartar de mi frente un mechón de pelo que se había quedado pegado por el sudor. Luego, me barrió el cuerpo con la mirada y sonrió.

—Si sigues mirándome así voy a pensar que te gusto mucho.

—Y me gustas mucho, pelirroja. Aunque no solo me gustas. Estoy enamorándome de ti. —Sus ojos brillaron—. Ya te lo advertí una vez. Te dije que harías que enamorarme de ti fuera inevitable. No me equivoqué.

Mi corazón dio un salto en el aire, como un delfín en el mar. Recordaba aquella frase, me la dijo el día que me metí accidentalmente en su cama. Pero...

—No sabía que recordabas haberme dicho aquello.

—En su momento no le di importancia, pero hoy esas palabras cobran sentido.

Sonreí y esta vez fui yo quién lo besó.

—Bueno, para ser honesta, tú también me gustas un poco. —Junté el dedo pulgar e índice para marcar una medida.

—¿Solo un poco? —Connor se mordió el labio, divertido, y me hizo cosquillas. —Confiesa que estás loca por mí. —Me contraí en sonoras carcajadas y lo detuve sentándome sobre él. Noté su miembro endurecerse bajo mi trasero al instante.

—En realidad puede que yo también esté enamorándome de ti, así que un poco loca por ti y un poco loca en general sí que estoy. ¿Quién hubiera dicho cuando acepté diseñar el vestido de Piper que terminaría así?

Compartimos una mirada intensa, llena de palabras no dichas.

Bajo mi trasero, su erección se endureció un poco más.

Connor acarició mis muslos, bajando la mirada hasta mis pechos.

—Tus tetas se ven gloriosas así. Deberíamos volver a hacerlo en esta postura. Pero antes, hay algo que debo hacer... —Tiró de mí hacia delante y me dio la vuelta sobre el colchón. De nuevo se colocó encima. Connor empezó a bajar por mi cuerpo besando cada porción de piel que encontró en su camino hasta detenerse a la altura de mi sexo.

Tragué saliva al anticipar lo que estaba a punto de hacer.

—¿Qué pretendes?

—Compensarte por habértelo hecho pasar mal estos días a base de orgasmos.

Ni siquiera me dio tiempo a decirle que no hacía falta. Su lengua se deslizó entre mis pliegues frotando con suavidad mi clítoris. Gemí con fuerza y me abandoné al placer.

Y vaya si me compensó aquella noche.

Cinco veces lo hizo.

Connor



El sexo puede crear adicción. En serio. Una semana después de aquel fin de semana de encierro sexual en la cabaña de la montaña con Arielle, no cabía duda de que me había convertido en un yonqui de los orgasmos.

Me pasaba el día cachondo y duro pensando en Arielle, lo que era muy engorroso, sobre todo durante el horario laboral. Nunca antes había padecido semejante estado de excitación. Ni siquiera con Susan, aunque supongo que el sexo con ella poco podía compararse al sexo que tenía con Arielle.

Susan no era una mujer muy expresiva en la cama. Se limitaba a tumbarse y dejar que yo la penetrara sin más. Y siempre en la posición del misionero, no le gustaba innovar. Ni siquiera gemía cuando se corría. Cerraba los ojos y fruncía el ceño como si en lugar de placer estuviera provocándole una gastritis. Y no es mi intención comparar, sé que cada cual tiene su propia relación con el placer, pero... me encantaba Arielle en ese sentido.

Era ruidosa cuando follábamos y más aún cuando se corría, le encantaba probar cosas distintas y lo habíamos hecho prácticamente en todas las estancias de la mansión, que no eran pocas.

Aunque también me encantaba Arielle más allá del sexo. Me gustaba ver películas con ella

en la sala de cine, charlar sobre cualquier cosa, ¡incluso hacer legos y maquetas juntos! Nunca pensé que la vida en pareja pudiera ser tan gratificante.

¿Sabéis ese tipo de persona que nos hace bien, que suma y nos convierte en una mejor versión de nosotros mismos? Pues Arielle era esa clase de persona. Incluso me ponía de buen humor, algo que mis padres percibieron enseguida en una de nuestras videollamadas. Para alguien que era gruñón por naturaleza, ese cambio era fácilmente perceptible.

Y es que, nos entendíamos tan bien, teníamos tanto en común, nos complementábamos tanto... que no entendía cómo me había pasado los dos últimos años conformándome con menos que eso.

Ese lunes, después de una jornada de trabajo intensa en la que me había descubierto fantaseando con el pecho de Arielle un total de doce veces, recibí un mensaje de Jade que me dejó el estómago del revés.

JADE

Código rojo. Ven a casa de Erik.

Cuando alguno de nosotros enviaba un código rojo a otro, significaba que algo chungo había pasado. A pesar de las ganas que tenía de volver a casa para hacer realidad esas fantasías en las que las tetas de Arielle acariciaban una parte muy concreta de mi anatomía, decidí coger un taxi

y acercarme a casa de Erik. Tenía un mal presentimiento.

Erik vivía en un pequeño apartamento en el Greenwich Village, un barrio famoso por su ambiente bohemio y su historia cultural. El taxista me dejó frente a la puerta de su edificio de ladrillo rojizo. Llamé al portero, entré y subí hasta su piso. Jade abrió.

—¿Qué ha pasado? —pregunté nada más entrar.

—Helga.

Un estremecimiento me recorrió. ¿Qué había hecho su hermana esta vez?

Me acompañó hasta el salón. Erik estaba sentado en el sofá con la cara desencajada. Tenía los ojos rojos y parecía cansado. Muy cansado. Como si llevara días sin dormir. Además, tenía el pelo revuelto y la ropa arrugada, algo que no era muy común en alguien que siempre iba impoluto.

—Erik... —me senté a su lado y le palmeé el brazo—. ¿Estás bien?

—No, estoy jodido. —Se frotó la frente con la mirada perdida—. El viernes me llamaron del centro de desintoxicación para decirme que Helga había pedido el alta voluntaria. Conseguí llegar a tiempo antes de que se largara y me dijo que había vuelto con su ex. Otra vez. Intenté hacer que entrara en razón, pero fue imposible. Me dijo que ella ya estaba bien y que Michael había cambiado. No pude detenerla. Cogió sus cosas y se marchó. —Hizo un breve silencio, en el que cerró los ojos y se mordió el labio, dolido—. Ya hace dos días que eso ocurrió y he sido incapaz de contárselo a Jensen. ¿Cómo voy a explicarle que su madre se ha largado otra vez con el hijo de puta que se ha desentendido de él desde niño?

Asentí, despacio, comprendiendo el alcance de la tragedia. No era la primera vez que Helga volvía con su ex, pero sí era la primera vez que lo hacía sin terminar el tratamiento en el centro de desintoxicación, lo que no era una noticia nada halagüeña.

—Lo siento, tío. —Apreté su brazo queriendo transmitirle mi apoyo, pero entendía la

complejidad de la situación. La desaparición de Helga traería con ella muchas consecuencias. Como, por ejemplo, tener que lidiar con el enfado y la frustración de un adolescente que ha sido abandonado una vez más por la persona que se supone que debía darle amor incondicional y protegerlo.

—Es una putada, Erik, pero piensa que Jensen es fuerte. Y te tiene a ti, que no es poco. Tú siempre has estado ahí para él y aunque sea un mazazo, seguro que tenerte a su lado le ayuda a salir adelante. —Jade cogió su mano entre las suyas, mostrando una sensibilidad que pocas veces había visto en ella, porque el contacto físico no era lo suyo.

—¿Y si Helga no sale de esta? —preguntó Erik, chasqueando la lengua contra el paladar—. La última vez sufrió una sobredosis. La salvamos por los pelos.

—Es una mierda, pero no puedes hacer más de lo que ya has hecho por ella. No se puede ayudar a alguien que no quiere ser ayudado.

—Lo sé, pero eso no lo hace más fácil.

Jade y yo nos marchamos de casa de Erik después de asegurarnos que cenaba algo y se acostaba. Debía ser medianoche cuando salimos del edificio. Me dispuse a despedirme de Jade en ese punto, pero ella me retuvo tras lanzarme una mirada sagaz.

—¿No tienes algo que contarme? Pensé que después de mi contribución a la causa, sería la primera en saber sobre lo tuyo con Arielle.

—¿Y quién dice que hay algo que contar? —pregunté haciéndome el tonto.

—Um, no sé, quizás ese chupetón que llevas en el cuello. Por cierto, ¿cuántos años tenéis?

¿Quince?

Espera, ¿qué? Saqué el móvil del bolsillo y me miré el cuello en busca de dicho chupetón, pero no había nada en el cuello que se pareciera a uno.

—¿De qué chupetón hablas?

—De ninguno. Pero que hayas comprobado si estaba en lo cierto demuestra que no me equivoco en mi teoría. Tú y Arielle estáis juntos y revueltos. ¿Por qué no me has contado nada? ¿Ya no somos *besties*? —Hizo morritos, como si estuviera realmente apenada por mi falta de *feedback*.

—Nuestra amistad no tiene nada que ver con mi silencio. Solo estoy siendo comedido.

—Lo entiendo, solo bromeaba. Me alegro de que hayas dado una oportunidad a lo tuyo con Arielle.

Asentí y sonreí.

—Y yo, Jade, y yo.

Arielle



—Guau, ¡buen trabajo con el plan de negocios, Nora! —exclamé, ojeando el dossier que acababa de entregarme.

Estábamos almorzando en la terraza de una cafetería, junto a Fabiola que había decidido acompañarnos en aquella reunión de trabajo. El resultado del plan de negocios era prometedor, lo que significaba que el traslado de Happy Bride era una idea excelente.

—Estoy convencida de que una firma de diseño de novias especializada en la inclusión puede tener mucho recorrido aquí en Nueva York. Es verdad que hay mucha competencia, pero al haberte enfocado en un target muy concreto, lo tendrás fácil.

—Con lo cual, amiga, te mudarás a Nueva York de forma definitiva, ¿no? —preguntó Fabiola con los ojos brillantes jugando con la pajita de su batido de chocolate.

Asentí. Ya lo tenía decidido, pero después del plan de negocios de Nora, las dudas que pudiera tener se desvanecieron del todo.

—Ahora empezará lo más difícil: buscar local, apartamento, promoción... —dije, con miedo, pero, sobre todo, con ilusión.

—Lo bueno es que la boda de Piper te irá como anillo al dedo para darte a conocer, además,

Happy Bride es bastante popular en redes. No costará mucho que se convierta en una firma de referencia —dijo Fabiola, levantando la mano para llamar la atención de un camarero que pasaba cerca—. ¿Podría traerme una porción de brownie? —El hombre asintió, pero antes de que pudiera marcharse, Fabiola rectificó—. Que sean dos. —Cuando el hombre se fue nos miró y se explicó—: Desde que estoy embarazada mi necesidad de comer chocolate ha aumentado un 200%.

—Al menos a ti no te dio por las lentejas como a mi hermana. Recuerdo que Holden tenía que levantarse a medianoche a cocinar lentejas para hacer feliz a Becca—contó Nora entre risas.

—Quien diría que Holden escondería en su interior a un romántico empedernido. Cuando lo conocí era un hombre obsesionado con el trabajo sin ganas de sentar cabeza, y ahora bebe los vientos por tu hermana como si fuera la única mujer en la faz de la Tierra. Lo mismo podría decir de mi hermano Adriano, está tan enamorado de Julieta que a veces me da vergüenza ajena compartir espacio vital con ellos dos.

—Para vergüenza ajena la que dais tú y Kane —comentó Nora arrugando la nariz—. Os he pillado más de una vez morreándoos por la casa sin importaros que yo esté trabajando en ella. No me extrañaría que hubierais concebido a vuestro vástago mientras yo estaba cuadrando facturas en el programa de contabilidad.

—Nunca haríamos algo así, ¿por quién nos tomas? Somos gente respetable —aseguró Fabiola, cortando una porción del brownie que acababan de servirle—. Ojalá dejaras de ser una escéptica del amor y salieras con alguien de vez en cuando.

—Ya salgo con alguien de vez en cuando —se quejó.

—Quedar con tíos de Tinder para follisqu coast no se le puede llamar salir con alguien. El mismo servicio te hace un vibrador.

—O un *satisfyer* —apunté yo aguantándome la risa.

Nora puso los ojos en blanco.

—Bajo mi punto de vista los tíos dejan de ser útiles después del orgasmo, ¿qué culpa tengo yo de eso? La mayoría no tienen conversación y buscan exactamente lo mismo que yo: sexo sin compromiso. Punto. Además, estoy enfocada en el trabajo. Quiero emprender tarde o temprano y eso significa poco tiempo para mí, ¿cómo voy a perderlo con otra persona?

La mirada de Fabiola se volvió incisiva, al igual que la sonrisa que asomó en sus labios.

—A lo mejor te sería más fácil si te fijaras en alguien al que tuvieras cerca.

—¿Cerca? —Nora alzó las cejas con curiosidad.

—Sí, ya sabes, una persona a la que vieras a menudo.

Nora pensó en ello unos segundos.

—¿Te refieres al chico de mensajería? Porque está muy bueno pero la última vez que hablé con él no sabía siquiera el nombre del presidente de los Estados Unidos. No digo que aspire a salir con un Einstein, pero necesito que tenga un mínimo de cultura general.

—No me refería al mensajero.

—¿Al jardinero?

—Tampoco.

—¿A Blake, el socio capitalista de Kane? Porque no está mal pero me saca diez años.

—Por supuesto que no. —Fabiola hizo rodar sus ojos.

—Entonces, ¿a quién? No es que mi círculo social sea muy amplio...

—A Easton. Me refería a Easton.

El rostro de Nora se llenó de incredulidad y una risa escéptica brotó de su garganta. Para ser sincera, yo había adivinado el nombre del susodicho desde el principio. Que a Nora no se le

hubiera pasado por la cabeza era una omisión altamente sospechosa.

—Creo que has comido demasiado chocolate y el subidón de azúcar te ha afectado al cerebro. *Byte* y yo somos incompatibles. Somos archienemigos desde la universidad. Nunca tendría nada con él. Nos odiamos, ¿recuerdas?

—Yo lo que creo es que el odio es un sentimiento muy intenso que acostumbra a ser malinterpretado con demasiada facilidad —dijo mi amiga con una sonrisa enigmática—. Además, el «enemies to lovers» es uno de los clichés más populares en las comedias románticas.

—Si alguien escribiera nuestra historia no sería dentro del género romántico, créeme.

A pesar de que Nora hablaba con contundencia, pude notar cierta vacilación en el tono de su voz. Podía entender que Easton y ella arrastraran ciertas diferencias desde la universidad, pero no podía negarse que el chico era guapo, atractivo e interesante. Puede que fuera demasiado joven para mí, pero tenía ojos operativos que podían dar buena cuenta de ello.

—Vale, vale, me callo. —Fabiola levantó las manos en señal de paz—. Cambiando de tema, ¿queréis cenar en casa de Adriano esta noche? Estaremos todos, niños incluidos, y Julieta ha insistido en que os invite.

—Yo me apunto —dijo Nora.

—A mí me encantaría ir, pero tengo otros planes —dije con una sonrisa coqueta poco disimulada.

—¿Otros planes? —Fabiola me atravesó con su mirada—. ¿Con quién? No me digas que volverás a darle una oportunidad a Liam —dijo refiriéndose al amigo de Kane con el que había tenido la cita más sosa de toda la historia de las citas—. Me alegro de que sea así, porque al pobre le supo fatal haberte dado tan mala impresión y...

—No, no, qué va. No es eso —me apresuré a aclarar.

Fabiola volvió a mirarme fijamente, como si quisiera leerme los pensamientos a través de esa mirada profunda.

—Tienes una cita, ¿verdad? Por eso te has puesto ese vestido que enseña tanta carne. —Me señaló el pecho con el dedo índice—. ¿Con quién has quedado? ¿Y por qué no me habías dicho que te estabas viendo con alguien?

—He quedado para cenar con Connor —confesé con la boca pequeña. Aún no le había contado nada sobre lo nuestro para no hacerme ilusiones, por si resultaba que lo que teníamos era tan solo un poco de sexo y nada más. Pero aquella mañana Connor me había pedido una cita oficial, lo que significaba que lo nuestro también empezaba a serlo.

—¡Lo sabía! —Fabiola dio una palmadita triunfal— Te lo dije, ¡te dije que le gustabas! Y, ahora, ¡cuéntamelo todo!

Mientras Fabiola se zampaba los dos trozos de brownie, satisface su curiosidad e hice un breve repaso a esas dos últimas semanas de sexo diario y felicidad descontrolada. Estar con Connor era mágico y emocionante. Era como subir a una montaña rusa cuya pendiente principal no se acaba nunca. Llevaba el vértigo instalado en el estómago todo el día y mis sentimientos por él eran tan fuertes e intensos que a veces me descubría gritando sin motivo alguno, porque esa era la única manera de sacarlos fuera.

Que me gustara Connor era bonito. Resultaba fácil hacerlo.

Arielle



La cita con Connor no podía ir más bien. Estábamos cenando en un restaurante emplazado en la azotea de uno de los edificios más altos de Manhattan, por lo que las vistas nocturnas eran increíbles. La comida estaba deliciosa, el hilo musical era agradable y la iluminación a nuestro alrededor resultaba cálida y acogedora. La conversación fluía entre nosotros como siempre, y sentí que por primera vez en mi vida había elegido bien al chico del que enamorarme.

—¿En qué piensas? —preguntó Connor sirviéndome un poco de vino.

Él como siempre bebía Coca-Cola, pero yo había decidido acompañar el Carpaccio de Wagyu con un poco de vino tinto.

—Pienso en lo fácil que es querer cuando se quiere bien.

Connor asintió, esbozando una sonrisa un poco tímida.

—No puedo estar más de acuerdo con esa afirmación, *mon amour*.

El corazón me dio un vuelco.

—¿*Mon amour*?

—Estoy dando clases de francés para aprender tu idioma, pero por ahora eso es lo único que

sé decir sin parecer un guiri total.

—Es tierno que quieras aprender mi idioma.

—Quiero estar preparado.

—¿Preparado? ¿Para qué?

—Ummmm... Si esto va bien, algún día tendré que conocer a tus padres, y quiero ser capaz de comunicarme con ellos en francés. —Ahora mi corazón se saltó un latido. Al darse cuenta de que sus palabras habían afectado mi capacidad verbal, carraspeó y añadió—: Volviendo a lo que has dicho, sí. Yo pienso lo mismo. Es fácil querer cuando se quiere bien. Nunca creí que podría ir a una cita con una camiseta de Star Wars sin temer que mi cita me juzgara por ello.

Sonreí. Llevaba una camiseta de Star Wars debajo del traje. Aunque seguía llevando su indumentaria impoluta en el trabajo, había empezado a vestirse como le gustaba fuera de él. Y eso era maravilloso.

Seguimos reflexionando sobre nuestras relaciones pasadas, sobre lo mal que habíamos elegido y la suerte que habíamos tenido en encontrarnos en un mundo tan inmenso como en el que vivíamos. Todo había sido una cuestión de azar. Si Piper no me hubiera elegido para diseñar su vestido de novia, probablemente Connor y Susan seguirían juntos y nunca nos hubiéramos conocido. Una pequeña variable podía haber alterado del todo nuestro presente.

Terminamos de cenar, pagamos la cuenta y antes de irnos le pedí a Connor que me tomara una foto con las impresionantes vistas de Manhattan de fondo. Él accedió, me hizo unas cuantas y después se puso a mi lado y le pidió a un camarero que nos tomara otra juntos.

De camino a casa, en el taxi, me enseñó una de esas fotos y me preguntó:

—¿Te importa si la subo a Instagram? Hace mucho que no actualizo mi cuenta.

Las dudas se apoderaron de mí. La foto dejaba poco lugar a la duda. Connor me pasaba un

brazo por los hombros. Ambos sonreíamos. Se notaba a leguas que había algo entre nosotros. Subir esa foto significaba hacer pública nuestra relación al mundo.

—¿Estás seguro de querer eso? Todo el mundo dará por hecho que salimos.

—Eso es lo que quiero. Que todo el mundo sepa que eres mía.

Me reí.

—Eso ha sonado un poco...

—¿Posesivo? Perdón, tienes razón. Lo que quería decir es que quiero que sepan que estamos juntos. ¿Te parece bien?

Asentí, con una sonrisa insegura, y él subió la foto en la red social. Segundos después recibí una notificación avisándome de que había sido etiquetada en una nueva publicación. ¿Quién me hubiera dicho las consecuencias que esa publicación tendría para mí?

—Entonces, ¿cómo debería llamarte a partir de ahora? ¿Cuñada? —preguntó Piper guiñándome un ojo con picardía.

Nos encontrábamos sentadas en la salita de estar de la mansión Quinn, bebiendo té y pastas después de una nueva prueba del vestido de novia.

—No digas tonterías, llámame por mi nombre. —Las mejillas se me encendieron como la nariz del reno Rodolfo.

—Aún me sorprende que mi hermano decidiera por voluntad propia subir una foto de pareja en Instagram. ¡Incluso llevaba una camiseta de Star Wars! ¡Y sonreía! Qué bonito le haces,

Arielle. Gracias.

Ahora el rubor ya no solo estaba en mis mejillas, había subido hasta mis orejas y amenazaba en apoderarse del todo de mi cara. Pronto no habría quién distinguiera mi rostro de mi pelo.

—No me des las gracias, yo no he hecho nada.

—Eso lo dices porque no conociste a mi hermano cuando estaba con Susan. El pobre siempre estaba triste y de mal humor porque ella lo hacía sentir inseguro. Era una persona muy tóxica. Sé que lo pasó mal cuando lo dejó, pero fue lo mejor que le pudo pasar.

Me guiñó un ojo y yo me quedé en silencio, aunque me hubiera gustado decirle que a pesar de no haberlo visto en directo me podía imaginar el nivel de toxicidad que se manejaba Susan. La había vivido en mis propias carnes. Me callé porque prefería dejar en la caja del olvido todo aquello.

Ingenua de mí no sabía que la mierda siempre sale a flote, por mucho que intentes esconderla en el fondo de las marismas.

La conversación siguió un rato más, hablamos de los pequeños cambios que quería implementar en el vestido, y cuando estábamos a punto de despedirnos, miró el móvil una última vez y el rostro se le desencajó.

Piper se llevó la mano a la boca mientras observaba algo en la pantalla de su teléfono. Tardó unos segundos en recomponerse, mirarme y decir lo siguiente:

—Arielle, creo que deberías ver esto. —Me tendió el aparato y yo lo miré queriendo saber qué era lo que la había conmocionado tanto.

Tardé tres segundos en entenderlo todo.

Connor



Perplejo, pinché el enlace que Jade envió al chat grupal. Era un video de TikTok, de la cuenta de Susan (@susanharrington), titulado: «Storytime de cuando el chico con el que me estaba tomando un tiempo empezó a salir con otra».

Entorné los ojos con incredulidad y accioné el video. Susan apareció en un primer plano, con los ojos humedecidos y rojos, y su voz sonó tomada y temblorosa. Parecía como si hubiera estado llorando por mucho rato.

—Me ha costado mucho decidirme a hacer este video, pero creo que la situación lo requiere. Algunas de vosotras ayer me mandasteis por privado esta foto. —Señaló hacia arriba y en la parte superior izquierda apareció una captura de mi foto con Arielle la noche anterior, la de Instagram. La bilis me subió a la garganta—. Como bien sabéis Connor Quinn y yo estuvimos saliendo hasta hace poco. Pues bien, la idea era que nos tomáramos un tiempo, descansar el uno del otro, y retomar la relación donde lo dejamos una vez las aguas se hubieran calmado. Así que imaginaros mi sorpresa cuando vi esta foto en su cuenta. —Volvió a mostrar la foto—. O sea, ¿hola? ¿Te pido un tiempo y tú te dedicas a tener citas con otras? Además, fijaos en ella. —Esta vez apareció la foto de mi Instagram recortada para que solo se viera Arielle—. No es necesario decir nada, aquí tenéis unas cuantas fotos más para que apreciéis las diferencias entre ella y yo.

—Encima de esa foto, empezaron a superponerse más fotos de Arielle, la mayoría de ellas seleccionadas a mala leche. ¿Estaba intentando ridiculizarla por su físico? Mi instinto asesino se encendió de pronto. Matar. Quería matar.

Cerré TikTok.

Si seguía viendo aquel vídeo lleno de despropósitos terminaría rompiendo alguna cosa.

No podía creer que Susan hubiera retorcido la realidad de esa manera. Había sido ella quien había roto conmigo esgrimiendo un montón de excusas hirientes, ¿de qué iba ahora haciéndose la víctima?

Nunca dijo que nuestra ruptura fuese algo temporal. Ella borró mis fotos de sus redes y empezó a hacer su vida sin mí. ¿Qué esperaba? ¿Qué me pasara toda la vida llorando su pérdida?

Me marché del trabajo hecho un basilisco y me dirigí a su oficina. Su secretaria intentó bloquearme el paso cuando llegué, pero eso no impidió que entrara en su despacho.

—¿Cómo puedes ser una persona tan ruin, Susan? —pregunté nada más abrir la puerta, sin importarme que en aquel momento estuviera reunida.

Ella parpadeó sorprendida. Se notaba que mi aparición era inesperada y que la había pillado por sorpresa y con la guardia baja. Se disculpó con la persona con la que estaba hablando, me cogió del codo y me llevó fuera, hasta una sala adyacente con paredes acristaladas que enseguida se encargó de opacar bajando los estores.

—Te has pasado. No puedes irrumpir así en una reunión ajena. Era importante.

—¿Qué yo me he pasado? —Abrí mucho los ojos, como si no pudiera creerme sus palabras—. No, perdona. Aquí la única que se ha pasado veinte pueblos has sido tú. —Cogí el móvil, busqué el vídeo de TikTok que había publicado y se lo enseñé—. ¿Qué tienes que decir sobre esto?

Susan cuadró los hombros, altiva, y se encogió de hombros.

—No tengo que decir nada. Todo lo que digo es verdad.

—¿Verdad? ¡Rompió conmigo!

—Te pedí un tiempo.

—No, no lo hiciste —dijo exasperado—. Recuerdo perfectamente las palabras que empleaste: «Connor, quiero que rompamos».

—Pero quedamos en hablar sobre lo nuestro cuando volviera de mi viaje por Europa.

Entorné los ojos, rememorando aquella conversación.

—Eso no fue así. Tú dijiste que hablaríamos a tu vuelta, pero yo en ningún momento te dije que te esperaría. Maldita, sea, Susan. Ambos sabemos que usaste esa fórmula para tenerme atado a ti. ¡Si hace un mes y medio que ni hablamos!— Chasquéé la boca contra el paladar, furioso.

—¡Mentira! Hablamos hace unas semanas.

—Me pediste que mintiera por ti en un hipotético juicio por abuso laboral. —Me reí con amargura—. ¿Por qué estás haciendo esto? Ni siquiera me amabas. Yo solo era tu perrito faldero. ¿Te jode que no fuera tras de ti suplicando volver juntos?

—Te equivocas. Yo sí que te amaba. —Susan se cruzó de brazos, poniéndose a la defensiva.

—No, claro que no lo hacías. Lo que te gustaba de mí era que podías manipularme a tu antojo. Tú solo te amas a ti misma, Susan. Dime, ¿por qué publicaste ese video? Arielle no se merecía ese ataque tan gratuito.

Susan se quedó en silencio unos segundos, estudiándome con atención.

—¿De verdad esperabas que me dejara humillar de esa manera? ¡No puedo creer que me cambiaras por ella! Arielle Dubois es patética. Lo era en la universidad y lo sigue siendo ahora.

Me quedé congelado en el sitio, incapaz de asimilar lo que Susan acababa de decir.

—¿A qué te refieres? ¿Conociste a Arielle durante la universidad?

Susan me miró contrariada.

—¿No lo sabías? ¿Ella no te contó?

—Espera... —Una sospecha apareció en mi mente como un fogonazo—. No me digas que... ¿fuiste tú la chica que la acosó durante ese periodo de su vida?

—¿Acosarla? —Arrugó la nariz y una sonrisa maliciosa prendió de sus labios—. Yo solo decía las verdades que nadie más se atrevía a decir.

Di un paso hacia atrás, como si acabara de ser impulsado por un empujón invisible.

—Oh, Dios... No puede ser verdad.

—La gente como Arielle nunca estará a nuestro nivel y sabes que tengo razón, aunque sea políticamente incorrecto decirlo. ¿Por qué crees que se dedica a hacer vestidos de novia para gordas y gente discapacitada? Porque la gente normal nunca le compraría ropa a alguien que debería estar encerrada en un acuario con las demás ballenas como ella.

¿Acababa de llamarle ballena? Apreté los puños, recordándome que el uso de la violencia no era una opción, por mucho que estuviera diciendo cosas tan horribles.

—Hay tantas cosas mal en lo que acabas de decir que no sé ni por dónde empezar. Sea como sea, nunca antes he sentido más asco de mí mismo.

—¿Por haberte enrollado con Godzilla? Lógico.

—No, Susan. Por haber tenido una relación contigo. Pensé que tenía que estar agradecido de que alguien como tú se fijara en alguien como yo, pero me equivocaba. Ojalá nuestros caminos nunca se hubieran vuelto a cruzar después del instituto. Eres un ser deleznable.

Los ojos de Susan temblaron ligeramente, como si mis palabras la hubieran herido en algún lugar muy íntimo. Pero esa muestra de debilidad duró muy poco. Enseguida volvió a cuadrar los hombros y contrató:

—Supongo que tuve que haberlo visto venir. No has cambiado nada. Sigues siendo el mismo perdedor que eras en el instituto.

—Y tú sigues siendo la misma niñata egocéntrica que se alimentaba de las inseguridades de los demás. Hasta nunca.

Salí de la sala y del edificio a pasos agigantados, sintiendo que el corazón me salía del pecho y que la respiración se me atragantaba en la garganta. El cerebro me funcionaba a mil por hora. Susan había sido la persona que había herido a Arielle en el pasado. Susan había vuelto a herirla en el presente. Arielle debía estar destrozada.

Detuve un taxi a la vez que sacaba el móvil e intentaba llamarla, pero su número se encontraba apagado o fuera de cobertura. Temiéndome lo peor, le dije al taxista que me llevara a la mansión. Una vez allí, subí las escaleras de dos en dos y llamé a su puerta. Nadie respondió. Grité su nombre, pero no vi luz por debajo de la puerta.

—Señorito Connor, Arielle no está —dijo Nana apareciendo tras de mí con expresión afligida.

—¿Qué?

—La señorita Arielle cogió todas sus cosas y se marchó. Parecía muy afectada cuando lo hizo.

El miedo y la preocupación se mezclaron en mi pecho creando un torbellino que amenazaba con engullirme.

¿Arielle se había marchado con todas sus cosas? ¿A dónde?

Fabiola



A la mañana siguiente desperté con los párpados pesados y una sensación de cansancio adueñándose de cada célula de mi cuerpo. Los pensamientos seguían siendo tan dispersos y confusos como lo fueron el día anterior. Ante mis movimientos, Fabiola abrió los ojos también. Había insistido mucho en dormir conmigo, lo que había dejado a Kane durmiendo en el sofá del salón, porque el apartamento que tenían en Manhattan era muy pequeño, de solo un dormitorio.

—Eh, cariño, ¿cómo estás? —Fabiola se frotó los ojos y soltó un bostezo.

—Mejor. —Intenté sonreír, pero mis labios se curvaron en una mueca extraña.

—Eres una actriz pésima —dijo soltando un nuevo bostezo.

Entonces alguien llamó a la puerta con los nudillos. Kane apareció segundos después llevando con él una bandeja repleta de comida. El marido de mi amiga era realmente maravilloso. Guapo, atento, considerado, y un amor de persona. Dejó la bandeja sobre la mesita auxiliar y besó a mi amiga a los labios. Luego se dirigió a mí:

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias. —Miré el contenido de la bandeja. Había tortitas con sirope, bollos, huevos revueltos, bacon, fruta cortada, tostadas con mantequilla, mermelada, café y zumo de naranja—.

Guau, menudo festín.

—Ayer no cenaste y he pensado que tendrías hambre. —Me guiñó un ojo y luego se dirigió a mi amiga que lo miraba con adoración—. Yo tengo que marcharme ya. Hoy tengo la visita de un proveedor en la finca y no puedo saltármela, pero regresaré cuando termine. Cualquier cosa me llamas.

—Vale, cariño. Gracias por todo.

—Te quiero.

—Yo más.

Se despidieron con un beso y Kane volvió a dejarnos a solas.

Cogí la taza de café y le di un sorbo, intentando encontrar en la cafeína un poco de lucidez mental. Seguía dispersa, con las ideas embrolladas y la capacidad de raciocinio hecha trizas.

Después de ver el video de Susan, sentí activarse dentro de mí el instinto de huida, así que llamé un Uber, cogí todas mis cosas y me marché de la Mansión Quinn con la única intención de desaparecer.

Pude buscar una habitación en un hotel o comprar el primer billete con rumbo a París, pero en ese momento lo único que se me ocurrió fue llamar a Fabiola y preguntarle si podía quedarme con ella esa noche.

Fabiola me recibió sin preguntar, me abrazó fuerte, puso los Bridgerton para lograr que desconectara y me dejó vegetar hasta el día siguiente.

Reconozco que Connor apareció en mi mente varias veces, pero no me encontraba en disposición de hablar con nadie, ni siquiera con él. Apagué el móvil y decidí esperar hasta que hubiera procesado lo ocurrido.

Después de comerme unos huevos revueltos y un poco de bacon crujiente, empecé a

sentirme más lúcida. La conciencia empezó a ganar batalla a la confusión. Miré a Fabiola que estaba engullendo con ganas una tostada y dejé escapar de mis labios los pensamientos que me atenazaban la garganta desde hacía casi 24 horas:

—No puedo creer que Susan haya hecho una publicación tan humillante en TikTok, Fabi. Tú sabes los años de terapia que necesité para recuperarme del acoso que sufrí. ¿Qué necesidad tiene ahora de usarme como saco de boxeo otra vez?

Fabiola no respondió de inmediato. Vi en su expresión el enfado y la rabia que le provocaba la situación también.

—No creo que ni ella misma tenga una respuesta adecuada para tu pregunta, Arielle. Creo que el hecho de verte con Connor hizo que enloqueciera. Es lo que pasa cuando tocan algo que crees tuyo.

—¿Y ahora qué? ¿debería ignorar lo que ha dicho como si nada? Ayer, antes de apagar el móvil, tenía más de 100 notificaciones en redes.

—Bueno, si te sirve de consuelo ha borrado la publicación.

Me pasó el móvil y me enseñó la cuenta de Susan. Efectivamente el video en cuestión había desaparecido.

Parpadeé, con sorpresa y, para que negarlo, con cierto alivio.

—¿Lo ha borrado? ¿Y eso? ¿Se habrá arrepentido?

—Dudo que el arrepentimiento forme parte de la gama de emociones que esa mujer experimenta. Creo que más bien tiene que ver con la respuesta de su comunidad. Muchas mujeres le han tachado de gordofóbica y le han instado a disculparse. De hecho, un montón de influencers afines al *Body Positive* han salido a criticarla y defenderte. Mira.

Cogió el móvil e hizo *scroll* en TikTok hasta encontrar lo que buscaba. La cuenta se llamaba

@thecurvesarepowerful y había hecho un video en respuesta al de Susan. En él básicamente criticaba que esta hubiera usado los atributos físicos de otra mujer para menospreciarla y denigrarla. También hablaba de la sororidad y el movimiento *Women supporting Women*.

Después de ese video vi unos cuantos más. Mujeres de todo tipo y condición defendiéndome ante el acoso de Susan. Incluso Piper había subido uno explicando la verdad sobre la relación de Susan con su hermano y mostrando su apoyo hacia mí.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Aquella situación no se parecía en nada a la que había vivido años antes, en la que prácticamente se me culpó a mí del acoso sufrido. Esta vez no estaba sola.

—¿Debería hacer algún comunicado? —pregunté a Fabiola devolviéndole el móvil.

—Lo que yo creo es que ha llegado el momento de que expliques al mundo lo que ocurrió en el pasado.

—¿Quieres que cuente mi... testimonio?

Fabiola asintió.

—Es un buen momento para alzar la voz y dar a conocer tu historia. Ahí fuera hay mucha gente en tu misma situación, gente que a diario tiene que lidiar con el bullying. Tu verdad les hará saber que no están solos. Y que hay esperanza. Porque puede que Susan te hiciera la vida imposible hace años, pero mírate. Eso no evitó que te acabaras convirtiendo en la mujer increíble que eres ahora. Tienes tu propia empresa, eres exitosa y un ejemplo a seguir. Eres grande, Arielle.

Las palabras de Fabiola me emocionaron hasta las lágrimas. Llegaron justo cuando necesitaba escucharlas, en el momento adecuado. Llevaba tantos años escondiendo en un cajón oscuro mi relación con Susan que pensar en sacarla a la luz y exponerla al mundo me aterraba. Porque sabía que hacer eso traería consecuencias. Juicios. Insultos.

Pero esta vez, esta posibilidad, no me intimidó.

Cogí aire, lo dejé ir despacio y miré a Fabiola con determinación.

—Hagámoslo. Contemos al mundo mi historia.

Connor



Pasé las siguientes horas tras la desaparición de Arielle en la más oscura de las desesperaciones. Que Arielle hubiera apagado su móvil era angustioso, y no tener el número de ninguno de sus conocidos, lo hacía más angustioso aún. Tenía la intuición de que su amiga Fabiola sabría algo sobre ella, pero ¿cómo podía contactarla?

Incapaz de comportarme como un adulto responsable e ir a trabajar, decidí parasitar el sofá de Jade mientras esta se dedicaba a ver videos sobre el tema viral del día. Para desgracia de Susan, la opinión pública se había posicionado en su contra.

—No sabes lo satisfactorio que es ver cómo ponen a Susan en su sitio. Es como cuando en una película o un libro el villano recibe su merecido.

—No seas así.

—Esa mujer os expuso a ti y a Arielle frente a todo el mundo. Merece pagar por lo que hizo.

—Una cosa es que ella pague su merecido y otra muy distinta es que tú disfrutes con eso.

Jade me miró con escepticismo.

—Connor, Susan acosó a Arielle durante un año entero. ¿Cómo pretendes que no disfrute de su caída?

A pesar de que ver sufrir a otra persona no era un aliciente para mí, porque el «diente por diente, ojo por ojo» nunca fue mi estilo, entendía lo que quería decir. Aún me costaba asimilar el hecho de que Susan fuera la persona que tanto dolor causó a Arielle. Y no me costaba asimilar por sorprendente, porque yo mismo había visto durante el instituto su forma de actuar con los que creía inferiores, sino por el hecho de que no lo hubiera adivinado solito. Sabía que Susan había estudiado durante un año en el Parson's School of Design, ¿Por qué no hice asociaciones?

Resoplé y volví a mirar mi teléfono con la esperanza de encontrar un mensaje pendiente de Arielle, pero no fue así. La desesperanza me estaba pudriendo el alma. ¿Y si por culpa de todo aquello Arielle decidía que ya no quería tener nada conmigo?

—Pero ¿qué? —exclamó la voz de Jade sacándome de mis pensamientos—. ¡La ostia! ¡Arielle acaba de subir un video en su cuenta de TikTok!

Me incorporé veloz como el viento, con una mezcla de sorpresa y urgencia, y miré el móvil de Jade.

Arielle apareció en pantalla con una expresión seria pero decidida y empezó a contar su historia. La piel se me puso de gallina al escuchar una vez más todo lo que vivió por culpa de Susan, y las secuelas que arrastraba desde entonces.

Jade silbó cuando el video terminó. No dijo nada. Se quedó sin palabras, y dejar sin palabras a Jade no era nada fácil.

Dentro de mi pecho se encendió una gran necesidad de ver a Arielle. Quería decirle que contara conmigo para enfrentar el terremoto mediático que sus palabras probablemente provocarían. Cogí mi móvil dispuesto a llamarla, pero antes de que pudiera marcar su número, me llegó un mensaje suyo:

ARIELLE

Estoy en la sala de cine de la mansión
preparada para ver el *Atlas de las nubes*,
¿te apetece acompañarme?

Arielle



Me senté en el sillón con los nervios trepándome en la tripa. Había sido una mañana intensa, llena de emociones fuertes.

El video contando mi testimonio con el bullying sufrido por Susan se viralizó rápido y los mensajes de apoyo y ánimo no hacían más que llegar. Horas después, me sentía más liviana, como si acabara de quitarme un gran peso de encima.

Por extraño que parezca, en ningún momento sentí satisfacción. Lo que yo busqué al contar mi historia poco tenía que ver con la venganza. Me movió otro sentimiento: el de sanar y soltar.

La cuestión es que la lucidez había tomado el relevo a la confusión, y desde esa nueva perspectiva, lo único que quería era ver a Connor, abrazarlo y pedirle perdón por haber escapado de esa manera sin dar ningún tipo de explicación.

El sonido de la puerta al abrirse me sacó de mis pensamientos. Era Connor, y tardó apenas unos segundos en llegar hasta mí y abrazarme.

—No sabes lo preocupado que estaba por ti, pelirroja. No vuelvas a hacerme esto nunca más en tu vida.

—No lo haré. —Deshice un poco el abrazo para mirarle—. Siento haberte preocupado, pero entré en estado de shock y lo único en lo que pensaba era en desaparecer.

—No puedo culparte. Tampoco fue agradable para mí ver el video que subió Susan sobre nosotros. Aunque yo en lugar de escapar lo único que quería era matar. Y bueno, supongo que por eso fui a ver a Susan.

—¿Qué? ¿Fuiste a verla?

—Quería cantarle las cuarenta por decir tantas mentiras sobre mí e involucrarte a ti. Y fue así como me enteré de que Susan y tú ya os conocíais de antes. —Volvió a abrazarme, enterrando su rostro entre mi pelo—. Sé que no me contaste que Susan fue tu acosadora por algún tipo de inseguridad, pero me alegro de que lo hayas hecho público al fin. Estoy orgulloso de ti, *mon amour*.

Ese *mon amour* se convirtió en un estremecimiento caliente. Entre sus brazos me sentí más segura y protegida que nunca.

—Entonces, ahora que ya hemos aclarado todo, ¿te parece si empezamos con la película? *El atlas de las nubes* es una de las películas más infravalorada de los últimos tiempos.

—¿Y si te dijera que prefiero ver otra película?

Alcé las cejas con curiosidad.

—¿Otra? ¿Cuál?

Lo que dijo me sorprendió:

—Oh, verás, es una película romántica. Una de esas donde un estirado neoyorquino de origen británico se enamora de la francesa que ha llegado a la ciudad para confeccionar el vestido de novia de su hermana pequeña. La trama es un poco predecible, porque todo el mundo sabe que esos dos acabarán enamorándose, pero está bastante bien. Hay amor, humor, escenas

picantes, giros inesperados y un final feliz.

Me reí.

—Creo que esa película ya la hemos visto. Final feliz incluido.

Él negó con un movimiento de cabeza.

—Pues yo diría que aún nos queda mucho por ver. El final feliz está asegurado, pero antes de eso hay muchas escenas por descubrir. De hecho, creo que ahora viene una de mis escenas favoritas, ya sabes, una de esas picantes que deberían ser etiquetadas con un +18 —dijo Connor dedicándome una sonrisa traviesa.

Presionó sus labios contra los míos y yo sentí que todo mi cuerpo empezaba a temblar de anticipación.

—Bueno, supongo que *El atlas en las nubes* puede esperar —gemí contra su boca mientras sus dedos empezaban a torturarme—. ¿Y dónde dices que se lleva a cabo esa escena picante? Porque que deberíamos darle al *play* en cuánto antes.

Epílogo

Arielle



Unos meses más tarde

Piper bailaba en el centro de la pista, agarrada a Jacob mientras la música de un vals los acompañaba. Ambos estaban guapísimos, Piper con el vestido de novia que yo había diseñado para ella y Jacob con un traje a medida que le sentaba como un guante. La boda había salido a las mil maravillas, y eso que la nieve no nos había dado tregua. Aquella mañana de enero, amaneció completamente nevado. Desde aquella terraza acristalada, las vistas de Manhattan eran espectaculares.

Connor y yo nos estábamos tomando un descanso después de horas bailando sin parar, sentados en una de las mesas del banquete.

—¿Cuánto tiempo crees que deberíamos quedarnos antes de poder escapar sin ofender a nadie? —preguntó Connor, arrancándome una sonrisa.

—No puedes escaparte de la boda de Piper, Connor.

—¿Por qué? Tú estás preciosa y no hay ningún rincón lo suficientemente oscuro como para que pueda arrastrarte hasta él y meterte mano.

—Eres el hermano de la novia. —Le guiñé un ojo. Lo cierto era que me sentía guapa con la

elección de vestido que había hecho: un palabra de honor de color celeste con caída suave. Él también estaba increíble con su smoking.

Aún no podía creer que el tan ansiado día para Piper hubiera llegado, y que las cosas entre Connor y yo estuvieran mejor que nunca. Después del pequeño altibajo que provocó Susan con su video, las cosas entre nosotros volvieron a la normalidad de siempre. Aunque, ahora, sin secretos de por medio. Que Connor supiera mi pasado con Susan lo hacía todo más sencillo. Y por lo que respecta a Susan, el tiempo acabó poniéndola en su lugar. Después de que mi video se viralizara, salieron a la luz muchos más casos de acoso por su parte y empezaron a cancelarla en congresos y actos del mundo de la moda.

La justicia divina podía ser maravillosa.

En ese momento unas risas provenientes de la pista llamaron mi atención. Jade y Erik se movían torpemente entre carcajadas. Esos dos tenían un rollo raro. Y no era solo porque ahora Jade estuviera inmersa en su nueva novela protagonizada por un vampiro buenorro llamado Erik. Se trataba de otra cosa.

—Por cierto —carraspeó Connor, llamando mi atención de vuelta—, ¿podríamos quedarnos en tu apartamento esta noche? Desde que mis padres volvieron de Miami se me hace incómodo hacer nada con ellos en la mansión.

Contuve una sonrisa buscándolos con la mirada. El señor y la señora Quinn bailaban también en la pista de baile, haciendo movimientos dignos de bailarines profesionales. Hacía pocos días que los había conocido y ya nos llevábamos fenomenal. Eran carismáticos y divertidos y se habían encariñado conmigo desde el primer día. Seguía pensando que esa pareja bohemia y excéntrica tenían poco que ver con Connor, pero entendía que todo el mundo hablase bien de ellos. Eran encantadores. Además, habían manifestado su deseo de quedarse en Nueva York durante los próximos años, dado que esperaban que su hija les diera pronto nietos y esta vez querían hacer las cosas bien y estar presentes en todas las etapas.

Sabía que esa decisión hacía feliz a Connor, aunque entendía que no quisiera mantener relaciones sexuales bajo su mismo techo. Por eso últimamente pasaba casi más tiempo en mi apartamento de Tribeca, cerca del local que había alquilado para abrir próximamente boutique de Happy Bride en Nueva York, que en la mansión Quinn.

—Ya sabes que mi casa es tu casa.

—Cielo, ¿sabes lo peligrosas que son esas palabras? Yo de ti no las volvería a decir. Podría tomarlas de forma literal y mudarme contigo.

—En ese caso: Ya sabes que mi casa es tu casa.

Compartimos una mirada llena de amor y complicidad, y pude ver en sus ojos la felicidad que me aguardaba a su lado.

—Mañana mismo contrataré una empresa de mudanzas. ¿Crees que podremos poner los legos en alguna parte?

—¿Junto a mis Funkos, quizás?

—Eso suena maravilloso.

Con una sonrisa preciosa, Connor me besó en los labios y sentí que todo mi sistema se derretía. Luego me miró con cariño y en esa mirada supe que por fin podría empezar a diseñar mi propio vestido de novia. Estaba convencida de que muy pronto lo necesitaría para ese final feliz asegurado que nos aguardaba.

¡Seguimos!

Cuando terminé la historia de Fabiola y Kane sabía que quería escribir la historia de Arielle. Tenía clara la premisa inicial, sin embargo, me costó un poco más dar con el protagonista masculino. Hasta que apareció él: Connor. ¡Ojalá os haya gustado!

Ahora que su novela ya está escrita y publicada, es el momento de seguir con Nora y Easton. ¡No os imagináis las ganas que tengo de empezar a escribir esa historia! Ya tengo la escaleta preparada y os puedo decir que nos espera un gran *enemies to lovers* por delante.

Una vez más recordaros que vuestra opinión en Amazon es crucial. Para vosotros escribir una reseña supondrá solo 5 minutos, para mí supondrá dar alas a mis sueños.

Por último, os animo a visitar mi página web <https://ellavalentine.me/>, recibiréis un relato largo inédito al correo electrónico si os suscribís en el boletín.

¿Me acompañáis en el siguiente libro?

Espero que sí.

Con amor,

Ella Valentine

¡Ah! Acordaros de seguirme en mis redes sociales, porque vienen un montón de novedades y sorpresas y no quiero que os perdáis nada.

Instagram: <https://www.instagram.com/ellavalentineautora/>

Facebook: <https://www.facebook.com/ellavalentineautora/>

También podéis seguirme en Amazon, de esta forma el propio Amazon te avisará cada vez que publique una novedad:

Amazon: <https://www.amazon.es/Ella—Valentine/e/B07SGG42T8>

Novelas anteriores

—Serie Manhattan in love

Un acuerdo con Mr King: [leer aquí](#)

Una Julieta para Mr Romeo: [leer aquí](#)

El deseo oculto de Mr Right: [leer aquí](#)

—Serie Highlanders de Nueva York

No te enamores del highlander: [leer aquí](#)

Mi jefe es sexy y highlander: [leer aquí](#)

Maldito seas highlander: [leer aquí](#)

No te resistas al highlander: [leer aquí](#)

—Serie Multimillonario&

Multimillonario & Canalla: [leer aquí](#)

Multimillonario & Rebelde: [leer aquí](#)

Multimillonario & Libre: [leer aquí](#)

—Serie Las chicas de Snow Bridge

La chica que perseguía copos de nieve: [leer aquí](#)

La chica que cazaba estrellas fugaces: [leer aquí](#)

La chica que leía novelas de amor: [leer aquí](#)

—Autoconclusivas

Maldito jefe perfecto: [leer aquí](#)

Novio ficticio: [leer aquí](#)

Posdata: te odio: [leer aquí](#)

Multimillonario, soltero y sexy: [leer aquí](#)